

El Evangelio Americano
Y PÁGINAS SELECTAS



56616

H-
75

Colección de Escritores Americanos
dirigida por Ventura García Calderón

XII

El Evangelio Americano

Y PÁGINAS SELECTAS

POR

FRANCISCO BILBAO

Selección, prólogo y notas de ARMANDO DONOSO



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL.



FRANCISCO BILBAO

Juzgar a Bilbao no es cosa fácil. Sus contemporáneos no le estudiaron con imparcialidad y justicia. Los unos exaltaron sus merecimientos como ideólogo hasta llamarle gran filósofo y pensador original; los menos, ofuscados por la audacia de sus doctrinas, le rebajaron negándole todos sus merecimientos. Su hermano Manuel y el poeta de la Barra le llamaron genio, redentor y profeta; Rómulo Mandiola se contentó con denigrarle para rebalirle; don Zorobabel Rodríguez analizó su obra colocándose solamente en su punto de vista de crítico católico; Barros Arana y Lastarria le recuerdan con razonada cordura; para Vicuña Mackenna es un iluminado; Orrego Luco repasa su obra con serenidad y simpatía. Sus contemporáneos fueron parciales y apasionados. La época lo exigía así. Los unos formaban en las

filas liberales y los otros en las avanzadas conservadoras. Los primeros se habían batido junto con él en las jornadas subversivas de 1851; los adversarios lucharon contra la revolución y las reformas libertarias impulsadas por aquéllos. Los liberales habían sido víctimas de los conservadores durante la dictadura de O'Higgins, como a su vez éstos lo fueron de aquéllos más tarde, durante el Gobierno de Pinto. Todos eran jóvenes, ardientes y apasionados, los Lastarria y los Arrázabal, los Recabárren y los Bulnes, los Rodríguez y los Gallo. ¿Cómo exigirles serenidad, entonces, cuando más alto que la razón gritaba el patriotismo y la juventud, la libertad y la religión? Hombres de su época, palpitaron con ella, compartieron sus errores y sus tiranías. Y, ora caudillos o gobernantes, jamás abatieron sus entusiasmos: reñan por causas santas y, victoriosos o en derrota, persistieron en sus empeños desde el destierro mismo o desde el obscuro calabozo que cortó las alas a sus sueños. Hoy pertenecen a la historia. Los hombres de su generación han desaparecido. Comienzan a vivir en el recuerdo. Tenemos derecho a juzgarlos y a disculpar sus errores, pues fueron éstos producto de su época, de un tiempo de extraordinaria agitación y de grandes exaltaciones cívicas. Y a muchos hombres, como a ciertas telas, no se les puede comprender fuera del marco que los anima: ¿cómo disculparíamos a Benvenuto sin estudiar la Italia del siglo XVI? ¿cómo justificar a Rousseau sin analizar el siglo XVIII? ¿cómo admirar a Lutero sin estudiar la Roma católica de su época? y, ¿cómo, por fin, hablar

de los Cortés, de los Pizarro o de los Valdivia, sin darse cuenta de la empresa que significaba la conquista de aquella América bárbara y fastuosa de las civilizaciones azteca e incásica? De tal modo quien quiera analizar fríamente lo que queda para la posteridad de Francisco Bilbao, ha de sufrir seguramente una desilusión: ni fué filósofo, ni fué gran escritor, ni fué un artista magnífico. Nada de eso. Sus ideas forman estrecho maridaje con su acción de agitador. Fué un revolucionario, un caudillo, un apóstol de reacción. Tronó contra los convencionalismos consagrados, sacudió a su época con los relámpagos de su audacia revolucionaria; arrastró multitudes sumisas tras el sueño de sus hermosas utopías. Fué el apóstol más entusiasta de la libertad. Ingenio, alivo, convencido, puro como un ala de paloma, su vida es la bondad y la energía mismas. Jamás una sombra empañó la blancura inmaculada de su existencia. Es un verdadero santo laico del calendario republicano de América. ¡Su virtud es una virtud de ejemplo! Su sinceridad es la honradez misma. Ingenio y entusiasta, místico y ardoroso en sus ideales, su espíritu y su corazón reflejan sus ideas como el agua clara de una fuente copia el cielo azul. Y, en el fondo de ese cielo, la estrella de la fe más ardiente ilumina su vida como un sol.

La juventud de Francisco Bilbao se desenvuelve en el segundo cuarto del siglo XIX, como una exaltación ardiente del liberalismo de su época. Más liberal que su maestro Lastarria y más ardoroso que sus mismos inspiradores, Edgard Qui-

net y Lamennais, su adolescencia y su pubertad son un simpático grito de rebelión, un esfuerzo de audacia y un gesto de valentía. La acción de su intelecto ardoroso ante la barrera de sus enemigos, el partido conservador, hace pensar en la isocrónica constancia de la gota de agua cayendo sobre la piedra. Su convencimiento es tal que, aun cuando se siente solo en sus instantes de vacilación, se lanza de lleno a una labor que antes que los laureles le ha de ganar las espinas para su blanca frente de soñador. Templado su espíritu en el yunque de las más duras adversidades, es un pequeño Atlante fatigado con el orbe de su Químera sobre los hombros. La desgracia llega a él, le acoccha y no le abandona: turba su tranquilidad, le aleja de los suyos y le obliga a probar el pan del destierro durante agrios años de lucha. En el exilio su padre, arrojado él del Instituto Nacional, perdida la paz del hogar, su carácter se acuña duramente, como una medalla de bronce, en los moldes del infortunio. Sin embargo, a pesar de las amenazas, de las vacilaciones de los suyos y de la incertidumbre dolorosa con que ante sus ojos se abre el porvenir, es admirable la orgullosa entereza de sus veinte años altivos hasta la soberbia, fieros, rudos, puros y evangélicos hasta el sacrificio. La virtud de su honradez y de su franqueza es un alto ejemplo de civismo. Su vida es un ardiente apostolado. Sus convicciones día a día se fortifican mientras sus locuras de soñador cada vez tienden más alto el vuelo. La bondad ingenua de su espíritu es tanta que la realidad misma se deforma ante sus ojos. Su amor por la

verdad es como un airon plantado en medio de un campo hostil, azotado por las rachas furiosas de todas las latitudes.

Adolescencia

Su juventud se desenvuelve en el estudio, al amor del hogar, sin otros contratiempos que los sinsabores que le acarrearán a su padre las frecuentes persecuciones y destierros. Nada turba la serenidad de su espíritu ansioso de cultura hasta que un día la primera publicación seria y extensa que brota de su pluma, exalta su personalidad en alas del escándalo.

De la obra de Bilbao como estudiante restan algunas páginas de muy escasos méritos, que apenas si son un reflejo de la incertidumbre ideológica porque atravesó el principiante: anunciaron la larva que en su metamorfosis sentía poco a poco el nacimiento de las alas. Mientras estudiaba en el Instituto Nacional su curso de derecho, de latín y de filosofía, con maestros como Bello, Lastarria y López, compuso numerosos artículos de índole sociológica y tradujo la obra de Lamennais «De la esclavitud moderna».

La influencia de Lastarria y López contribuyó grandemente en su orientación filosófica. A los veinte años había leído ya Bilbao las obras de Rousseau, de Cousin, de Gibbon, de Dupin, de Volney, de Vico; en algunos enciclopedistas y, sobre todo, el Evangelio y los libros más varios de historia, crítica religiosa y filosofía política. «En

esa época—escribe Lastarria—él tenía pasión por la historia y todos sus trabajos eran de este género, y tenía una tendencia filosófica muy marcada» (1). Su voracidad intelectual crecía con su cultura, de modo que no es extraña la frase siguiente, que recuerda haber oído en sus labios su propio hermano don Manuel: «Descubro la muerte para satisfacer en el seno del Eterno cuanto hoy ignoro» (2). Era estudiante también cuando una feliz casualidad le procuró la lectura del primer libro de Lamennais, que tan profunda impresión había de dejar en su espíritu adolescente. «Salía del colegio—refiere—una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente... Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas, que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo: —he aquí, Francisco, lo que te conviene;—era «El Libro del Pueblo», de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra, y desde entonces la luz primitiva que fecundó la «Araucana» de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del republicanismo eterno, que recibí en mi patria independiente y con la palabra de mi padre».

Como estudiante, Bilbao no descolgó con extraordinaria precocidad, tal vez porque antes que un impresionista o un dechado de memoria, era un reflexivo tímido. Celoso partidario del racio-

(1) Carta de Lastarria a don Manuel Bilbao.

(2) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos*.

nalismo filosófico, buscaba ardientemente un consuelo para el torbellino de sus dudas y de sus claudicaciones espirituales. Enemigo de todo tradicionalismo, miraba con horror las instituciones consagradas por un uso secular y rutinario; ardoroso partidario de la juventud liberal que se formaba en las aulas del Instituto y entusiasta admirador de los nuevos escritores que constituían la «Sociedad Literaria de Santiago», comenzó a figurar Bilbao a la edad de veinte años en aquel movimiento político e intelectual que tan agrias horas de desconcierto le había de acarrear más tarde al gobierno en la lucha ardorosa del liberalismo. Llamado a colaborar en «El Crepúsculo», envió su primer trabajo, la «Sociabilidad chilena». Desgraciadamente, el escrito promovió tamaña algarada entre las autoridades, que éstas tomaron cartas en el asunto y rápidamente Bilbao se vió acusado y procesado por el delito de blasfemo e inmoral.

En el seno de la sociedad de Santiago del año cuarenta y cuatro cayó dicha publicación como guijarro de fuego en un charco tranquilo. Hirvieron las opiniones en torno, se exaltaron los ánimos, llovieron las maldiciones hasta tal extremo que la autoridad eclesiástica de Santiago hubo de prohibir a los párrocos rurales la libertad de excomulgar a su antojo al autor. El Gobierno favoreció abiertamente las alarmas de quienes atacaban con chismes y murmuraciones a aquel muchacho indefenso, de veintiún años, apasionado y varonil como un joven héroe de leyenda. ¿Qué mayor gloria podía desear un escritor casi adoles-

cente para su triunfo y su nombre? ¿Qué más que el escándalo y la exaltación de sus impugnadores? Bastaba que hubiera sido acusado para que la amistad de los suyos tejiera a su alrededor un cerco de acero en su defensa y para que intentaran vengarle de los ultrajes de sus enemigos. De la noche a la mañana Bilbao se hizo célebre, escritor discutido y mártir de las ideas nuevas. El 24 de Junio acordó el Consejo de la Universidad separar a Bilbao del Instituto Nacional, privándole de poder asistir a sus clases; la parte del periódico que contenía el escrito suyo fué quemada por mano del verdugo; la prensa conservadora le condenó llamándole hereje y blasfemo; y, por fin, no faltó quien insinuara la idea de hacer recaer sobre el joven escritor un castigo severo que le sirviera de escarmiento futuro. Mas, la actitud de sus partidarios y amigos y del pueblo, que asistieron el día de su presentación ante el Tribunal Calificador, no sólo le ampararon con francas simpatías sino que contribuyeron a cubrir rápidamente los mil doscientos pesos de multa a que fué condenado Bilbao. «Pagada la multa—escribe don Manuel Bilbao—el pueblo pidió que se le entregaran los jueces» (1). Enardecida la multitud con el naciente prestigio de Bilbao y con el gesto bizarro de su abierta osadía, hizo de él un ídolo. La juventud del escritor no podía menos que entusiasmarla hasta el delirio. Nuestras multitudes se impresionan fácilmente en favor de quien sabe

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

llegar hasta ellas apelando a los gestos de audacia. Y la palabra viva y elocuente de aquel muchacho de grandes ojos azules y cabellera soñadora, no podía menos que arrastrarla en una fuerte oleada de admiración y simpatía. Además, Bilbao se mostró ante sus jueces en actitud levantada y varonil, convencido de que su causa era la causa de la libertad y la causa del pueblo. La lectura de la Biblia y de los libros de Lamennais le había enseñado el arte de escribir en aforismos y sentencias lapidarias, parecidas a los versículos. El tono sentencioso y su actitud irrespetuosa le granjeaban las opiniones de la juventud y del pueblo. Demasiado comprendía Bilbao que un arranque subversivo ante la autoridad vale más que cien razones para ganar partido entre las masas. Así, pues, ante el juez y el fiscal que oían la defensa suya contra la acusación de su escrito, Bilbao se mostró altivo y desdafiado, seguro de sus fuerzas y de las simpatías de quienes le escuchaban. «Ahora, señor fiscal, ¿quién sois, vos que os hacéis el eco de la sociedad analizada;—dice haciendo su defensa—que os oponéis a la innovación, parapetado en las leyes españolas, qué crimen cometéis?—El «juez» (campanillazo). Señor, usted no viene a acriminar al señor fiscal.—Bilbao. No acrimino, señor juez, clasifico solamente. La filosofía tiene también su Código, y este Código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. Eh! bien innovador, he aquí lo que soy; retrógrado, he aquí lo que sois».

A no haber mediado este proceso ruidoso en el cual más que de enjuiciar a un escritor se trataba

de ahogar con severo correctivo, el nacimiento de ideas perturbadoras para la tranquilidad del Estado, la obra de Bilbao hubiera tenido una resonancia mucho menor y al cabo de un mes nadie se hubiera acordado de ella. Para la sociedad de Santiago, profundamente conservadora, la «Sociabilidad Chilena» tuvo el carácter de un insulto audaz que era menester lapidar con la intervención de las autoridades. ¿Cómo dejar en el silencio aquella invectiva audaz que iba dirigida contra «una religión dominante que nadie se hubiera atrevido a atacar hasta entonces a cara descubierta—según escribe don Zorobabel Rodríguez,—una ley que castigaba la herejía como un delito gravísimo y una sociedad cuyos sentimientos estaban en el más perfecto acuerdo con las prescripciones legales» (1), y que formaba la unidad de su sociabilidad arbitraria? Ardiente y convencido de sus ideales revolucionarios, hijo espiritual de Rousseau y fiel intérprete de las primitivas enseñanzas del cristianismo, la juventud apasionada de Bilbao soñaba en una era de libertad y de fraternidad de la cual debía ser él su profeta y su apóstol. Y, en tal sentido, es preciso reconocer que el naciente liberalismo chileno le debe a su obra gran parte de los avances que logró realizar en los años 44 y 45, pues aun cuando Bilbao había partido a Europa, quedaba grabado en los corazones de la juventud chilena, el recuerdo de su obra audaz y entusiasta, precursora de futuras cosechas de

(1) ZOROBABEL RODRÍGUEZ.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

verdades y heredera directa del racionalismo francés y de los por aquel entonces olvidados avances del pensamiento español que encarnaban los Saavedra Fajardo, los Jovellanos y los Feijóo.

Escrita entre los veinte y veintiún años la «Sociabilidad Chilena» daba la medida de los estudios emprendidos por Bilbao y de la influencia que ejercieron sobre su espíritu las obras de Cousin y Dupin, de Lamennais y de Vico. Celoso partidario de sus doctrinas, soñaba ver implantadas en su país las reformas que aquellos pensadores aplicaban a los organismos de los viejos estados europeos. «El Contrato Social», del huracán ginebrino, le hacía pensar en las excelencias del derecho primitivo, mientras las lecciones de su maestro muy amado Vicente Fidel López le hablaban muy alto de las disciplinas del derecho positivo y del racionalismo moderado. Su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron el eterno desvelo de su vida, le hizo odiar la tiranía de toda autoridad. «Tenía un odio que le cegaba, el del despotismo—escribe Lastarria,— y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido, y se irritaba contra toda opresión» (1).

Nada había de genialidad pero sí mucha audacia en las ideas removidas por el escrito «Sociabilidad Chilena». Ninguna novedad campeaba en él que hoy pudiera prender en los espíritus y fructificar en ardientes entusiasmos como sucedió el año 44. El propio Bilbao, al recordar esta su obra

(1) Carta de Lastarria. 1866.

do estudiante, escribía algunos años más tarde: «Este escrito fué una proyección del siglo XVIII lanzada por un alma juvenil». Hé aquí su auto crítica verdadera. Hasta ese entonces si es cierto que Bilbao fué estudiante sólo preocupado de sus libros, es preciso reconocer también que su cultura científica se advertía escasa y poco firme. Barros Arana recuerda que, «no sólo carecía Bilbao de toda noción científica, lo que por lo demás era común a los jóvenes de su generación, como resultado del atraso en que estaba la enseñanza pública, sino que en la variedad de lecturas de literatura o de historia, revelaba una gran inferioridad sobre muchos de aquéllos» (1). De lo cual proviene la poca fijeza de sus ideas, el tono sentencioso de su estilo, y el ropaje simbólico con que reviste hasta las argumentaciones más triviales. El verdadero mérito de la «Sociabilidad Chilena» estaba en el valor francamente heroico con que Bilbao, siendo aún muy joven, se atrevía abiertamente a encarar las preocupaciones de su época sobre las cuales descansaban los fundamentos de la sociedad y de la política. No se arredró ante la avalancha de los prejuicios sociales que hubieran podido sepultarle bajo el torbellino desencadenado de su agitación. Su gloria arranca de su audacia. Más que convencer a sus partidarios logró entusiasmarlos con aquellos períodos cortantes, lapidarios y solemnes, revestidos de ardientes alegorías y de invocaciones paradó-

(1) BARROS ARANA.—*Un decenio de la Historia de Chile*. Volúmen II.

gicas. Si en verdad hoy nadie recuerda las doctrinas de la «Sociabilidad Chilena», en cambio la memoria de Bilbao, apóstol y agitador, es inolvidable, porque antes que sus ideas filosóficas nos agradan sus arrestos de iluminado y sus fieras embestidas contra la tradición secular. Yo me atrevería a calificarle de un precursor ardiente del socialismo en Chile: socialismo que si no es original en él por lo menos encontró en Bilbao un decidido apóstol que lo aplicase a la sociabilidad nacional.

Primer viaje

Poco tiempo permaneció en Chile Bilbao después del apasionado proceso de su escrito «Sociabilidad Chilena». Durante algunos meses redactó en Valparaíso «La Gaceta del Comercio», y en Octubre de 1844 abandonó las playas chilenas rumbo a Europa, en compañía de don Francisco y de don Manuel Antonio Matta. Llegó a París a fines de Febrero de 1845. Los primeros síntomas que anunciaban el derrumbe de la monarquía de Julio comenzaban a manifestarse claramente. Se instaló en el Barrio Latino, en una pequeña pensión de estudiantes. Conocedor de la lengua francesa, entregóse de lleno al estudio asistiendo a cursos universitarios y a las conferencias de los centros doctos. Su hermano don Manuel recuerda que cursaba Astronomía con Arago; Geología y Química

con Dumas; Matemáticas, Economía Política e inglés. Pero, lo que mayor curiosidad y simpatía despertó en su espíritu joven fueron las lecciones y cursos que Michelet y Quinet dictaban en el Colegio de Francia. A ellos y especialmente a Lamennais, a quienes consideraba como sus maestros, había de acercarse como un discípulo que trata de fortificar en la intimidad el caudal de sus doctrinas con la palabra nueva de quienes echaron las más fuertes semillas de libertad y de redención en los surcos abiertos de su espíritu.

En tal época y entre tales hombres el joven escritor chileno había de encontrarse muy de su agrado. Era el tiempo en que Quinet afrontaba abiertamente el problema religioso desde una de las tribunas más célebres de Europa para encontrar en la cultura de sus contemporáneos una franca recompensa de admiración y entusiasmo que solamente la camarilla del gobierno y el partido reaccionario no aceptaban. Bilbao, en cambio, podía comparar, aunque con la debida distancia, que él había sufrido viéndose procesado y perseguido en su patria y dejaba, tras el torbellino de ideas levantado por su escrito de juventud, a su país en poder de sus enemigos y a sus partidarios empeñados en una lucha cruda por el triunfo del liberalismo. Pero ahora se encontraba en el seno mismo de su madre ideológica. Desde sus comienzos literarios tuvo él siempre los ojos fijos en Francia y en sus pensadores. Durante su adolescencia fué su lectura favorita el libro de los oradores revolucionarios de 1789. De Mirabeau conocía las menores incidencias de su vida, publicadas hasta

ese entonces por sus mejores biógrafos. Imitaba sus gestos y su audacia tribunicia. De aquí, tal vez, que su obra se resienta de ese afán generalizador y simbólico revestido por un vocabulario ampuloso, como si sus escritos fuesen dirigidos a las multitudes. (Faguet advertía en Quinet—el pensador que mayor ascendiente tuvo en su obra de senectud,—semejantes cualidades y defectos que harto claramente resaltan en la obra de Bilbao. «Elle était née—escribe el crítico francés—de l'amiration pour les orateurs emphatiques de la Révolution Française, et du désir de les imiter dans les assemblées parlementaires» (1).

Un día, tras larga espera, se decide a visitar al ídolo de su juventud, a su maestro muy admirado, Lamennais. Le deja su tarjeta y dos días más tarde recibe el siguiente billete: «Mr. Bilbao trouvera M. Lamennais chez lui, jeudi prochain, entre midi et une heure. Le portier en voyant se billet saura qu'il est attendu». ¿Cuál no sería su gozo al pensar que dentro de poco iba a escuchar la voz de su maestro y a estrechar su mano? El día convenido se dirige a su domicilio. El tiempo está revuelto. Lluve. «Paso una primera pieza—anota en su diario—y, al entrar a la segunda, del rincón de la derecha se levanta para responder a mi saludo ¡E! ¡el autor de «Las palabras de un creyente»! Yo creí que tenía la vista fascinada». Después de cambiar algunas palabras, Lamennais le pregunta cuánto tiempo residía en Francia. Dos me-

(1) EMILE FAGUET.—«*Politiques et Moralistes du XIX Siècle*». (Deuxième Série).

ses, le dice Bilbao, a lo cual responde aquél: «Pues usted habla francés como un francés».

En la segunda entrevista que tuvo con Lamennais la conversación se hace más expansiva y Bilbao expone sus ideas. «Yo he sido católico—le dice,—pero a la faz de esta creencia me he encontrado con la moral que proclaman las constituciones. La soberanía del pueblo es para mí una creencia y un criterio como usted lo ha dicho». A lo cual Lamennais le responde: «No hay progreso posible más allá del dogma proclamado por el Cristo: «Ama a Dios y a tu prójimo». Todos convenimos aquí, pero en las aplicaciones discordamos». «En la especialidad, le interrumpí»,—agrega Bilbao. Poco antes de despedirse le dice el maestro al discípulo: «Usted tiene una misión apostólica, aprenda todo el bien con su voluntad y entusiasmo: aquí encontrará un amigo sincero. Yo le llamo a usted mi hijo», y me abrazó. Y yo a usted mi padre, le respondí» (1).

El 20 de Junio, aniversario del proceso de su «Sociabilidad Chilena», visita nuevamente al tutor de las «Palabras de un creyente». «Lamennais—escribe—me habló de la citación de Quinet, y con este motivo le expliqué el asunto del 20 de Junio. Mucho le sorprendió el que la juventud hubiese pagado por mí. Esto se lo hizo notar a Beranger que había entrado un poco después».

Sus visitas a Quinet y a Michelet son no menos interesantes. La juventud apasionada del audaz escritor chileno que ya había sufrido su martiro-

(1) *Diario* (MANUEL BILBAO.—FCO. BILBAO, etc.)

logio en aras del libre pensamiento, no podía serles indiferente al pensador de «El Cristianismo y la Revolución Francesa» y al poeta filósofo de «La Hechicera y el Pájaro». Desde un rincón de la América latina Bilbao había seguido el desenvolvimiento de sus ideas y era el mejor portavoz de sus libros. Así, pues, no resultaba extraño el afecto que le dispensaron siempre con sinceridad.

Una de las primeras visitas que le hizo a Quinet (1) data del 1.º de Enero de 1848, según lo consigna en su Diario. Al tratar del libro «Vacances en Espagne», Bilbao le recuerda al maestro que ha visto la península «muy en poeta». Y aquél le responde: «Es preciso animar a estos pueblos del mediodía. Si usted supiera el desaliento que hay: creen que nada se puede hacer. Yo he vivido en los pueblos del Norte y sé el desprecio que le profesan a los países del mediodía. Larra ha muerto de desaliento y ha dicho que la América es la esperanza... Tengo que hablar de Chile tam-

(1) Madame Quinet en sus «Memorias del destierro», escribe: «Francisco Bilbao era el vínculo entre Edgard Quinet y América: era el eco fiel del Colegio de Francia cuya propaganda continuaba al otro lado del Océano... La primera vez que asistió al curso de Edgard Quinet, oyó estas palabras que parecían dirigidas a él: «Chile solamente parece que conserva el alma de los antiguos araucanos.» Al día siguiente, Bilbao se presenta en la calle de Mont-Parnasse, número 4. Edgard Quinet ve entrar a un hermoso joven de aspecto y de palabra algo espartana, que le dá una carta pronunciando esta sola palabra: «Leed». Era una profesión de fe ardiente de entusiasmo, animada del ambiente de las cordilleras. La adopción moral estaba hecha, y duró hasta la muerte.»

bién, y usted me traerá lo más importante y popular que tenga».

En Octubre del mismo año visita el joven ideólogo chileno a Michelet. Ya le conocía, aun cuando no había departido jamás largamente con el célebre historiador. «Comía—recuerda en su Diario,—y al entrar, me dijo:—Lo que falta es que usted se sienta con nosotros. Tenía dos convidados. Bernard era uno. Le hablaba de animales y se habló del cóndor. La conversación fué larga e interesante. Al presentarle, Michelet dijo: «el señor es de Chile, es un bello país y, por lo que parece, es enérgico». Luego, después, al despedirse, le detiene en la escalera para ofrecerle sus relaciones en el próximo viaje que debía emprender a través de la Europa. «Vea usted a Michelet en Berlín—le dice—que lo presentará a Grimm, el sabio de la Alemania. En Milán a Manzoni». Le da una carta de presentación que decía así: «Monsieur le professeur Michelet, a Berlin; permitidme recomendaros a vuestra benevolencia, un joven que M. Quinet y yo miramos cual si fuera nuestro hijo, el señor Francisco Bilbao, de Chile. Quiera el cielo que alguna vez tengamos un hijo tal. Es un genio, aún nebuloso, mas nosotros hemos penetrado en él y hemos encontrado un carácter fuerte y profundo, que, desarrollado, debe ser el de un grande hombre». Esta carta da la medida del profundo afecto que Bilbao logró ganarse en el hogar de ambos escritores, y nos corrobora aquello de que las esperanzas que todos tenían fijadas en él fueron, desgraciadamente, mucho mayores que los frutos que dió tal cerebro.

En Octubre del mismo año, Bilbao abandona París para recorrer algunos países de Europa: visita Praga, Viena, el Danubio, Munich, los Alpes tiroleses, Venecia, Padua, Milán, los Apeninos, Génova, Libornia, Pisa, Florencia, Civita Vecchia, Roma, para regresar a París en Junio de 1848.

Durante su ausencia, todo había cambiado en la metrópoli. Ya de regreso, en Junio de 1848, encuentra París perturbado por honda crisis. La caída de Luis Felipe, en Febrero de ese año, aún prolongaba una situación de vacilaciones e incertidumbre. En el resto de Europa las cosas no marchan mejor: en Italia, Carlos Alberto pretende emancipar a la península a la cabeza de una revolución ardorosa; en Viena se suceden las agitaciones estudiantiles, mientras la Hungría y la Polonia fracasan en sus proyectos libertarios; claman en el norte de Italia los universitarios contra el papado, mientras en Trieste el ejército logra difícilmente aplacar las asonadas callejeras. Un instante se piensa que Francia auxiliará a Hungría y Polonia. Sin embargo, no sucede así: la Convención se desentiende y no interviene. Carlos Alberto no consigue el triunfo, mientras el gobierno francés ayuda al papado. Los motines se multiplican en París. El desgobernado amenaza desquiciarse el orden. Cuando la insurrección de la Comuna estalla, Bilbao no abandona un instante a Quinet, que ha sido nombrado coronel en una legión de la Guardia Nacional. En las barricadas del 25 de Junio sucumben quince mil hombres. Triunfa la Convención. Es todo un castillo de ilusiones que se derrumba. Quinet re-

nuncia al mando de su legión. Bilbao escribe entonces: «La Francia va a faltar a su palabra. La Francia va a mentir; la Francia se suicida para el porvenir».

En Febrero de 1850 llega a Valparaíso. Más que nunca ardoroso, entusiasta y convencido en el triunfo del liberalismo que tan de cerca había visto palpar en Europa, sólo desea sembrar vientos de libertad, agitar al pueblo y predicar la revolución contra los reaccionarios.

Acción de Bilbao en Santiago

Durante el tiempo que estuvo en Europa, Bilbao dedicó muy escasas horas a sus labores de escritor. Preocupado más en compilar extensas reseñas de los cursos a que asistía, ya fuera en los de Arago sobre astronomía, o ya en los de Dumas, sobre geología y química, y en los de Michelet y Quinet, sobre historia o religión, apenas si le alcanzaban sus horas para repartirlas en visitas o en lecturas; porque Bilbao leía ávidamente cuanto libro despertaba su curiosidad o le recomendaban sus maestros y sus amigos, con preferencia los de filosofía e historia. Más preparado ya para emprender estudios vastos de filosofía científica, releyó entonces a Vico, a Herder y a Gibbon. Las obras de metafísica le entusiasmaban. Durante las interminables vigilijs del invierno dedicaba sus momentos de estudio a comentar los textos del

Evangelio y a repasar algunos libros de los padres de la Iglesia. Escribía poco, muy poco. Según se induce por lo que refiere en su Diario, se ocupaba entonces en traducir los Evangelios comentados por Lamennais.

Poco y nada habían cambiado las cosas de la política en Chile durante la estancia de Bilbao en Europa. Idos ya los días apasionados del gobierno de Portales, los conservadores mantenían casi intacto el Poder, que habían conquistado tras reñidas y sordas luchas políticas. Al amparo de la administración Bulnes supieron guardar hábilmente las prerrogativas obtenidas, manteniéndose en una actitud discreta, sin intervenir abiertamente en política, pues el gobierno del general Bulnes perseguía, ante todo, un fin de buena administración y de tregua interior, ajeno a los ímpetus levantiscos de pipiolos y pelucones (1). Al amparo de la Constitución de 1833, la República comenzaba a desarrollar libremente sus fuerzas de trabajo y de cohesión interior, se promovía la riqueza y la cultura, los servicios administrativos regulábase y las luchas políticas buscaban su garantía al amparo de la autoridad.

Santiago vivía una existencia tranquila de atieja ciudad colonial, cuya paz no era perturbada más que de tarde en tarde por las agitaciones políticas de una elección, por algún conato de motín, o por alguna amenaza de conflicto con tal o cual nación vecina. En su seno repasaban el hilo de sus

(1) Nombre con que se designaba a los liberales y conservadores.

horas un pueblo tranquilo, sin ambiciones, una juventud levantisca y la sociedad pelucona, aristocrática y reaccionaria, cerrada a toda innovación que pudiera perjudicar el orden establecido y continuadora en todo y por todo de la prosapia española. Para ella sólo se habían hecho los rosarios largos y monótonos rezados en familia al calor de la lumbre, las procesiones en las grandes solemnidades, las semanas santas, los días de recogimiento y de ayuno, y los raros saraos que, poco a poco, iban perdiendo su curioso aspecto colonial. Malos vientos venidos de Europa anunciaban de cuando en cuando un no lejano peligro para su estabilidad. Los ideales del partido conservador se sintetizaban en la lapidaria confesión hecha por un diario católico de la época, que decía así: «El partido conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociabilidad de Chile el espíritu español, para combatir el espíritu socialista de la sociedad francesa» (1).

Sin embargo, a pesar de las precauciones, del tino y de la constancia tesonera del arzobispo don Rafael Valentín Valdivieso, la revolución del 48 en Europa tuvo una ardiente repercusión hasta el último rincón americano. Frecuentemente comenzaron a llegar las obras de los filósofos franceses y un diario de Santiago publicó una traducción de las «Palabras de un creyente», de Lamennais. La juventud pipiola sentía renacer sus en-

(1) J. V. LASTARRIA.—*Discursos parlamentarios*. Introducción al t. I.

tusismos muertos en apariencia y durante el año cuarenta y nueve se operó en los espíritus una evolución curiosa: la lectura de la ya popular obra de Lamartine, «Historia de los Girondinos», circulaba de mano en mano, alizando en los cerebros el fuego del más ardiente entusiasmo.

En muchas orugas hizo brotar prematuras alas de mariposa; en los cerebros puso chispas de ardorosos convencimientos y más de una vez, al calor de uno de los más aristocráticos hogares del Santiago de la época, los personajes ardorosos que cruzaban a través de esas páginas como una visión de sacrificio y de gloria, turbaron peligrosamente la paz de algún tranquilo adolescente sentimental. Más tarde ya, y cuando se constituyó la Sociedad de la Igualdad, con fines puramente humanitarios y docentes, tan de cerca perdura la influencia del libro lamartiniano que, la mayoría de aquellos igualitarios teóricos y aventurados, llegan a cambiar sus nombres de pila por el de alguno de los revolucionarios franceses: así Bilbao era conocido con el nombre de uno de los mejores oradores de la Gironda, Vergniaud; Lasterria con el de Brissot; Manuel Recabarren con el de aquel simpático y noble Barbaroux; Rafael Vial con el de Fonfrede; Juan Bello con el de Ducos; Domingo Santa María con el de Louvet; Marcial González con el de Pethion; Pedro Ugarte con el de Danton; Manuel Bilbao con el de Saint-Just; Eusebio Lillo con el de Rouget de Lisle; Santiago Arcos con el de Marat. Todos eran jóvenes, todos eran ardientes, todos eran entusiastas: habían trocado sus nombres según sus simpa-

tías y según las afinidades que se encontraban con los héroes de la Revolución.

En medio de ese círculo ardoroso, en constante exaltación romántica, Bilbao comenzaba a tomar actitudes de apóstol. No se habían hecho para él las claudicaciones de la política venal, ni los cambios repentinos motivados por razones de conveniencias. Jamás transigió él con los que fueron sus enemigos en ideas. Su viaje a través de la Europa y su larga estada en París no habían contribuido sino a atizar más aún aquel fuego de ardiente exaltación libertaria, nacida en su cerebro con la adolescencia. Todo disponía en su persona a ganarse las simpatías de los extraños. De regular estatura, algo enjuto, ligeramente inclinado a la altura del pecho (lo que traicionaba ya el funesto augurio de su predisposición física para contraer la tisis), de ademanes finos y graves, aquel torso con algo de apolíneo, mantenía enhiesta una hermosa cabeza de dios joven. Pálido el rostro, nariz recta, como acusando cierta voluntad de carácter, boca firme, ligeramente rasgada, ojos azules, profundamente azules, tranquilos, bañados en una hermosa serenidad, y una melena amplia, animada por los más extraordinarios soplos líricos, coronaban aquella cabeza viril, firme, de soñador y de apóstol. Vivía con sencillez y desenfado: en las mañanas de invierno cubría sus hombros un amplio capote, y en los días veraniegos, un frac negro ligeramente ceñido sobre el pecho, acentuaba graciosamente las formas de su cuerpo bien proporcionado. La severidad de las facciones acentuaba cierta grave frialdad en su rostro. Pero, cuando el

calor del entusiasmo ponía ardores inusitados en sus pupilas, y el orador hacía olvidar en él al hombre, entonces Bilbao se transformaba como por encanto: desenvuelto y sencillo, conquistaba con la franqueza tranquila de sus arrebatos magníficos. Mesurado a veces, verboso otras hasta los más exaltados ardidés declamatorios, jamás fatigó a sus oyentes y jamás llegó hasta la vulgaridad de los peroradores de asambleas. Siempre oportuno, supo sacar buen partido de las circunstancias propicias. Un detalle insignificante solía darle motivo para un discurso apasionado o para una improvisación ardiente. En cierta ocasión una asamblea de la Sociedad de la Igualdad amenazada terminar de una manera agitada; Bilbao ocupó la tribuna, y aprovechando que alguien le había obsequiado con un ramo de flores, comenzó su discurso del modo siguiente: «El ruido de los tambores, la publicación de órdenes represivas, el aparato de la tropa armada, parece anunciar al poder los peligros del combate. En presencia de ese aparato de guerra, la Sociedad de la Igualdad, se presenta armada de flores».

Comprendiendo el Gobierno que del seno de aquella Sociedad, abiertamente subversiva, podía nacer una revolución, se apresuró a hacerla disolver: un golpe de policía dispersó a sus elementos dirigentes, arrastrando a unos a la cárcel y a otros al destierro. Sin embargo, tras esa imposición de la autoridad, los más ardorosos miembros de la Sociedad de la Igualdad, que estaban en libertad, comenzaron a conspirar como cualquiera logia oculta. Ante el cesarismo autoritario ellos

se propusieron burlar sus acechanzas, violar las barreras de sus restricciones; ante la fuerza armada ellos iban a oponer el movimiento sedicioso de los ¹²²cuarteles y el apoyo violento del pueblo. Al garrote el hierro; al asalto nocturno el motín; a la tiranía la guerra civil.

Empero, a pesar de los preparativos y cuando la revolución debió encontrarse triunfante tras un primer golpe afortunado, fracasó; la muerte de su jefe, el coronel Urriola, introdujo el desorden, y el brillante triunfo de un instante se convirtió luego en derrota irreparable. Bilbao tomó parte activa en ella (1) y fué blanco de las más encarnizadas persecuciones de la justicia. Felizmente, después de permanecer algunos días oculto, logró huir, embarcándose con destino al Perú.

Bilbao en el Perú

Instalado en Lima, Bilbao y no aplacados sus ardores contra el despotismo a pesar de la di-

(1) Del proceso que se les siguió a los revolucionarios resulta en la Vista del Fiscal que, Bilbao había obrado como un agitador, ora arengando a las multitudes, ora dando aliento a sus mejores bríos: «Don Francisco Bilbao,—dice dicho documento—según lo deponen varios testigos, capitaneaba a la plebe armada, la proclamaba y exortaba e invitaba a tomar armas a la gente del pueblo. Según un testigo, hizo tocar a fuego en la Catedral; y según otro, convino en el incendio del cuartel de Artillería.»

solución de la Sociedad de la Igualdad, inició una campaña sistemática contra el Gobierno del presidente Echeñique. Colaboró en la prensa pidiendo la abolición de la esclavitud de los negros y en la «Revista Independiente» atacó duramente la corrupción administrativa. Entre el público no pasaron ciertamente inadvertidas dichas amonestaciones: Bilbao, chileno, entusiasta y ardoroso en su apostolado de la verdad y de la honradez, reunió una asociación de jóvenes que eran los portavoces de sus audacias y de aquella campaña de regeneración. El presidente Echeñique comprendió a tiempo las perturbaciones que le podían acarrear en el país semejantes cruzadas puritanas, predicadas por un desterrado extranjero y por un grupo ardoroso de jóvenes. Bilbao supo a tiempo que se trataba de acallar su voz con una orden de prisión. Buscó asilo en la Legación de Francia hasta que, habiendo celebrado una entrevista con el Presidente, se comprometió en lo sucesivo a no mezclarse en política, o, más bien dicho, en los asuntos internos del Perú. «Asilado en la Legación de Francia—recordaba más tarde en los «Mensajes del Proscrito»—por el espacio de tres meses, no se me permitió permanecer en el Perú sino bajo la condición de no mezclarme en la política del país». Claramente comprendió Bilbao su difícil situación, harto desventajosa en aquel país extraño; prefirió aguardar ocasiones mejores y circunstancias propicias para ganar el tiempo perdido. Se trasladó al Ecuador.

Transcurrieron los meses hasta que el año 54 estalla la revolución en el Perú. El general Cas-

tila, caudillo prestigioso y caballeresco, astuto, esforzado hasta el sacrificio, comprendió en medio de aquella disolución que significaba el Gobierno de Echeñique, la necesidad de un movimiento subversivo que reorganizara todas las instituciones del país, asegurando el prestigio de la presidencia. Durante veinte años Castilla había hecho sentir su benéfica influencia sobre aquel país que había de ser víctima de su propia riqueza, como lo presagiara Bolívar. Era preciso, pues, una mano de hierro y una administración muy firme a fin de evitar la bancarrota y la venalidad gubernativas. Y Castilla, hijo de guerreros, habituado al trabajo y a la disciplina del cuartel, que siempre miró cara a cara al enemigo, peleando durante la guerra de la Independencia en Chile, combatiendo al lado de San Martín en 1821, triunfante en Ayacucho, prisionero en la Campaña de Bolivia, hasta conquistar el generalato galón tras galón, campaña tras campaña, había forjado su espíritu en la escuela de la disciplina y del más acendrado patriotismo: era, por lo tanto, honrado, valiente, sereno y audaz como gran caudillo y general bisoño. «*Simplex sont ses idées:—escribe de él Francisco García Calderón—conservateur dans l'ordre politique il respectait le principe d'autorité*». Odiaba las revoluciones y quería para su país días de orden y prosperidad. La debilidad de Echeñique le indujo a precipitar un movimiento subversivo y a arrebatárselo el poder.

Ardoroso e ingenuo, Bilbao creyó entrever en aquel gobernante la encarnación de un verdadero apóstol de la democracia. Escribió entonces su

«Gobierno de la Libertad», en el que expuso todas sus ideas sobre el Gobierno representativo, sobre el concepto de la libertad y los deberes del gobernante.

La estabilidad de aquel Gobierno le hizo creer a Bilbao en su completa libertad de acción: inició entonces una violenta campaña abogando por la libertad religiosa y exponiendo sus ideas sobre el dualismo entre la libertad y el catolicismo. Creyó que la autoridad iba a amparar sus audacias, sin reparar en que el general Castilla era un conservador moderado, partidario del orden y de la tranquilidad.

Acusado Francisco Bilbao por el fiscal don Vicente Villarán, la Corte Suprema de Justicia castigó sus ardores revolucionarios y sus libertades contra la religión del Estado, enviándolo a un calabozo de la cárcel de la Inquisición.

Defendido por su hermano, don Manuel, obtuvo su libertad y se embarcó rumbo a Europa a fines de Junio de 1855.

Entretanto, durante los años de su residencia en Lima, Bilbao no sólo se había preocupado en atacar al Gobierno y predicar entre la juventud nuevos credos políticos y sociales: su vida austera y laboriosa dejábale frescas horas de descanso que el escritor dedicaba enteramente al estudio y a sus labores ideológicas. Más que en otra ciudad de América, en Lima, ciudad de los Reyes, fastuosa y colonial, su espíritu cultivó como nunca en sus días de meditación y de serenidad, fuertes ideales de perfeccionamiento místico. Releyó una vez más

los libros de su maestro muy amado Lamennais; visitó frecuentemente las viejas iglesias y los anchurosos palacios que, a través de los siglos, parecen conservar las huellas profundas del fastuoso cortejo de los virreyes. Lima le evocaba la historia rica y magnífica de la América colonial: su vida característica, el poder del catolicismo mantenido con el triple espanto de los tribunales de la Inquisición; y, en medio del fasto, de la sangre, de las intrigas, de la riqueza y de la corrupción, ante sus ojos de soñador cobraba extrañas proporciones la figura de aquella Santa Rosa seráfica y divina, nacida en aquel ambiente como un lirio entre maraña de zarzas y de espinas.

Despojado de todas sus dudas, tembloroso de emoción, realizando obra de puro poeta, de bueno y altísimo poeta el revolucionario de antaño compuso entonces sus «Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima», en cuyas páginas comentó la vida de la casta doncella con fresca unción y beatífica serenidad. No parece sino que esta Vida hubiera sido escrita por un monje artista, inquieto y manso de corazón. Como obra de merecimientos literarios son estas de las pocas páginas de Bilbao que se deban recordar con agrado y curiosidad. Su estilo es galano, florido, fresco, ajeno a ese ropaje simbólico y verboso de que tanto abusaba en otras ocasiones.

Nuevo viaje a Europa

El segundo viaje de Bilbao a Europa es una peregrinación de amargura y desconsuelo. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en menos de diez años! Sobre las ruinas de sus antiguas esperanzas fué solamente a llorar sus desilusiones de ogaño, como el apasionado peregrino de la leyenda corsa: idos eran los bellos días ardorosos del 48; idos los arrestos de una juventud apasionada; idas las energías de aquellos apóstoles que tronaban contra Roma, contra el despotismo, contra el clero, contra la reacción del imperio. En París reinaba la tranquilidad que impone la fuerza armada después de las victorias. En aquel ambiente de remanso se incubaba una lenta tempestad, cuyo primer rayo había de ser el atentado de Orsini, síntoma precursor del oculto descontento que prendía como un reguero de pólvora del norte del mediodía de Francia. En el poder Napoleón III, proclamado Emperador tras el golpe de Estado de Diciembre de 1852, París, otrora asilo de la libertad y del derecho, se transformó en una ciudad bonapartista, en la antigua metrópoli cesárea de los Luises. En el destierro Víctor Hugo, Michelet, Quinet y tantos otros apóstoles del liberalismo y de la República, clamaban cual nuevos Exequielés contra aquel usurpador que hizo más profundas todas las escisiones de los partidos,

que desencadenó violentas crisis, y que, como digno epílogo del más desgraciado de los Gobiernos, coronó su obra de pequeñez al amparo de la sombra del único Napoleón digno de la historia, precipitando a Francia en la más vergonzosa de las derrotas.

Desconsolado, triste, llega esta vez a París. Sus amigos de antaño estaban lejos. El maestro muy querido de «Las palabras de un creyente» había muerto; Quinet vivía en Bruselas; Arago y Michelet habían sido destituidos de sus cátedras; el pensamiento liberal daba escasas señales de vida. No era, por cierto, tal situación muy del agrado de Bilbao que, una vez más, creyó encontrar en Francia el más seguro asilo, en el regazo mismo de la libertad y, junto a sus amigos de otrora.

Pocos días residió en París. Su nostalgia de los buenos amigos de antes le indujo a dejar la metrópoli. El día antes de abandonar para siempre aquella ciudad en cuyo seno florecieron amables años de su juventud, fué a visitar el sepulcro de su maestro bien amado Lamennais. Una pobre cruz de madera indicaba el sitio en el cual sus restos descansaban al amor de la tierra, en la fosa de los pobres. Impresionado, tembloroso de emoción y de sentimiento por aquel ardiente apóstol de la libertad que alumbró su juventud, publicó entonces las páginas que había comenzado en el Perú, «Lamennais», o «el dualismo en la civilización moderna», pequeña obrita, en la cual Bilbao expuso algunas de las ideas del maestro a través de su «Idea del ensayo sobre la Indiferen-

cia». En tales capítulos vació todo el caudal de su ya lejano culto admirativo por el solitario de La Chiesnaie, que un día le revelara su amigo Pascual Cuevas, cuando aún era un muchacho.

Parte a Bruselas Bilbao e inmediatamente va en busca de Quinet. Desterrado el pensador de «Ahasverus» en la docta ciudad flamenca, sólo se ocupaba por entero de su labor filosófica. Como en los buenos días de antaño, Quinet le recibe con los brazos abiertos. «Fué una sorpresa para él, pero no para mí — escribía Bilbao. — Está fuerte, tranquilo, sus cabellos han encanecido y sigue trabajando sin cesar. Todos los días me sienta a su mesa. Figuráos nuestras variadas conversaciones. Me han presentado a los desterrados, sus amigos, profesores, diputados, escritores, hombres todos de los bellos tiempos, que soportan con dignidad y esperanza su destierro. En ellos vive la moralidad ahuyentada de la Francia.» Cerca de aquellos desterrados que, como Duprat, Quinet, Dufraine, sobrellevan su dolor superando sus energías, el espíritu de Bilbao se trocuela como una coraza y su odio creciente contra Napoleón III se exalta cada vez más. No sólo de él reniega, sino que del mayor culpable de la dinastía, Bonaparte, quien, ante sus ojos, se destaca como el mayor traidor y el mayor asesino de todos los tiempos. Le odia porque ve en él la traición: «Traición a la República, el 18 de Brumario—escribe.—Traición a la República instalando el Imperio. Traición a la Italia, aboliendo las repúblicas. Traición a Venecia, entregándola al Austria. Traición al derecho de gentes, a la mo-

ralidad, a la legalidad asesinando al duque de Enghien. Traición a la humanidad y a las leyes de la guerra, degollando a los prisioneros en Oriente.»

Temiendo entonces por el porvenir de América al observar el advenimiento de la tiranía en el país que él creía la cuna de la libertad, se preocupa de volver sus ojos hacia la tierra de los suyos, y reuniendo a algunos de los hispano-americanos, les insta a regresar a sus países, a fin de promover la idea de un Congreso Federal de las Repúblicas que unifique a todos los pueblos en una potente unidad común.

Poco tiempo permaneció en Bélgica Bilbao. Deseaba ardientemente regresar a su hogar en Buenos Aires y ver a su madre, de quien estaba separado hacía ya más de siete años. «Hoy que me acerco a mi madre—escribía—me parece que me acerco a mi patria».

Abandona Bruselas y recorre algunas ciudades de Italia, fortificando su espíritu en la serena escuela de la más pura belleza artística. En Abril de 1857 arriba a las playas argentinas. Tras él quedaba la Francia del Imperio que sus ojos habían visto con espanto y santa ira.

Bilbao arriba a Buenos Aires en circunstancias que la provincia se encontraba separada de la confederación. Comprende que de aquella división no podía resultar sino una violenta guerra civil cuyos resultados desastrosos previó fácilmente. La ciudad de Buenos Aires estaba agitada entonces por pequeñas intestinas, mientras en el resto del país la mayoría de las provincias se ha-

bían asociado al credo federal, aceptando los acuerdos del Congreso de Paraná.

Ante todo se propuso Bilbao contribuir en la mayor medida que le permitían sus fuerzas, a que se sancionara la unidad nacional. El que venía de Europa esperanzado con poder reunir un Congreso Hispano-Americano, de protección y de unión, veía en la guerra civil el peor enemigo de sus proyectos. ¿Cómo se podría soñar en el pan-americanismo cuando los miembros de cada nación estaban en desacuerdo?

Tiempo de actividad extraordinaria es este para Bilbao. Las noches y los días le ven sobre su mesa de trabajo, entregado por entero a su labor de polemista y de escritor. Sus estudios desencadenan rachas de odio y de rencores. La autoridad eclesiástica le combate enérgicamente. Las invectivas más audaces cébanse sobre su persona de desterrado y de apóstol. En Buenos Aires se le combate porque es un enemigo declarado del separatismo. Pronto abandona la Revista para hacerse periodista en «El Orden», donde permanece como redactor hasta mediados de 1858. Entre tanto, no se da un instante de descanso: forma parte de los centros literarios; pronuncia su discurso sobre «La ley de la Historia»; se alista en el movimiento masónico; combate a los separatistas; apoya a los paraguayos cuando tratan de obtener la libertad de su patria; en la prensa es un luchador tesonero. Con su vida, con su aliento y su empuje, remueve ideas, no descansa.

Cerca de Urquiza trabajó activamente Bilbao alentando el ideal de la unidad nacional. Conven-

cido de que la América se bastaba para garantizar su propia libertad quiso, ante todo, afianzar la unidad independiente de cada país. Urquiza encarnaba para él el espíritu y la acción unitarios. Con noble desinterés secundó sus planes, dió vida a campañas periodísticas que afianzaban su obra y cuando Urquiza le encargó la redacción del diario «El Nacional Argentino», creyó poder definitivamente entregarse de lleno a él, sin restricciones de ninguna especie. Después de la victoria de Cepeda, Bilbao es saludado y festejado por el pueblo de Paraná, según testimonio de su hermano don Manuel. Pero, desgraciadamente, ya su salud comenzaba a resentirse de un modo desastroso. Un ataque violento estuvo a punto de acabar con su vida. Pero, a pesar de todo, Bilbao no abandona sus trabajos. Al saberse la ocupación de Méjico por los franceses, arde en santa ira, se indigna y, sobreponiéndose a sus dolencias, en compañía de su bueno, fiel y noble amigo Juan Chassaing, escribe en la prensa procurando promover un movimiento de opinión que se rebele contra la intromisión de una nación europea en los países americanos. Desgraciada y prudentemente el Gobierno no le secundó en tal proyecto que, para emprenderlo, suponía la existencia de escuadras y ejércitos poderosos en un caso dado. Decepcionado, triste, huraño y abatido, dió a luz poco después su libro «La América en peligro» que, condenado por el Arzobispo de Buenos Aires, indujo a Bilbao a escribir una contra pastoral en la cual afirmaba su idea primera de que el catolicismo rechaza la libertad. Algunos diarios de

Buenos Aires le acompañaron en tal campaña y Bilbao logró despertar en la opinión viva curiosidad por su obra. Se repetían entonces los mismos incidentes del año 44 y del 50 en Chile.

Poco antes de morir le escribía a su maestro Quinet: «Os escribo delante de la ventana entreabierta, en medio de un jardín de flores. Mi querida mujer, vestida de blanco, canta acompañándose del arpa... La gran naturaleza es siempre bella, y nuestra alma no se abatirá sino que se engrandecerá cada vez más. ¡Qué hermoso es vivir con horizontes infinitos!» Esta carta da una idea de la serena tranquilidad, del estoicismo que no le abandonó en sus instantes últimos.

Recordó Bilbao en sus postreras disposiciones, a Michelet y a Quinet. Cuando don José Victorino Lastarria, entonces Ministro de Chile ante el Gobierno argentino, se acercó a su lecho de moribundo, Bilbao le dijo: «Mi esperanza era ir a morir a Chile, pero ya usted ve no puedo moverme».

En sus últimos momentos su serenidad no le abandona. Ora le dice a su hermano, presintiendo la muerte cercana: «Esta es la primera batalla que mando en jefe» o ya le advierte que cada vez se siente más fuerte en sus convicciones y que todo cuanto ha hecho lo ha realizado procurando el bien. Se niega a aceptar todo auxilio religioso.

El 18 de Febrero de 1864, a las siete de la mañana, le sorprende el último ataque. La sangre le ahoga; alcanza a repetir tan sólo: «Este es el último», y expira tranquilamente.

Las ideas de Bilbao

A pesar de su enfermedad, que día a día minaba su naturaleza; a pesar de que en el destierro todo parecía serle adverso, no por eso Bilbao abandonó sus tareas de pensador ni un solo día siquiera, desde que arriba a Buenos Aires. Fueron aquellos sus años últimos, los más fecundos de su vida en cosechas espirituales. Todo lo que ha estudiado en sus viajes, todo lo que asimila durante su estada en Bélgica cerca de Quinel, todo lo que observa, le servirá más tarde para escribir en Argentina las obras de mayor aliento compuestas durante su corta vida: «La ley de la Historia», «La América en peligro», «El Evangelio Americano» y la serie de estudios religiosos «Discursos masonicos», «La Revolución Religiosa», «Estudios religiosos».

Antes de analizar el concepto político de las democracias, como lo entendía Bilbao, es preciso repasar su «Ley de la Historia», de cuyas conclusiones podremos deducir fácilmente la concepción sociológica democrática, sustentada en sus teorías sociales.

Sí el «sujeto» constituye la piedra angular de la sociedad, será preciso estudiarlo aisladamente antes de someter a generalizaciones el espíritu colectivo. Y la historia no es más que la experimentación de hechos, leyes y personalidades, sometidas

a la inmutabilidad del tiempo. Ya que los medios de la historia son todos «las manifestaciones de la vida: las creencias, las instituciones, los códigos, la tradición, la poesía, los monumentos del arte y de la industria, las costumbres», fácil es seguir a través de dichas manifestaciones la evolución individual y el desarrollo colectivo. Y el individuo, ora aislado, ora dentro de la agrupación, es una mezcla de libertad y de sometimiento. De lo cual deducía Bilbao en los hechos y acciones fundamentales de la historia una dualidad racional, metafísica, curiosa y falsa. Así, frecuentemente hablaba de la humanidad «como organismo fisiológico que tiene sus raíces en la tierra y sus antecedentes en el reino animal, y como espíritu que recibe inmediatamente del verbo infinito». Una vez más recurría Bilbao al dualismo de la fatalidad y la libertad, para explicar el encadenamiento de los hechos, las evoluciones sociales y el desarrollo de la civilización. «La fatalidad—decía—es la ley de los cuerpos, la libertad es la ley de los espíritus». Y, luego, afirmando una especie de determinismo metafísico, cree que la resolución del problema consiste en que la libertad está subordinada a un fin supremo y que la fatalidad debe ser libre y «dominada» por el elemento libre. No parece sino que Bilbao se obstinase en la creencia de que si la fatalidad es ley de los cuerpos, puede ésta ser libre a su antojo, estando «dominada por el elemento libre». ¿Qué entendía Bilbao por elemento libre? Claramente habla en su teoría dualista de fatalidad material y de libertad espiritual, determinismo físico y libre al-

bedrío completo, dentro de la subordinación providencial al Creador.

En la idea de libertad quería Bilbao encontrar la afirmación independiente del derecho; «la idea del derecho—escribe—corresponde a la idea de libertad». Y, avanzando más allá aún, deducía, como consecuencia inmediata de lo anterior, que el problema de la filosofía de la historia se reducía a conocer el deber de la humanidad: y si el deber colectivo está subordinado a la unidad individual, tendremos que, siendo la fatalidad la ley de los cuerpos y la libertad la ley de los espíritus, la verdadera ley de la historia «es la conquista de la libertad de la conciencia ulterior, que la filosofía de la historia se reduce a probar que la humanidad cumple en sus evoluciones con un imperativo de progreso y de libertad, y, estando subordinada su responsabilidad, no puede establecerse como un hecho aislado o como una ley inamovible. «La ley de la humanidad—decía—tiene que ser la ley del hombre individual. La ley del hombre tiene que ser imperativo de sus acciones. Las acciones del hombre, como las de la humanidad, tienen un fin». Y, en tal caso la ley de la historia es suma de toda ley y perfección moral, observada a través de su evolución entre los pueblos.» Así, pues, ley de la historia, ley de la humanidad, regla de las acciones, destino del individuo y de la especie, son términos varios que revisten un mismo principio, y ese principio es la naturaleza, la Providencia, el destino, y, en una palabra, la ley del hombre». Entonces, exponer y estudiar la ley de la historia, es exponer y estudiar en su desarrollo sucesivo las

acciones humanas, individuales y colectivas: la psicología en sus hechos particulares y, en sus más amplias abstracciones.

Avanzando más aún en semejantes conceptos abstractos y, procurando apartarse de todos los sistemas, desde el naturalista de Herder hasta el método de Bossuet, busca Bilbao el principio fundamental de toda aspiración moral en el Sér, como identidad indivisible, o como totalidad substancial: «Dios es todo el Sér»:—dice—la creación y la humanidad son Dios. La ley de la creación será la ley de la humanidad. Las civilizaciones y los imperios, serán eflorescencias del árbol humano, y Dios estará presente en todas esas manifestaciones. «La historia viene a ser el movimiento de Dios en el espacio y, en el tiempo».

Ya, en tal parte de sus divagaciones, Bilbao se pierde absolutamente en las más arduas abstracciones metafísicas. No es fácil seguirle ni menos penetrar en la enmarañada ideología de sus aforismos tan vagos como simbólicos. Recorre el concepto de la filosofía de la historia a través de las obras de Cousin y Hegel, de Vico y Bossuet, de Michelet y Quinet, para llegar luego a la conclusión de que el ideal humano debe ser un reflejo de la santidad y, de los genios que advertimos en la historia, sirviéndonos éste como espejo de toda perfección moral, de amor, de fraternidad. «Pero, ¿qué es lo que hay de soberano en el hombre? —se pregunta Bilbao.—Sólo hay de soberano en el hombre la razón. Luego, la soberanía del pueblo es la soberanía de la razón universal». La razón como gobierno, guía y norte de los pueblos, ha

aquí el hecho principal que persiguió Bilbao, desde los primeros años, cuando compuso su «Sociabilidad Chilena», y más tarde en la Sociedad de la Igualdad. De aquí su definición sobre la ley de la historia: «La historia es la razón juzgando a la memoria y proyectando el deber del porvenir».

No es cosa fácil seguir y entender a fondo las divagaciones de Bilbao sobre historia, política y religión. Su racionalismo metafísico le traiciona a menudo y lo que pudo ser claro en quien tuviese sus ideas bien definidas, en el ideólogo de «La América en peligro», resulta vago, confuso y simbólico. Y es que si la literatura y la metafísica se prestan a divagaciones, las cosas de la política exigen claridad. «La política—advertía don Zorobabel Rodríguez— es una ciencia de aplicación, en la cual lo absoluto no debe tomarse sino como un desiderátum que es preciso perseguir incesantemente, pero con infinita paciencia y con infinitas precauciones» (1). Y Francismo Bilbao más imaginaba la realidad a su manera que no la comprendía tal como es. Discípulo de los mayores teóricos de la revolución social, proclama la necesidad de

(1) ZOROBABEL RODRÍGUEZ.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas*.

afianzar una democracia absoluta, que en sus sueños generosos afianzaba sobre un castillo de teorías difíciles realizables. Y, el legislador, según el decir de Guizot, «debe persuadirse de que su misión no es la de aplicar o ensayar teorías». Bilbao, ideólogo antes que observador, aplicaba a la América doctrinas que sólo hubiesen calzado en civilizaciones como las de algunos países de Europa. Siempre comprendió que el régimen de las repúblicas indo-latinas no era perfecto, pero en su afán de preparar reformas posibles, siempre se anduvo por las ramas y no llegó a establecer jamás nada fijo sobre su manera de entender el gobierno de la soberanía popular. Y, al afirmar que el gobierno del pueblo es necesario, no hacía más que compartir algunas afirmaciones de Rousseau; al criticar el pecado original dentro del catolicismo, iba directamente a establecer la igualdad democrática, basada sobre la acción del hombre libre. Bilbao creyó siempre en el imperativo categórico de los tres principios de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, aunque no aceptaba la revolución misma. La libertad es para él «la idea legisladora que debe presidir a las acciones»; es el derecho del hombre; el derecho del pueblo; la moral; el bien; el pontificado de la república definitiva; la libertad, por último, es «identidad de ser y de fuerza, ley y vida, igualdad y fraternidad». El hombre completamente libre debe propender, forzosamente, a mantener la igualdad en la vida, en el trabajo y en la acción espiritual. Y, quien dice igualdad y libertad, supone su consecuencia: la fraternidad. Sólo en la

forma de gobierno republicano encontraba Bilbao la aplicación de los tres principios, y, especialmente, en las repúblicas americanas, jóvenes aún, cuya vida libre apenas si contaba medio siglo. Pero, advertía también que de esa feliz libertad republicana al exceso de todo despotismo sólo había un paso. «Nosotros creemos—decía—que ser libres es ejercer el poder, ser libres con el poder. De ahí nace que toda libertad entre nosotros produce el despotismo o la anarquía». Cuantas veces del exceso de esa libertad nació el caudillaje o la guerra civil; cuantas veces la seguridad de sentirse demasiado libre no perdió a los Rozas, a los Castilla y; a los Balmaceda. Y es que en ciertos casos la libertad no es algo absoluto, aislado y abstracto, sino que una consecuencia y un derivado de las instituciones sociales de un país. El medio engendra la libertad. Con ella acontece lo que con ciertas plantas prolíficas en los terrenos adecuados: solas sacuden sus semillas y solas se reproducen año a año. Un espíritu libre como una agrupación independiente llevan la libertad en sí y; no necesitan cultivarla sino que mantenerla en cualquiera forma de gobierno. Es el caso de Inglaterra o de Suiza. Y el caso opuesto sería también el de la Francia de la Revolución Francesa, que, en fuerza de pretender asegurar la libertad con lazos indelebles, llegó a perderla y a erigir el despotismo en forma de gobierno. Sucede en tales casos lo que le ocurrió al diestro gimnasta de las carreras de Antioquia: deseando vencer en un torneo de carros, buscó una cuadriga de corceles salvajes. Al partir éstos no atinaron a correr con

la fuerza que su conductor suponía, sino que dieron rienda suelta a sus instintos salvajes hasta acabar por deshacer el carro a coces. De tal manera, ¿qué libertad sería posible soñar entre un elemento que no tiene la conciencia de su individualidad? ¿Cómo pensar en gobierno popular, cuando un pueblo es analfabeto y vive entregado a las pasiones de su animalidad? Fué este el error mayor de Bilbao al soñar en doctrinas poco prácticas. Suponía una base que no existía aún: la unidad consciente. Pero este error no fué suyo, en realidad, lo aprendió de sus maestros, del Rousseau de «El Contrato Social» y de Fourier. Si la República ha sido una de esas felices casualidades que han presidido en los destinos de la América Latina, no por eso debemos creer que en dichas Repúblicas se ha cumplido un ideal de buen gobierno y de soberanía representativa popular: bastaría recordar las muchas revoluciones que han dado al traste con buenos gobiernos para allegar un argumento poderoso en contra de su inmunidad.

Si en los campos de las ideas políticas e históricas Bilbao fué un disociador audaz, en el terreno de la controversia religiosa fué un demoleedor te-

mible. Formidable alete, desde sus años de juventud inició una cruzada incesante contra el catolicismo; ni el destierro ni las amenazas, ni el aislamiento, ni la miseria, entibiaron jamás sus entusiasmos: en Santiago promueve ardientes escándalos y se acarrea una excomunión arzobispal con sus escritos: «Sociabilidad Chilena» y «Los Boletines del Espíritu»; en el Perú, la cárcel de la Inquisición acalla sus campañas contra el catolicismo; en Argentina ayuda, secunda y luego dirige gran parte del movimiento masónico; contestaba con valentía una pastoral en la cual se le condenaba; publica un Evangelio para el pueblo destinado a combatir violentamente la acción de la Iglesia en el desarrollo de la civilización indolatina; compone un extenso trabajo sobre la «Vida de Jesús» de Renan, cuyo fin es negar amplia y analíticamente la divinidad del Nazareno; da a luz una serie de críticas, agudas, mordaces, en las que rebate el principio de la revelación como contradictorio para la obra de Dios mismo, pues contraría sus propias leyes; escribe en los periódicos, habla en las asambleas, vocifera en los corrillos, aconseja en sus cartas, no cesa un instante, donde esté, a todas horas, de robustecer su campaña anti-religiosa con honradez y serenidad, no valiéndose jamás de la injuria, ni de la exhibición para conseguir sus fines. Es un enemigo remible, rudo, obstinado, pero es un enemigo noble, franco, que, en todas partes, muestra él primero su frente blanca y sus ojos transparentemente azules. No se oculta porque nada teme; no transige con los convencionalismos porque ama,

por sobre todas las cosas, la verdad; no cede ante los obstáculos y las barreras, pues su convencimiento es apostólico; mira cara a cara su porvenir incierto, su soledad, sus infortunios, y, sin embargo, saca fuerzas de sus flaquezas: la enfermedad terrible le estrecha cada día más y más su dogal en la garganta; su digna esposa llora solitaria en las vigiliias largas y lentas de las crudas noches, esperando al compañero de su vida que disipa en noble apostolado las postreras fuerzas de su existencia, como en los mejores años de su juventud. Mas, a pesar de su debilidad física, a pesar de que la muerte se aproxima cruel y segura, Bilbao no transige, no cede un momento. El amor a la verdad es más fuerte que él. Por eso sus enemigos le odian con saña: no conciben aquella resistencia porfiada que cautiva a muchos con su actividad extraña. Aquel hombre ya delgado, de pecho profundamente hundido y de ojos cadavéricos, vacilante como una llama moribunda, tenía aún energías sobrehumanas para eruirse en las asambleas del Retiro y de Colón y hablar sobre los ideales que siempre acariciara: contra el despotismo, contra la religión, contra las ambiciones de Europa sobre la América Latina.

Aunque místico en sus inquietudes ideológicas, Bilbao hubiera querido presenciar en la humanidad el imperio absoluto del espíritu racionalista y, la vuelta hacia el paganismo que, en la primera época de la Revolución Francesa, intentaron erigir en culto algunos de sus corifeos. Fuertemente orientado por la escuela filosófica alemana desde Feuerbach a Strauss; asiduo lector de Hegel y

de Lassen, en cuyas lecturas le iniciara su padre espiritual Edgard Quinet, su espíritu se libertó enteramente de toda creencia religiosa después de su segundo viaje a Europa. Sólo en aquella época comienza a ver bien claro el camino que ha de seguir. Entonces lee, por tercera vez, a Hegel y consigue sacar fuertes provechos de sus doctrinas. Las primeras obras del filósofo tudesco le permiten penetrar lenta y metódicamente, como al héroe mitológico que fiado del hilo recorrió el Laberinto, en las encrucijadas de la escuela germanista que abarca todas las mutaciones del pensamiento hegeliano (1). Y el espíritu de Bilbao, acorazado de una débil cultura y de una más débil penetración crítica, se dejó envolver libremente por todas las audacias de aquel racionalismo demasiado reflexivo y demasiado inconsecuente. El cielo azul de su espíritu latino se convirtió en un atardecer gris y penumbroso, opaco y frío. Ni siquiera conservó en la segunda época de su corta vida ese amor sereno que, en sus primeros años, le profesó al cristianismo evangélico. A pesar de haber leído con amor las primeras obras de Renan, no tuvo la cordura de

(1) Es preciso recordar que aunque Bilbao no posela el alemán se le presentó, seguramente, cerca de Quinet que estuvo siempre muy al cabo del movimiento filosófico tudesco, ocasión de conocer sucintamente los escritos de la escuela hegeliana, sobre todo de Bauer, Feuerbach, Daumer, Strauss y Zeller. Además, es oportuno recordar que se habían publicado en París en 1850 dos colecciones de los escritos más importantes de dicha escuela: «Qu'est-ce que la Bible d'après la nouvelle philosophie allemande?» y «Qu'es-ce que la religion?»

imitar los arranques de ese altísimo espíritu escéptico que, como nadie, comprendió, amplia y hondamente, todas las bellezas que el cristianismo ha desparramado durante diez y nueve siglos a través de la civilización. Las disciplinas áridas de Feuerbach y de Lassen transformaron su corazón ardiente en un sepulcro; disiparon aquella hermosa exaltación ardiente de sus veinte años. En su afán de rebajar la acción católica, Bilbao acusó injustamente a la Edad Media de bárbara y oscura, prolongando el crudo prejuicio de la escuela alemana. ¿Acaso es posible hablar de esa Edad Media «enorme y delicada» que recordaba Verlaine, echando sobre ella un velo de sombras y de olvido, cuando del fondo tenebroso de su noche brotan estrellas luminosas y radiantes? ¿O, acaso un arte rico, original, imperecedero, no basta para justificar la existencia de una época que si fué guerrera, cruel y bárbara, supo dar aliento en su vientre fecundo a pintores, poetas y santos? «En todas partes donde hay originalidad,—ha dicho Renan,—verdadera expansión de algunos instintos de la naturaleza humana, es preciso reconocer y adorar la belleza» (1). Es necesario excusar en parte la barbarie, como la excusaba el autor de «Caliban», siempre que se halle en ella la expresión de la perfecta belleza y una aspiración original del alma humana. Es preciso haber sentido bajo el cielo de Italia la pureza alada de las vírgenes de Fra Angélico y del Perugino; es preciso evocar la divina leyenda del Santo de Asís,

(1) ERNESTO RENAN.—*Vida de los santos.*

en cuyo espíritu se hermanaban una mística aspiración divina y una serena bondad humana; es preciso haber reparado en las vidas de un Fra Domenico Cavalca; es preciso, por fin, haber sentido, luminosa y profundamente, los símbolos del Nazareno y las bellezas de María, interpretadas por pintores, santos y poetas, para comprender toda la perfección espiritual que significa el cristianismo en su esencia. Sólo el hecho de que en el espíritu de quien escribió la «Vida de Santa Rosa de Lima», la escuela alemana hubiese operado una transformación total, se supone que no comprendiese profundamente la huella luminosa que en el arte ha dejado la influencia del símbolo cristiano.

Conclusión

Medio siglo ha corrido ya desde la muerte de Francisco Bilbao; medio siglo que pesa como una eternidad entre su obra y la de nuestros contemporáneos. ¿Cuál es la razón de que hoy no se la lea ya y de que su nombre sólo se escape del olvido por los hechos memorables a los cuales estuvo ligado? Analizadas ya las influencias que hicieron de su obra un reflejo audaz, es posible decir que su falta absoluta de originalidad influyó hondamente en su medianía ideológica. Es doloroso recordar que Bilbao siempre estuvo reflejando a dos o tres escritores de sus simpatías; primero fué

Lamennais, luego Quinet, más tarde Strauss, Renan, Michelet y Rousseau. No logró independizarse nunca a fin de conseguir su personalidad.

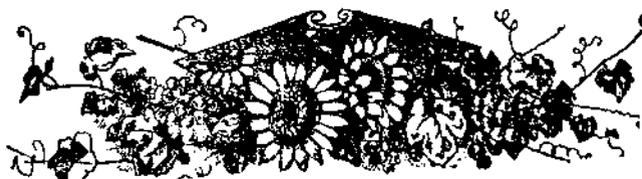
Pero si en cuanto ideólogo la historia nacional no le asignará una de sus mejores páginas, en cuanto hombre de acción será de quienes descuella más alto en la reseña de las luchas reñidas por el libre pensamiento americano. Ni en Chile, ni acaso en todo el continente indo-latino, ha habido un escritor que le aventaje en osadía, en noble convencimiento y en bárbara audacia. Más tarde, cuando corran los años, se hablará de Bilbao como del más ardiente apóstol del republicanismo, como del tribuno popular más entusiasta y como del más esforzado enemigo de todo despotismo político. Su gloria no será la aureola del pensamiento; su triunfo descansará sobre la base de su acción de hombre: de él podrán decir las generaciones venideras que jamás le aventajaron en honradez, en audacia y en libre convicción de lo que su enorme corazón estimó justo y redentor. Bilbao no persiguió remuneraciones fáciles; Bilbao afrontó solo las iras sociales; Bilbao elevó siempre erguida su blanca frente, desafiando las iras de sus enemigos como un roble aislado que, en medio de la montaña, resiste las tempestades, solo siempre, siempre solo. Y la virtud de la audacia honrada, de la franqueza que es un sacrificio, de pensar libre y serenamente sin temor a la tartufería habitual, es hoy aún una cualidad difícil y arriesgada que ayer no más silenció la voz de un chileno digno de los caracteres plutarquia-

nos (1). Si esto sucede en la actualidad es preciso suponer la fortaleza de Francisco Bilbao cuando, adolescente aún, lanzó en medio del remanso de aquella sociedad pelucona de mediados del siglo diez y nueve, el grito audaz de su rebelión de hombre libre.

Francisco Bilbao hizo de su audacia un escudo y de su honradez una coraza: pero estas no le impidieron, como al héroe griego, morir sangrando por las veinte heridas que le infirieron las decepciones de sus derrotas y las alegrías de sus cien victorias.

ARMANDO DONOSO

(1) Alejandro Venegas que en un libro valiente, profundo, («Sinceridad», por el doctor Valdés Cange) habló muy alto y muy recto de todas nuestras flaquezas, al cumplirse nuestro primer centenario de vida independiente. Este libro solo nos lleva a recordar aquellas páginas de Alcides Arguedas en «Pueblo enfermo» que en Bolivia levantaron rachas de odio y acabaron por transformar en homenaje al talento y al valor de su autor.



El Evangelio Americano (1)

Fué el año 1810, el año cíclico de la América del Sur. En él, empieza la gran revolución que continúa, y que uniéndose a la revolución de 1776 de la América del Norte, combinando los genios de los dos grandes grupos del continente, el genio Sajón-Americano, al genio Américo-Europeo formará la síntesis de la civilización americana, destinada a regenerar el Viejo Mundo, y a cumplir sobre la tierra los destinos del hombre soberano.

(1) Fragmento de «El Evangelio Americano», en el cual Bilbao pensó trazar el deber de la «justicia, su historia, la exposición de la *verdad principio*, su caída, su encarnación en el Nuevo Mundo, con los atributos propios del progreso de la razón emancipada, con la originalidad que reviste en la vida americana, con la conciencia magna de sus nuevos destinos inmortales que fundan la civilización americana, he ahí ideas que debe contener la Biblia Americana, el Libro Americano, el Corán o Lectura Americana.»

Dime, genio de América, ¿cómo pudo verificarse el prodigio?

Ese prodigio de sentir, concebir, comprender y revelar el derecho en la América sumisa—y lo que es más, de electrizar los pueblos abatidos,—y lo que es más, de triunfar sin tradición militar, ni armas, ni recursos a la mano, creándolo todo para triunfar en mar y tierra, sobre ejércitos, escuadras, gobiernos, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y triunfar sobre la «educación» de la conquista. Ese prodigio, con sus diez años de guerra, desde Méjico al Plata, se llama la «revolución de la independencia».

Es a ese prodigio, americanos, que debemos un nacimiento libre, en tierra libre: he ahí nuestra nobleza. Es a la revolución a quien debemos el orgullo del hombre dueño de sí mismo;—es a ella a quien debemos no vivir, ni haber vivido bajo castas, bajo reyes, bajo aristocracias del «terrufío», bajo señores «de horca y cuchillo, de pendón y caldera»;—es a ella a quien debemos la ciencia de la igualdad, el bautismo de soberanía, el entusiasmo por lo heroico, el amor a las virtudes patrias y sociales, las fantasías de lo ideal, las deducciones radicales de la justicia que han de llegar al último rancho y a la toldería del salvaje.

El pensamiento de la revolución, como cráneo del Júpiter tonante, contenía la independencia del territorio, la soberanía del individuo, la soberanía del pueblo, la forma republicana de gobierno, el advenimiento de la democracia desde la aldea hasta las capitales, la separación de la Iglesia del Estado o independencia de la política y el culto;—

la abolición del régimen económico, financiero, administrativo y pedagógico de la conquista: la libertad de los cultos y la libertad de industria, la comunicación con el mundo, y el esplendor de la palabra humana por tantos siglos comprimida, que al fin estalla envolviendo en manto de luz el continente; la igualdad de las razas, reconociendo sus derechos a la tierra que poseen.

Independencia de todos los intereses y derechos locales en lo relativo a sus localidades; movimiento federalista en un principio, anulado después por la reacción unitaria en toda América, y que hoy vuelve a continuar triunfante en Méjico, en los Estados Unidos de Colombia, en Venezuela, en la República Argentina y que agita a Chile y al Perú, con esta diferencia entre el federalismo del Norte y el del Sur:—en el Norte principió por la comuna que volaba sus impuestos, elegía sus magistrados y legislaba en plaza pública como en los mejores tiempos de Atenas.—Y en el Sur ha principiado el movimiento federal por dislocaciones de la centralización. Los pueblos por medio de revoluciones, han pedido, y conseguido, sea con pactos precursores, o con grandes Convenciones, llegar hasta el federalismo del régimen.

Pero todas las reformas, todos los derechos nacen de un derecho fundamental y primitivo: la libertad de pensar, la independencia de la razón, la soberanía del individuo revelada en su conciencia.

Es necesario no olvidar y tener muy presente, que sin la conquista de la libertad del pensamiento, no hay derecho que no sucumba, tiranía que no

se establezca, injusticia que no se instituya: ni soberanía en la comuna, ni en la nación, ni en la sociedad, ni en los derechos más sagrados de la palabra, del estudio, de la propiedad, de la familia. Sin la libertad de pensamiento puedo arrancar al mundo moral de su destino. El mundo no pesa sin pensamiento: el soplo de cualquier despotismo se lo lleva, la aspiración de cualquiera potencia se lo traga.

En Estados Unidos, la libertad de pensamiento coexistió con sus orígenes.

El individuo libre, la comuna libre, el Estado libre, nacieron y se desarrollaron por la virtud de los sublimes «puritanos», que quisieron vivir bajo un régimen lógico de la integridad del derecho del hombre. Los hijos de los inmortales «peregrinos» vinieron a buscar una tierra para la libertad de pensar, dejando ese Viejo Mundo que resistía al movimiento regenerador de la reforma. Eran hombres libres y libres fueron las sociedades que fundaron, las más libres de la tierra y de la historia.

Completaron su libertad declarando, el 4 de Julio de 1776, la independencia del territorio para tener la personalidad nacional.

Esta es la gran diferencia que caracteriza a las revoluciones de los dos grupos sociales del continente americano.

La libertad de pensar, como derecho ingénito, como el derecho de los derechos, caracteriza el origen y desarrollo de la sociedad de los Estados Unidos.

La libertad de pensar sometida, la investigación

libre limitada a las cosas exteriores, a la política, administración, etc.,—fué la mutilada libertad proclamada por los revolucionarios en el Sur.

Esto quiere decir que el Norte era protestante y el Sur católico.

El hombre del Norte, emancipando su pensamiento, hará interpretar individualmente el libro que ha creído revelado, es sacerdote, es concilio, es iglesia, es el soberano en el dogma, y no hay pontificado que pueda someter a su razón. Reconoce el mismo derecho en su semejante, y de ahí nace, esa tolerancia, esa discusión vivificadora, esa libertad práctica. De su soberanía conquistada en el dogma nace su soberanía en la política. ¿Cómo podrá ser esclavizado el hombre que no reconoce autoridad dogmática sobre su propio pensamiento? Y el que es soberano en la Iglesia tiene que serlo en el foro; el soberano en el pensamiento es soberano en la tierra.

Las conveniencias prácticas, visibles, de esa sociedad de los Estados Unidos, corroboran y confirman el principio. Esos puritanos, o sus hijos, han presentado al mundo la más bella de las Constituciones, dirigiendo los destinos del más grande, del más rico, del más sabio y del más libre de los pueblos. Es hoy en la historia esa nación lo que fué la Grecia, el luminar del mundo, la palabra de los tiempos; la revelación más positiva de la divinidad, en la filosofía, en el arte, en la política. Esa nación ha dado esta palabra: «self-governement», como los griegos la «autonomía»; y lo que es mejor, practican lo que dicen, realizan lo que piensan, y crean lo necesario para

el perfeccionamiento moral y material de la especie humana.

Convencido de esa «verdad» que es un «principio» el «self-governement», y que esa «verdad-principio» es el derecho, y lo que es más aún, la garantía del derecho porque es la práctica y el ejercicio del derecho, ved como su principal cuidado, su atención primera, es la educación y la enseñanza de las nuevas generaciones en el dogma de la soberanía individual. No hay nación que lea más, que imprima más, que tenga mayor número de escuelas y de diarios. Hoy es la primera nación en la agricultura, en la industria, en la navegación. Es la primera nación en la guerra. Ha revolucionado la guerra marítima. Su literatura es la más pura y la más original de las literaturas modernas. Tiene los primeros historiadores como Motley, Prescott, Irving; los primeros filósofos como Emerson; los primeros grandes predicadores del advenimiento del evangelio puro, como Channing, Parker; los más grandes jurisconsultos y políticos, como Kent, Story, Grincke, Wheaton, Hopkins. Es la nación que hace más descubrimientos, que inventa más máquinas, que transforma con más rapidez la naturaleza a su servicio. Es la nación poseída del «demos», del demonio del perfeccionamiento en todo ramo. Es la nación creadora, y lo es porque es la nación soberana, porque la soberanía es omnipresente en el individuo, en la asociación, en el pueblo.

Su vida libre, individual y política y todas sus maravillas dependen, pues, de la soberanía indivi-

dual y de la razón de esa soberanía: la libertad del pensamiento.

¡Qué contraste con la América del Sur, con lo que era América española!

Todavía no se ha llegado a comprender en toda su extensión y trascendencia lo que es la soberanía de la razón en cada uno.

Los Estados Unidos no tuvieron que hacer una revolución religiosa para fundar la libertad del pensamiento. La revolución de su independencia no vino sino a dar una personalidad nacional independiente a la libertad instituída. La religión del «libre exámen», podía ser la base dogmática de la libertad política. El que es libre en la aceptación del dogma, tiene que ser libre en la formación de la ley. El despotismo es imposible.

Pero en nosotros, he aquí una contradicción que parece inexplicable y hace ininteligible la revolución. Vamos a exponerla y llamamos sobre ella la atención. ¿Cómo pudo la América del Sur, revelarse contra España, fundar la república, proclamar la libertad del pensamiento y de la palabra, afirmando y sosteniendo el dogma católico de la obediencia ciega?

No puede haber contradicción más notable. ¿Cómo explicar entonces la revolución de la independencia?

Porque se buscaba más que la «separación» de la metrópoli, podría argumentarse.

Esto es falso en los hechos y en teoría.

Es falso en los hechos porque se proclamó la soberanía del pueblo, la libertad del pensamiento, la República.

Y esos hechos no van comprendidos en la idea de la «separación».

Es falso en teoría, porque la soberanía del pueblo, que no es más que la asociación de la soberanía individual, contiene la negación de la religión de la conquista.

Agregad que la conducta de la Iglesia fué al principio de la revolución hostil, profundamente hostil a la revolución.—Después, cuando vió que la revolución triunfaba, por no perderlo todo, de «goda» se convirtió en patriota.

La contradicción subsiste. ¿Cómo hacerla desaparecer en unos pueblos católicos que se lanzan a la revolución?

No encontramos otra explicación que la siguiente:

Esa contradicción de un dogma esclavizante y de una política libertadora fué salvada, a juicio nuestro, por una sublime inconsecuencia de los pueblos.

¿Cómo explicar la inconsecuencia? Así como ha habido ideólogos que han negado la materia, y que al caerles encima una viga han apartado su cuerpo, y otros que negando el movimiento, caminaban; así los pueblos creyentes del dogma de la esclavitud, por medio del instinto sublime de la naturaleza y de la intención sin lógica ni raciocinio deductivo, de la revelación de la libertad, la han aceptado, sobre todo en el momento de la lucha, sin preguntarse si podría armonizarse con la religión que profesaban.

Esto sucede casi siempre que profesamos doctrinas erróneas, absolutas. Las negamos instinti-

vamente con los hechos y las reconocemos en teoría.

En el corazón de los pueblos de América se sintió la centella eléctrica de la fraternidad. La inteligencia de los pueblos vió reaparecer en la conciencia, la aurora del día de la regeneración. Vieron la idea, vieron la verdad-principio y se alzaron iluminados por sus resplandores. La imagen de la realidad de una patria independiente y soberana, se apoderó de todas las fuerzas, de todos los amores de que es capaz de sentir el corazón humano sublimado, y los pueblos se lanzaron a las inmortales batallas de la independencia. El dogma católico desapareció, no existió por algunos años en la mente. Otro dogma instintivo y verdadero lo reemplazaba: la necesidad de satisfacer la dignidad humana conquistando una patria independiente para ellos y sus hijos.

De ahí nació que las primeras leyes promulgadas, fueron las más liberales y las más humanas. El dogma desaparecía. Pero después el germen latente, la levadura despótica depositada y aceptada por los nuevos imbéciles gobiernos que buscaban apoyo en las preocupaciones, volvió a aparecer, y vino la reacción, y se reanudó la lógica del dogma. La contradicción, salvada por el entusiasmo revolucionario y la intervención del dogma verdadero, se presentó de nuevo en la marcha política de los nuevos Estados, hasta hoy día.

¿Por qué? Por la razón de que no tenemos la religión del libre exámen. Por la razón de no

haber conquistado la soberanía de la razón en materia religiosa.

Esta es, pues, mi tarea desde que pensé por mí mismo. Hace 20 años (1) que trabajo en el mismo sentido, porque creo que la libertad, sin la soberanía absoluta de la razón de cada uno no puede subsistir ni manifestar las maravillas del espíritu creador del hombre libre, y contribuir voluntariamente a su propio suicidio como en España y Francia con la perfidia. Y agregaré: los hechos que en todas las repúblicas presencio, confirman la verdad de mi punto de partida.—Dos terribles citaré: ¿Quién abrió el camino de la conquista en Méjico? La iglesia. ¿Quién hace traidor al gobierno del Ecuador? Los jesuitas.

(1) Me permitirá el lector presente aquí dos testimonios notables de mi consagración a la causa de la soberanía de la razón. El señor Edgardo Quinet, en su obra el *Cristianismo y la Revolución Francesa*, publicada un año después de mi condenación en Chile; dice lo siguiente:

«J'ai sous les yeux un morceau plein d'élévation et de logique sur les rapports de l'Eglise et de l'Etat dans le Chili, par M. Francisco Bilbao, *Sociabilité Chilena*; il est vrai que cet écrit a été condamné comme hérétique par les tribunaux du Chili: Ce peu de pages montreraient seules qu'en dépit de toutes les entraves on comence a penser avec force de l'autre côté des cordillières. Le batême de la parole nouvelle (et baptême de la palabra nueva), voilà des mots qui ont dû étonner dans une brochure écrite aux confins des Pampas».

El gran Lamennais, en una carta que me escribó tres meses antes de su muerte, en 1853, me decía:

«Tenez pour certain qu'il n'y rien a espérer de l'Amérique espagnole, tant quelle restera asservie a un clergé imbu des plus détestables doctrines, ignorant au delà de toutes bornes, corrompu et corrupteur».—N. del A.

LA AMERICA EN PELIGRO' (1)

Causa de la debilidad de América

La contradicción es lucha. Vivir en la contradicción de principios, es habituarse a la negación o a la duda.

La negación perpetua, la duda constante, producen la indiferencia por la verdad y la justicia.

La verdad y la mentira, la justicia y la injusticia, apoderándose alternativamente del pensamiento y de la conciencia para reinar a la vez o sucesivamente, se paralizan, o utilizan, o destruyen.

El bien y el mal reinan como consulado alternativo, o coexistentes de dos sociedades, religiones o principios opuestos.

Un hombre se hace escéptico, un pueblo anarquista, un continente se enerva.

¿De qué depende la energía, la vitalidad creadora, la actividad fecundante del hombre o de los pueblos?

De la verdad consciente y afirmada, del entusiasmo alimentado por lo que cree ser la verdad de su dogma o de su causa.

(1) En este fragmento de la segunda parte de su escrito, que Bilbao dedicó a Edgard Quinet y a Julio Michelet, trata de estudiar «las causas físicas, intelectuales y morales que producen la debilidad de América y abren las puertas y facilitan la invasión».

Destruid la fe, negad el dogma, o habitud a ese pueblo a considerar como verdadero, lo que es falso, o, lo que es peor, que el dogma falso o verdadero pueda coexistir con el principio verdadero o falso de su política a pesar de que sean contradictorios, y se apagará su vida.

La anarquía en las creencias originará la anarquía en el foro.—No puede haber equilibrio, sino oscilación. Es necesario el predominio de un dogma o de un principio. La fuerza resulta de la unidad de causa y de tendencia. La debilidad resulta del dualismo contradictorio.

La América vive en el dualismo.

Ese dualismo es el dogma religioso, y el principio político:

El catolicismo y la república.

Para fortificar la América sería necesario o el predominio absoluto del catolicismo con todas sus consecuencias, como en Roma, o el predominio de la libertad, como en Estados Unidos.

No hay otro remedio. Querred lo uno o lo otro, pero con fe, y tendremos fuerzas como la Rusia o como los Estados Unidos.

Es necesario que la religión se armonice con la política. Era la época de fuerza de la España. La Inquisición y el trono se daban la mano. Es la época de fuerza de la Rusia: el Emperador es Papa.

Es necesario que la política libre se armonice con el dogma libre.

La libertad de los Estados Unidos y de la Suiza se apoya en el dogma del libre examen, que liade

de todo hombre un soberano. O Roma, o la Suiza, o la Rusia, o los Estados Unidos.

La cuestión es clara, sencilla, evidente. La teoría la afirma y la demuestra, la experiencia la confirma.

Negación del catolicismo, afirmación de la República, o negación de la república y afirmación del catolicismo. Pero no ambas negaciones, o ambas afirmaciones a la vez, pues ya hemos demostrado que eso es el camino de la muerte. La historia de todos los pueblos católicos es la mejor prueba palpante. Todos mueren, o, si resucitan, es negando su dogma.

Ambas oposiciones a la vez, es la indiferencia como resultante. Es la muerte de las creencias. La muerte de las creencias, es la corrupción de los caracteres, y aquí entramos en la tercera causa de la debilidad de América.

La causa moral, influencia del catolicismo en la política

El error engendra el mal moral.

Es a veces por esto difícil separar por medio del análisis, la parte intelectual de la parte moral, o la idea del sentimiento; el móvil o el motivo de los actos.

Si el dogma que puede variar, y cuyas concepciones varían, altera la moral que es invariable,

la moral a su vez altera la política, que es una consecuencia de la noción y conciencia de la justicia.

Sismondi, en el último capítulo de su obra «Historia de las Repúblicas Italianas», exponiendo «las causas que han cambiado el carácter de los italianos, desde el esclavizamiento de sus repúblicas», dice que «la doctrina de la penitencia causa una nueva subversión en la moral».

Y si se agrega que no sólo esa doctrina, sino casi todas las doctrinas enseñadas; si el principio mismo de la moral se destruye, erigiendo el «terror» como móvil de las acciones; si el dogma fundamental arranca del alma la soberanía de la razón, entonces podemos deducir (y la esperanza lo confirma) que el catolicismo es enemigo de la verdadera moral, y que si puede crear «santos», no está en su poder hacer hombres virtuosos. Me dirijo a los que saben cómo se define la virtud.

Y como nosotros creemos y sostenemos, con Montesquieu, que la virtud es el principio de las repúblicas, que nosotros definimos el principio del «Deber por el Deber», y no el principio del «terror», o del egoísmo fanatizado por «salvarse del infierno», deducimos que el catolicismo no puede ser el principio fundamental de la república.

Análisis de las causas morales. Primera consecuencia: la dictadura maquiavélica

El católico profesa el dogma de la «obediencia ciega» y obedece a una autoridad que debe creer es infalible.

De esta afirmación, que es un hecho indispensable, vais a ver salir las monstruosas consecuencias que destrozan al mundo americano.

El católico en el Poder o revestido de la autoridad cuyo fundamento es Dios, según la teología de Pablo y compañía, se inclina naturalmente a creerse infalible, y como la iglesia lo apoya (siempre que tenga fuerza, se entiende), esa creencia se fortifica y llega a revestirse de la majestad pontifical. La infalibilidad de la creencia origina la impecabilidad del mandatario.

Imaginad lo que será, imaginad los furores de esa autoridad, al verse discutida, contrariada, refutada!

La oposición política se asemeja a la herejía, y es necesario exterminarla a toda costa («ad majorem Dei gloriam»). Francia y López, en el Paraguay, son pontífices infalibles.

Rosas, en la República Argentina, ejercía la infalibilidad inapelable de la muerte.

Montt, en Chile, el paroxismo del orgullo hipócrita y sangriento.

Los Monagas, en Venezuela, Flores, en el Ecuador, los Santa Ana, en Méjico, justificaban sus miserables torpezas, y sus farsas sangrientas con el cinismo de una conciencia que hacía la apoteosis de la autoridad. Y los pueblos o mayorías encorbados, apoyaban esa encarnación del poder divino de Pablo y de Bossuet. Es la apoteosis del monstruoso emperador romano.

Desaparece el derecho. Las garantías, las constituciones, las instituciones libres: ¿qué son, apoyadas en masas educadas en la obediencia ciega, y ante la persona viva, visible, activa que con la cuchilla de la ley y la unción del sacerdote se presenta, como la autoridad suprema? Nada. Y así es, que no hay principio, palabra, juramento, institución que resista al contacto o al amago de la autoridad. Y la política, la república que debía emancipar, sólo sirve para que sus formas legales, confirmen con la farsa del sufragio, de la delegación, representación, etc., el despotismo inoculado.

El triunfo del error o de la mentira se consuma, haciendo que las apariencias de verdad y de legitimidad consagren la prostitución de la república.

Ya la táctica es conocida, felizmente; pero entre tanto, la indiferencia cunde, y la vida política se apaga, asfixiada por el desengaño.

Luego la primera consecuencia del dualismo, u oposición de la política y del dogma, es la tendencia lógica de la autoridad a revestirse de la infalibilidad. La república católica produce la dictadura necesaria. El maquiavelismo impera.

La dictadura jesuítica

La tendencia a la infalibilidad, que es contraria a la legitimidad de nuestras ideas, pasiones y actos, como hombres de partido y egoísmo, produce el apetito desordenado del poder.

Obtener el poder es el todo.

De aquí nace la práctica inmoral de que «todo medio es bueno para conseguir un fin».

Disputarse el poder en América, es disputarse unos la riqueza, otros la sanción moral, la venganza, el despotismo sobre el adversario, la humillación del vencido, y otros, quizás la minoría, el poder de reforma. Aun más diré, es buscar la absolucíon y justificacíon de mis injusticias.

Pero como hay principios consignados que garantizan a todos sus derechos, y no puedo violarlos, entonces aplico el sistema de «salvar la forma».

Si dice el código: «El Pensamiento es Libre», agrego, «con los límites que la ley estableciere»— y como la «ley» a que se refieren no es la constitucional, sino la expedida después, inscribo en ella las excepciones de Figaro: «El pensamiento es libre», pero no se podrá discutir dogmas, ni exponer sistemas que ataquen la moral.—¿Y quién juzga? una comisión o jurado nombrado en último análisis por la autoridad. Y tenemos la «censura» restablecida bajo el nombre de la institucíon

más libre, que es el jurado. Victoria sublime de la doblez. «Pero la forma se ha salvado».

El poder electoral es el único poder que ejerce el «pueblo soberano», y lo ejerce, no para hacer la ley, sino para nombrar al que la haga. Pásemos. La mayoría de sufragios, es, pues, la expresión (según el sistema de la «delegación.»), de la voluntad del pueblo.

Esta es la base del poder republicano, y es por eso que la libertad y legitimidad de la elección consagran la legitimidad del poder.

La elección es libre, se dice; ¿pero si dispongo del escrutinio? ¿pero si soy yo, poder establecido, el que nombro al escrutador; si la ley permite que uno pueda votar veinte veces en un día, sobre el mismo nombramiento? ¿si puedo dominar en los comicios y «aterrar con libertad» al opositor?

¿Qué resulta? Que el poder se perpetúa en su partido a despecho de la voluntad popular escamoteada.

Pero la «forma se ha salvado», y ¡viva la libertad del sufragio!

«El domicilio es inviolable», pero lo violo, agregando, salvo los «casos que la ley determine». Y los «casos» los determina en último análisis el poder.

«Queda abolida la pena de muerte por casos políticos», pero yo fusilo prisioneros, porque juzgo que no son «casos políticos» y como soy autoridad infalible, declaro que esos primeros políticos, son bandidos; y la «forma se ha salvado».

El «Ejecutivo» puede ser acusado ante la Cá-

mara de Diputados y obligado a un año de residencia después de dejar el mando.

Pero esa Cámara ha sido nombrada por mí, y funciona un año después de mi salida. Son mis empleados, mis protegidos, mis criaturas, mis cómplices, los que me han de juzgar. ¿Me condenarán? No. Ni se atreverán a acusarme. Quedo legitimado, y la «forma» me ha salvado. Montt se sonríe sobre sus ocho mil cadáveres.

«La prensa es libre». Pero nombro al jurado, y puedo con la autoridad de la más libre institución, acusar, acosar, perseguir y acallar con la forma de la libertad, la libertad de la palabra. Impera entonces absoluta y soberana la palabra de un partido. Extiendo la mortaja de la infamia sobre el cadáver del vencido, y grito: «¡la prensa es libre!»

Es aceptada, puede decirse, por todos los publicistas liberales, la doctrina de la «separación de poderes», como indispensable para la libertad de la República.

Pero si el Ejecutivo tiene la facultad de nombrar a los jueces; si el Ejecutivo participa de la formación de las leyes; si el Ejecutivo con la ley de elecciones nombra al Congreso, ¿a qué se reduce, en último análisis, la tan decantada separación de los poderes?

«No pueden suspenderse las garantías que esta Constitución establece». Pero si tengo la facultad de declarar en estado de sitio una provincia, o la República, autorizado, como en Chile, por el «Consejo de Estado», nombrado por el mismo

presidente, ¿qué seguridad puede tener el ciudadano?

Miserable maquiavelismo, con el cual, «salvando las formas», se ha hecho retrogradar y ensangrentar a Chile por el espacio de treinta años.

Se discute, la prensa es libre; se asocian los ciudadanos, pues la asociación es un derecho; se ilustra y conquista opinión que casi unánime clama por reformas; se preparan las elecciones que han de llevar al poder a los representantes de la reforma; y entonces el Poder Ejecutivo declara la provincia o la República en estado de sitio, y las garantías suspendidas se ciernen sobre él, ¡abismo de la dictadura «legal» y del despotismo constitucional!

¿Y entonces? o la abdicación, o la desesperación, o la guerra civil, etc., etc. La revolución, levanta entonces su pendón terrible, y la sangre se derrama en combates y cadalsos. El respeto a la ley y a la autoridad se pierden, y sólo la fuerza impera proclamándose como libertad y justicia vencedoras. Es la dictadura jesuítica.

Desaparición del sentimiento de lo justo

Se ve que las constituciones republicanas llevan en sí mismas el germen del «despotismo legal», monstruosa asociación de palabras, que sirve para caracterizar la prostitución de la ley. Y como el despotismo, siendo «legal», queda justificado, re-

sulta que el sentimiento de lo justo se borra de las conciencias.

Para llenar ese vacío, el sofisma, la doblez, la intriga se precipitan en la conciencia para obtener a toda costa el poder, que viene a legitimarlo todo.

Tal es la segunda faz de la educación política que se practica en las repúblicas apoyadas en una religión contraria.

La experiencia prueba que en el combate legal de los partidos, el partido del poder obtiene siempre la victoria. La experiencia muestra que el partido que se reviste de lealtad, va perdido y es burlado. ¿Qué puede resultar de semejante estado? Que lo justo se olvida, y que el éxito es la justicia. Triunfar es, pues, el «desideratum» supremo.

Entonces la conciencia falseada, altera hasta la fisonomía de los hombres, y su palabra sirve según la expresión de Taillierand, para «disfrazar su pensamiento».

Entonces se ve el caos. El diccionario cambia, la lengua es tortuosa como el reptil, el estilo enfático y vacío para llenar la fatuidad triunfante; el lenguaje de la prensa se asemeja a los oropeles que se arrojan para adornar un «festín de gusanos», y la prostitución de la palabra corona la evolución de la mentira.

El conservador se llama progresista.

El liberal hace protestas de católico.

El católico jura por la libertad.

El demócrata invoca la dictadura, como los rebeldes de Estados Unidos, y defiende la esclavatura.

El retrógrado demuestra que quiere la reforma.

El ilustrado populariza la doctrina que todo «es bueno en el mejor de los mundos posibles».

«El civilizado» pide la exterminación de los indios o de los gauchos.

«El principista», que los principios callan ante el «principio» de la salud pública. Se proclama no la soberanía de la justicia, presidiendo a la soberanía del pueblo, sino la soberanía «del fin», que legitima todo «medio».

El absolutista, que es el salvador de la sociedad.

Y si se gobierna con golpes de Estado, facultades de sitio, con dictaduras permanentes o transitorias, con las garantías escamoteadas, burladas o suprimidas, la palabra del partido en el poder os dirá: la civilización ha triunfado de la barbarie, la autoridad de la anarquía, la virtud del crimen, la verdad de la mentira.

Desaparecen, pues, la noción y el sentimiento de lo justo. Y la justicia olvidada o pervertida abre la puerta a todas las invasiones. Ya no hay pueblo, hay habitantes. No hay ley, hay éxito. No hay autoridad, hay fuerza. No hay unidad en la persona, hay doblez en el hogar, en el foro y en el templo. La dictadura maquiavélica perfeccionada por la dictadura jesuítica, se apoya, corona y justifica, en la perversión del sentimiento de lo justo.

Fatalidad de la dictadura

No hemos agotado la materia, pero podemos resumir las consecuencias de la causa moral producidas por el error del dualismo en que vivimos, en esa resultante que todas las Repúblicas de América producen, como lógica consecuencia del dogma y principio que combaten.

Llevamos medio siglo de vida independiente de la España. ¿Cuántos años ha habido de verdadera libertad en algunas de las nuevas naciones?

Difícil es decirlo, pero más fácil es manifestar los años que ha tenido de anarquía y despotismo.

¿Será el Paraguay con «cuarenta» años de dictadura «modelo»?

¿Será la República Argentina, desde sus dictaduras provinciales y nacionales, hasta los veinte años de la tiranía de Rosas?

¿Y lo que viene?

¿Será Chile desde la dictadura de O'Higgins, hasta la dictadura intermitente de «treinta» años consecutivos?

¿Será Bolivia que nos espanta con la sucesión de sus dictaduras sanguinarias?

¿Será el Perú, que ha pasado por más dictadores que presidentes legales ha tenido?

¿Será el Ecuador, con los veinte años de la dictadura de Flores?

¿Será Nueva Granada? Y casi fué la excepción,

pero allí Obando, poder legal liberal, «se hizo derribar por ser dictador».

¿Será Venezuela, con sus veinte años de Monagas?

¿Serán las pequeñas Repúblicas del Centro, y aun el mismo Méjico? Pero aquí me detengo.

Y esas dictaduras han proclamado todos los principios.

Los pelucones, los conservadores, los rojos, los liberales, los demócratas, los unitarios, los federales, todos han acariciado la dictadura. Con la mejor intención, se dicen íntimamente los partidos: «la dictadura para hacer el bien».

Es decir: el despotismo para afianzar la libertad.

¡Terrible y lógica contradicción!

El catolicismo da la corriente despótica.

La República la corriente liberal.

Y ambas corrientes se encuentran en la monstruosa consecuencia que se llama: «la dictadura para fundar la libertad».

¿Por qué la República invoca la dictadura?

Porque el republicano es hombre de dos creencias, y transporte a la política el genio, el carácter, el temperamento, la lógica de la infalibilidad católica. Toda fuerza se cree poder, todo poder autoridad, toda autoridad infalible. Y toda infalibilidad se declara lógicamente «impeccable». Y toda infalibilidad se adora, se legitima. Ya no hay extravío posible. La oposición es atentado, el despotismo es sagrado, y la obediencia un deber.

Pero este hecho capital de la dictadura, merece nos detengamos a examinarlo.

Mecanismo político de los elementos sociales que produce la dictadura

¿Por qué todos los partidos que ha habido y aún militan en América, proponen, o se reservan, o han practicado la dictadura?

Los «civilizados» dicen, ved esos «bárbaros» (los hombres del campo, huasos, gauchos, llaneros, los jornaleros, peones, en una palabra, las masas, el pueblo). ¿Y queréis instituciones? No. Es necesario la fuerza, el poder fuerte, la dictadura.

Entre los «civilizados» hay partidos. Unos dicen, ved esos malvados (son sus enemigos políticos, «enemigos de Dios y de los hombres».

¿Cómo queréis dar libertad a esos bandidos? Si ellos llegasen a gobernar todo se perdería, la libertad sería imposible. Y se les priva o escamotea la libertad en beneficio de la libertad.

Las masas desheredadas y atropelladas como animales, buscan caudillos. Es la dictadura de la venganza, y la garantía de su modo de ser.

Los partidos «civilizados» piden la dictadura, para combatir, dominar, y civilizar las masas. Es la dictadura de las clases privilegiadas.

Los partidos «civilizados» (se creen infalibles), piden la dictadura «provisoria» para asegurar su victoria contra otro partido. Es la dictadura de la concurrencia y de la rivalidad.

Los católicos, para combatir la herejía e instituir su mecanismo servil en la sociedad y la política, practican la dictadura. Es la dictadura completa y absoluta, que domina al espíritu y al cuerpo, brutal como la venganza de las masas, maquiavélica como la de las clases privilegiadas, corruptora y mortífera como la dictadura jesuítica.

Tal es la dictadura de las dictaduras, la teocracia, sea griega o latina, slava o italiana, católica o lamista.

La teocracia del gran Lama, es la más lógica. No es el vicario de Dios en la tierra, es el mismo Dios encarnado. Es esta consecuencia tan lógica y audaz, que debe dar envidia a los católicos. El Papa es infalible, luego impecable. ¿Y ese es un hombre? No; ya es un Dios! ¡Audacia, Audacia! Animo, Santo Padre, «courage Saint Père, coraggio, Pio IX».

Pero volvamos a nuestras dictaduras.

Imaginad cualquier poder o autoridad en la América educada por la España.

¿Es el patriarca de pastores, el cacique de tribus, el caudillo de las turbas? ¿Es la dictadura del prestigio personal y tradicional, o el poder de la riqueza, o el representante enérgico de los instintos y derechos pisoteados de la gente inculta, y a veces todas esas razones unidas que producen los Monagas, los Belzu, los Rosas?

¿Es el general que conspira, revoluciona, derriba, fusila, y se impone como necesidad política? Es la mayoría de los casos en casi todas las repúblicas. Es el militarismo entronizado, es la dictadura del sable.

¿Es el ciudadano (el paisano) letrado, abogado, gran teólogo y legista, ateo en el fondo, pero religioso en apariencia, que ha podido subir al poder, garantizando al militarismo su sable, a la Iglesia su renta, a los civilizados la charla, a los progresistas ferrocarriles, a la juventud esperanzas, y promesas a las masas? Es el hecho de Montt en Chile, de López en el Paraguay. Es la dictadura de Torquemada y de Loyola.

Sube al poder el partido conservador. ¿Cómo «conservar» sin dictadura?

Sube el partido liberal. ¿Cómo «reformar» sin dictadura?

Si quiere reformar, la mayoría agitada por el partido retrógrado pide a nombre de la soberanía del pueblo y de la libertad, la muerte de las reformas que harían de todo hombre un soberano. Y entonces el partido liberal abdica, o es vencido, o se hace dictador.

Domina el partido unitario. Es liberal o conservador.

Si liberal, el partido federal explota las masas para derribarlo y entonces apela a la dictadura para sostenerse. Si es conservador es dictatorial.

Domina el partido federal. Es liberal o conservador.

Si es liberal se explota la unidad del sentimiento de las masas, o se exagera el localismo para disolver, o se pretende la soberanía privilegiada de un Estado o provincia, sea para mantener la esclavitud como en los Estados del Sur de la Unión, sea para mantener la supremacía económica en Buenos Aires.

O se predica la unidad del dogma, de religión y de política, la centralización católica, la unidad de fuerza y de creencia.

Si es conservador el partido federal, entonces el unitario lo ataca a nombre de las reformas. Y uno y otro apelan a la dictadura para defenderse y sostenerse.

No así en Estados Unidos, porque allí la reforma es el movimiento continuo de la vida apoyada en la soberanía de la razón de todo hombre.

La diferencia está, pues, que en los pueblos no católicos y libres, el hombre es soberano y respeta la soberanía de su semejante. No hay infalibles que suban al poder, y todos tienen fe en la ley que garantiza el derecho, y en el voto de todos, que no puede ir contra el derecho.

Si hay error, no hay imposición, y se espera al progreso infalible del convencimiento.

Tal es la política de un pueblo, cuyo voto no puede ser forzado, ni burlado. La ley es religión y la religión del «libre examen» produce la religión de la ley.

La lealtad en la política, se hace tan necesaria y es tan útil como la honradez en el comercio.

Pero en los pueblos católicos (pongan todos la mano en su conciencia) se teme con terror fantástico y real el triunfo del adversario político porque sabemos y creemos, o presentimos con razón que es la derrota sin esperanza, el entronizamiento de algo de infalible y de impecable, que se impone con la inflexibilidad de la venganza. El poder es la dictadura justificada e inapelable. He ahí porque hay tantas revoluciones y tanto servilismo.

Y decir que no conozco un partido que haya encarado de frente la dificultad en Sud-América.

De todas las formas, de todos los partidos, de todos los caudillos, se desprende como consecuencia forzosa, corroborada por la experiencia en Sud-América la fatalidad de la dictadura.

Hemos nacido bajo dictaduras, nos educamos viéndolas, y nos entierran las dictaduras.

Las masas han producido dictaduras de caudillos.

Las mayorías han sido dictaduras de partidos.

Las minorías son dictaduras de clases.

Las mayorías aplastan, las minorías mienten.

Despoliza el mayor número, tiraniza el círculo.

La mayoría despoliza y dice: el «número» es ley; luego soy la justicia. E impone la ley y religión que quiere.

La minoría tiraniza y tiene que mentir para decir: el sufragio obtenido, sea como sea, me da ley del número: Luego soy la justicia. E impone la religión de la mayoría.

Mentira en la minoría, porque acepta el sofisma del número y presenta una suma falsa, para producir el mismo resultado dogmático de la mayoría.

Cual sea la esfera del sufragio, y la competencia del «número», es materia que hemos tratado en otra obra, titulada «El Gobierno de la libertad»; pero el hecho innegable es, que todos los principios e instituciones liberales, en manos del espíritu jesuítico de la época han servido para abolir, prostituir esas instituciones y principios.

El catolicismo niega esas instituciones y principios, lo cual hemos probado con razones y pro-

barfamos hasta la saciedad con la palabra «infalible» de concilios y de Papas; pero el «progreso» de la época ha consistido en servirse de las mismas armas, en apoderarse de las posiciones, en aceptar el lenguaje y terminología de la libertad, y en hacer servir el sufragio, la prensa, el juri, la educación, la escuela, en descrédito del sufragio, en falsificación del juri, y en educar siervos de la Iglesia y no ciudadanos del Estado.

No hay, pues, escuela de la religión de la ley. La escuela, y el espíritu y el texto y lo que allí se enseña, es todo del dominio del enemigo de la libertad, autorizado todo esto por los que se llaman «civilizados»!

No hay partido que proclame la religión de la ley, la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, y, de la República por base, la religión del libre examen.

No hay caudillo que comprenda, o se atreva a pueda encabezar el movimiento regenerador.

No hay mayoría racionalista.

No hay minoría verídica y leal.

No hay secta que se presente, prometiendo siquiera.

No hay clases que hayan identificado sus intereses con el racionalismo.

No hay ejemplo de una era, o de una época de verdad completa proclamada.

Y el enemigo invade. Vencidos en Europa, emigran a América.

Y los gobiernos republicanos los llaman. Llegan cargamentos de frailes, de jesuitas togados y no togados, y se les entrega la infancia. Invasión

química que desorganiza preparando la invasión de las bayonetas. ¡Oh ceguedad! ¡oh falsía! ¡oh cobardía! ¡oh traición! pero el mundo americano se pierde, si no eleva su espíritu, si no tiene el heroísmo del pensamiento, si no tiene la sinceridad de la verdad.

A primera vista, cualquiera que se levante para interrogar al horizonte y columbrar una esperanza, sólo ve el desierto, la ignorancia, la barbarie, o la inocencia de multitudes explotadas. Y en la pampa, el valle y la montaña ondea el pendón de las tinieblas. Si en las campañas error o ignorancia, en las ciudades falsía. El poder engaña, los partidos mienten, la conciencia se doblega, la transacción impera, y la horrible reticencia mental domina en los espíritus.

Y el genio de América, está tentado de escribir en la frente de los Andes: «Lasciate ogni speranza, voi che entrate».

¿Qué hacer?

¿Qué hacer? Guerra a la dictadura. ¿Cómo? Atacando su dogma, quebrando su principio, desenmascarando su falsía. Arrancando del alma, de las constituciones y de las costumbres, el «virus» de la «obediencia ciega» inyectado por el catolicismo, y encarnando la soberanía de la razón emancipada.

Esta es la obra. Es difícil, larga y penosa. ¿Cómo hacerlo?

Aquí entramos en la tercera parte de este trabajo, que tiene por objeto presentar el remedio, a los tres males que hemos indicado, físico, mo-

ral, intelectual, que producen la debilidad de América y facilitan la invasión.

La fuerza vital de la persona continental está atacada por un «virus». Es la enfermedad «crónica», es el mal intelectual dogmático.

La enfermedad ataca hoy un órgano, varía en su manifestación, cambia gobiernos y programas, es anarquía ayer, despotismo hoy, putrefacción mañana.

Es la enfermedad «aguda», es el mal político y moral.

En este estado se presenta un «cólera morbus», que puede hacer desaparecer o absorber los males anteriores, o acabar con el enfermo para robarle la herencia. Es la invasión, la monarquía, la conquista.



INICIATIVA DE LA AMERICA

IDEA DE UN
CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS

Post-Dictum

Las palabras que publico, fueron leídas el día 22 de Junio de 1856, en París, en presencia de treinta y tantos ciudadanos pertenecientes a casi todas las Repúblicas del Sur. Acepten todos ellos la gratitud de su compatriota, por la benévola atención que dispensaron.

La idea de la confederación de la América del Sur, propuesta un día por Bolívar, intentada después por un Congreso de plenipotenciarios de algunas de las Repúblicas, y reunido en Lima, no ha producido los resultados que debían esperarse. Los Estados han permanecido «Des-Unidos».

Hoy nosotros intentamos. Hemos aumentado las dificultades, pedimos mucho más que lo que antes se había imaginado. No es sólo una alianza para asegurar el nacimiento de la Independencia contra las tentativas de la Europa, ni únicamente en vista de intereses comerciales. Más elevado y trascendental es nuestro objeto.

Unificar el alma de la América.

Identificar su destino con el de la República.

Salvar la personalidad con el desarrollo integral de todas sus funciones y derechos; la personalidad que se pierde en Europa por la influencia de su pasado, por la fuerza del despotismo que mutila o divide para dominar más fácilmente, y por la división exagerada del trabajo, transportada a las funciones y derechos indivisibles de la personalidad.

Salvar la independencia territorial y la iniciativa del mundo americano, amenazados por la invasión, por el ejemplo de la Europa y por la división de los Estados.

Unificar el pensamiento, unificar el corazón, unificar la voluntad de la América.

Idea de la libertad universal, fraternidad universal y práctica de la soberanía.

Acercamiento de fuerza por la unión, por la unidad de miras, la unidad de llamamiento al emigrante y unidad de educación al porvenir.

Consolidación de la República, o, en fin, la idea que todo lo resume.

«Iniciativa de la América del Sur», en este momento sagrado de la historia, por medio de la iniciación que nosotros emprendemos, para que

se manifieste la creación moral del nuevo continente.

Tal es el objeto de esta llamada que hacemos a los hijos del Sur.

La América debe al mundo una palabra. Esa palabra pronunciada, será la espada de fuego del genio del porvenir que hará retroceder al individualismo yankee en Panamá; esa palabra serán los brazos de la América abiertos a la tierra y la revelación de una era nueva.

El palenque está abierto, la hora ha sonado. A todos el deber.

FRANCISCO BILBAO

París, 24 de Junio de 1856.

El Congreso Normal Americano

No creo que la historia nos presente un espectáculo más trascendental, que el que se presenta hoy día, el Continente Americano.

Ha habido grandes iniciaciones en el mundo; revoluciones que han cambiado su faz, cataclismos que parecían sumergir a la humanidad en el caos. La Grecia, con su filosofía, su arte y su política, fijó en el firmamento de la historia el astro más esplendente de la inteligencia y el más fecundo de heroísmo. Roma, con su espada, fué el arado te-

rrible que abrió el surco sepulcral de una ciudad universal.

Y los bárbaros vencedores del Imperio, aparecieron como imagen de pueblos convertidos en elementos que pasan como la tempestad sobre los monumentos pasados.

Pero ni en el Oriente antiguo, ni en Europa y en ninguna época, jamás se ha visto al más vasto continente dominado tan sólo por dos razas, con dos idiomas, con sólo dos religiones y una forma política, abrir un albergue a las ideas, hospitalidad a los nobles náufragos de Europa, una esperanza, un campo al porvenir, un derecho de ciudad a la razón, elevada por la soberanía de los pueblos a la altura de legislador del Nuevo Mundo.

No, jamás se ha visto camppear a la razón, en un teatro más nuevo, más grandioso y más espléndido. Jamás se ha visto, a sólo dos razas diferentes, herederas no de las tradiciones de la Europa, sino de las utopías de sus genios, ensayar los gérmenes de vida que contienen, y frente a frente, sin más barreras entre sí que el Océano que saluda y los Andes que se inclinan, levantarse como dos titanes para disputarse los funerales o el porvenir de la civilización. No se había visto todavía a todo un mundo que marcha dejando atrás sus cementerios en Europa; y que «deja a los muertos que entierren a sus muertos». Como si el soplo creador que impulsaba a Colón, continuase soplando sobre la frente del Océano, así vemos a la América, bajel profético, navegar su rumbo sublime en línea recta, a pesar de algunos marineros temblorosos, no tras un paraíso

de verdura y abundancia, ni buscando el camino a una cruzada, sino tras los Campos Elíseos de la humanidad moderna, tras el cielo de la razón, que es la República en la tierra.

La cordillera de los Andes que extendiéndose sus brazos a los polos, pretende abarcar la tierra con todas sus latitudes, y presentar perpendicularmente al Viejo Mundo la barrera más portentosa que las entrañas del planeta levantarán, es la imagen del futuro coloso que mirando a ambos Océanos, elevará más alto que sus volcanes, no sólo el faro del viajero, sino el esplendor de la justicia.

Tal imagen, tal destino; tal es nuestro deber, americanos. No es tan sólo la magnitud de la causa, ni las profecías de Colón, ni las riquezas de la creación derramadas en grande escala, el único impulso digno de agitar las almas de sus hijos; no: es la herencia purificada de la historia, es el espectáculo del mundo antiguo revolviéndose en sus errores, es la tradición de la Independencia, es una concepción más grandiosa de la Divinidad y del destino del hombre liberado, el motivo que debe agitarlos para manifestar una creación moral no conocida, digna de tener por pedestal ese continente, y por esperanza, la pacificación del mundo.

«La paz es la unidad de la libertad». En todo tiempo hemos visto imperar con más o menos fuerza, una idea, un dogma, un principio, y también a un pueblo o a una raza, representantes de esa idea, extender su poderío moral y material sobre las demás naciones. Pero todas esas tentativas falaces de unidad, han llenado la fosa de

los siglos con la sangre más pura de la humanidad, tras el ensueño satánico de la monarquía universal.

Es verdad, que siempre ha parecido ser necesario un centro, para el movimiento humano, así como un sol para la proyección de los planetas. Así también una capital parece ser necesaria para la administración de un Estado, como la cabeza para coronar la organización del hombre.

Pero ¿qué es un centro, una capital, una cabeza?

Es la manifestación, la representación de la unidad, hasta hoy se exige la representación material de la unidad, confundiendo la idea con un símbolo. Se dice que la centralización es necesaria bajo pretexto de unidad; que la monarquía es unidad; que la conquista es el sometimiento de la tierra a la unidad; en una palabra, se ha identificado esa idea, con el despotismo; y la vitalidad de los pueblos ha sido devorada por los capitales; los derechos de la soberanía del hombre han sido usurpados por la monarquía o por las facultades extraordinarias; la independencia de las razas ha sido violada en obsequio a la codicia, vanidad u orgullo de las naciones fuertes; y la conciencia, el libre pensamiento en fin, han sido el objeto constante de ataque espiritual y material de las teocracias: todo esto bajo pretexto de unidad.

Si tal es la unidad, no la queremos. No es esa la idea que buscamos. Tal era la unidad de la conquista, destronada por nuestros padres en los campos de la Independencia. La unidad que bus-

camos es la identidad del derecho y la asociación del derecho.

No queremos Ejecutivos, monarquías ni centralización despótica, ni conquista, ni pacificación teocrática. Mas la unidad que buscamos, es la asociación de las personalidades libres, hombres y pueblos para conseguir la fraternidad universal.

Tal es la idea que nosotros podemos llamar el centro del movimiento Americano, la capital de la futura confederación, el Capitolio de la libertad.

¿Hay hoy alguna nación que represente esa idea? Sé que hay algunas que pretenden representar la iniciación del mundo. Pero obras pedimos y no palabras, práctica y no libros, instituciones, costumbres, enseñanzas, y no promesas desmentidas.

Vemos imperios que pretenden renovar la vieja idea de la dominación del globo. El Imperio ruso y los Estados Unidos, potencias ambas colocadas en las extremidades geográficas, así como lo están en las extremidades de la política, aspiran, el uno por extender la servidumbre rusa con la máscara del panslavismo, y el otro la dominación del individualismo yankee. La Rusia está muy lejos, los Estados Unidos están cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero los Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Tejas, después el norte de Méjico y el Pacífico, saludan a un nuevo amo.

Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Panamá, esa futura Constantinopla de la América, vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del Sur, seré del Norte?

He ahí un peligro. El que no lo vea, renuncie al porvenir. ¿Habrá tan poca conciencia de nosotros mismos, tan poca fe de los estudios de la raza latino-americana, que esperemos a la voluntad ajena y a un genio diferente para que organice y disponga de nuestra suerte? ¿Hemos nacido tan desheredados de las dotes de la personalidad, que renunciemos a nuestra propia iniciativa, y sólo creamos en la extraña, hostil y aun dominadora iniciación del individualismo?

No lo creo, pero ha llegado el momento de los hechos.

Ha llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur; se abre la segunda campaña que la Independencia conquistada, agregue la asociación de nuestros pueblos. El peligro de la independencia y la desaparición de la iniciativa de nuestra raza, es un motivo. El otro motivo que invoco no es menos importante.

Hemos indicado la acefalía del mundo en nuestros días. La historia vejeta, repitiendo viejos ensayos, renovando momias, desenterrando cadáveres. Sólo vemos una ciencia política: el despotismo, el sable, el maquiavelismo, la conquista, el silencio. La ciencia europea nos revela los secretos y las fuerzas de la creación para mejor dominarla; pero ¡fenómeno extraño! en ninguna luz histórica la personalidad ha aparecido más pequeña en

medio de tanto esplendor inteligente. Parece que la ciencia cooperase a precipitar en el torrente de la fatalidad a la noble causa de la libertad del hombre. La materia obedece, el tiempo y el espacio se conquistan, los goces y el bienestar se entienden, pero la espontaneidad se olvida, la originalidad desaparece, el espíritu de creación espanta. Parece que el Viejo Mundo trabajase en cavar una fosa y elevar un mausoleo a la personalidad para presentarse sobre el desarrollo de los siglos como una especie nueva del reino animal. Las masas, los gobiernos, aparecen hoy día como acordes, y el sufragio universal de la vieja Europa consagra una alianza feméntida en la abdicación de la soberanía del pueblo.

Pero la América vive, la América latina, sajona e indígena protesta, y se encarga de representar la causa del hombre, de renovar la fe del corazón, de producir, en fin, no repeticiones más o menos teatrales de la Edad Media con la jerarquía servil de la nobleza, sino la acción perpétua del ciudadano, la creación de la justicia viva en los campos de la República.

A cualquier punto del horizonte que vuelva la vista el hijo de América, no verá sino a la América en actitud de desplegar sus alas para salvar el mar rojo de la historia. Recibamos el aliento que nos impulsa. Comprendamos que el momento iniciador del Nuevo Mundo se presenta. Somos «independientes por la razón y la fuerza». De nadie dependemos para ser grandes y felices. A nadie debemos esperar para emprender la mar-

cha, cuando la conciencia, la naturaleza y el deber dicen al mundo americano: llegó la hora de tus grandes días. Cuando el mundo abdica, tú no has desesperado de la forma política de la justicia. A pesar de tus caídas, jamás has renegado la responsabilidad de un pueblo libre. Purificas tu suelo de los legados de la conquista. Ya no hay esclavos en las Repúblicas del Sur. Arrancas a pedazos el manto de Loyola. Derribas las barreras que separaban a los pueblos.

La palabra circula en tus valles, visita las orillas de los grandes ríos, y brilla en los Andes para contemplar el firmamento poblado por la palabra de Dios. ¡Adelante, mundo de Colón, América de Maipú, de Carabobo y de Ayacucho!

Pero para arrancar a la conciencia de un continente sus secretos, al porvenir sus misterios, para crear nuestros destinos, la unión es necesaria; unidad de ideas por principio y la asociación como medio.

Permitid que insista. Tenemos que desarrollar la independencia, que conservar las fronteras naturales y morales de nuestra patria, tenemos que perpetuar nuestra raza americana y latina, que desarrollar la República, desvanecer las pequeñeces personales para elevar la gran nación americana, la Confederación del Sur. Tenemos que preparar el campo con nuestras instituciones y libros a las generaciones futuras. Debemos preparar esa revelación de la libertad que debe producir la nación más homogénea, más nueva, más pura, extendida en las pampas, llanos y sábanas, regadas por el Amazonas y el Plata y sombrea-

das por el Andes. Y nada de esto se puede conseguir sin la unión, sin la unidad, sin la asociación.

Y todo esto, fronteras, razas, República y nueva creación moral, todo pelagra, si dormimos. Los Estados Des Unidos de la América del Sur, empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Ya empezamos a sentir los pasos del coloso que sin temer a nadie, cada año, con su diplomacia, con esa siembra de aventureros que dispersa, con su influencia y su poder crecientes que magnetiza a sus vecinos, con las complicaciones que hace en nuestros pueblos, con tratados precursores, con mediaciones y protectorados, con su industria, su marina, sus empresas, acechando nuestras faltas y fatigas, aprovechándose de la división de las Repúblicas, cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que «cree» en su imperio, como Roma creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marea creciente que suspende sus aguas para descargarse en catarata sobre el Sur.

Ya resuena por el mundo ese nombre de los Estados Unidos, contemporáneo de nosotros y que tan atrás nos ha dejado. Los hijos de Pen y Washington hicieron épocas, cuando reunidos en Congreso proclamaron la más grande y bella de las constituciones existentes y, aun antes de la revolución francesa.

Entonces regocijaron a la humanidad dolorida, que desde su lecho de tormento, saludó a la República del Atlántico como una profecía de la regeneración de la Europa. El libre pensamiento, el «self-governement», la franquicia moral y la tie-

rra abierta al emigrante, han sido las causas de su engrandecimiento y de su gloria. Fueron el amparo de los que buscaban el fin de la miseria, de los que huían de la esclavitud feudal y teocrática de Europa; sirvieron de campo a las utopías, a todos los ensayos; de templo en fin a los que aspiran por regiones libres para sus almas libres.

Ese fué el momento heroico en sus anales. Todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Derribaron las selvas, poblaron los desiertos, recorrieron todos los mares. Despreciando tradiciones y sistemas, y creando un espíritu devorador del tiempo y espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular. Volviendo sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los Titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aun los contempladores del Olimpo.

La personalidad infatuada desciende al individualismo, su exageración al egoísmo; y de aquí, a la injusticia y a la dureza de corazón no hay más que un paso. Pretenden en sí mismos concentrar el universo. El Yankee reemplaza al Americano, el patriotismo romano al de la filosofía, la industria a la caridad, la riqueza a la moral, y su propia razón a la justicia. No abolieron la esclavitud en sus Estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, sino del individualismo sajón. Se precipitan sobre el Sur, y esa nación que debía haber sido nuestra estrella, nuestro modelo,

nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la «Autonomía» de la América del Sur.

He ahí algo de providencial que nos estimula para que entremos al palenque, y no podemos hacerlo sino unidos.

¿Cuáles serán nuestras armas, nuestra táctica? Nosotros que buscamos la unidad, incorporaremos en nuestra educación los elementos vitales que contiene la civilización del Norte. Procuraremos completar lo más posible al ser humano, aceptando todo lo bueno, desarrollando las facultades que forman la belleza o constituyen la fuerza de otros pueblos. Hay manifestaciones diferentes, pero no hostiles de la actividad del hombre. Reunirlas, asociarlas, darles unidad, es el deber.

La ciencia y la industria, el arte y la política, la filosofía y la naturaleza deben marchar de frente, así como en el pueblo deben vivir inseparables todos los elementos que constituyen la soberanía: el trabajo, la asociación, la obediencia y la soberanía indivisibles.

Por eso no despreciaremos, sino que nos incorporaremos, todo aquello que respandece en el genio y la vida de la América del Norte. No debemos despreciar bajo pretexto de individualismo todo lo que forma la fuerza de la raza.

Cuando los romanos quisieron formar una marina, tomaron por modelo a un buque cartaginés; cambiaron su espada por la española, se apoderaron de la ciencia, la filosofía y el arte de los griegos sin abdicar su genio, y abrieron un templo a las divinidades de los pueblos mismos a quienes combatían, como para asimilarse al genio



de las razas y la fuerza de todas las ideas. Del mismo modo nosotros debemos apoderarnos del hacha del yankee para desmontar la tierra; debemos enfreñar la anarquía con la libertad, único Hércules capaz de dominar esa hidra; derribar el despotismo con la libertad, único Bruto capaz de extinguir a todos los tiranos. Y todo esto lo posee el Norte porque es libre, porque se gobierna a sí mismo, porque sobre todas las sectas y religiones y para un principio común que las domina, que es la libertad del pensamiento y el gobierno del pueblo.

No hay entre ellos religión del Estado porque la religión del Estado es el Estado: la soberanía del pueblo. Tal espíritu, tales elementos debemos asimilarnos, debemos agregar a lo que nos caracteriza. Es así como las ideas, esas divinidades sin conciencia que vagan por las selvas y cordilleras de la América, aparecerán un día en el foro de la República del Sur.

No temamos el movimiento. Respiremos el aura viril que hace flamear el pabellón de las estrellas, sintamos hervir en nuestras venas el gérmen de todas las empresas; oigamos resonar en nuestras regiones silenciosas el estrépito de las ciudades que se levantan, las emigraciones atraídas por la libertad; y en las plazas y bosques, en las escuelas y congresos se repita con la fuerza de la esperanza: ¡adelante, adelante!

Que más rápido que el camino de hierro y que el telégrafo eléctrico, el pensamiento de los hijos del Sur, unsono en sus ruinas, palpите armónicamente en nuestros pueblos para dar un centro, una

capital, un corazón a ese mundo sobre quien se ciernen tantas bendiciones.

Es para cooperar a ese fin que os he convocado.

No nos creamos tan desnudos de obras morales, de modo que nuestra pequeñez nos desanime.

Conocemos las glorias y aun la superioridad del Norte, pero también nosotros tenemos algo que colocar en la balanza de la justicia.

Podemos decirle:

Todo os ha favorecido. Sois los hijos de los primeros hombres de la Europa moderna, de aquellos héroes de la Reforma que cargando el Antiguo Testamento atravesaron las grandes aguas para levantar un altar al Dios de la conciencia. Una raza de caballeros salvajes os recibió con la hospitalidad primitiva. Una naturaleza fecunda y tierras vírgenes sin fin, multiplicaban vuestros esfuerzos. Nacíais y erais lanzados en las florestas primitivas con el entusiasmo de una nueva fe, iluminados con la prensa, con la libertad de la palabra y recompensados con la abundancia.

Recibíais una educación viril, que era la idea y la práctica de la soberanía, lejos de reyes y siendo todos reyes, lejos de las castas raquílicas de Europa, de sus hábitos de servilidad y de sus costumbres de domesticidad, crecíais con el vigor de una nueva creación. Erais libres; quisisteis ser independientes, y lo fuisteis. Abión retrocedió ante los héroes de Plutarco que os constituyeron en la federación más grande. No así nosotros.

Fueron los hombres de Felipe II que en la nave del Concilio de Trento atravesaron el Océa-

no para hacer con la espada el desierto de razas y naciones. Cuadros de exploradores fueron los que delinearon las ciudades. Las llamas de la ortodoxia eclipsaban el resplandor de las cordilleras, y esos hombres cebados en las carniceras de Granada y en los bosques de Países Bajos convertidos en patibulos de herejes, fueron los legisladores, los institutores de la América del Sur. Cuna de hierro fué nuestra cuna, sangre de naciones fué nuestro bautismo, himno de terror fué el cántico que saludó nuestros primeros pasos.

Aislados del universo, sin más luz que la que permitía el cementerio del Escorial, sin más voz humana que la de obediencia ciega, pronunciado por la milicia del Papa, los frailes; y la milicia del Rey, los soldados, tal fué nuestra educación. En silencio crecíamos, con espanto nos mirábamos.

Extendieron una piedra funeral sobre el continente, y sobre ella pusieron el peso de diez y ocho siglos de servidumbre y decadencia. Y, a pesar de eso, hubo palabra, hubo luz en las entrañas del dolor, y rompimos la piedra sepulcral, y hundimos esos siglos en el sepulcro de los siglos que nos habían destinado. Tal fué el arranque, tal fué la inspiración o revelación de la República.

Con tales antecedentes, este resultado merece ser colocado en la balanza con la América del Norte.

En seguida hemos tenido que organizario todo. Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática.

Hemos tenido que luchar contra el sable infatigado con sus triunfos creyó encon-

trar los títulos de legislador en su tangente de acero. Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados con la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva dándoles la soberanía del sufragio.

Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las Repúblicas del Sur, nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de la nación, porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne, y vosotros las extermináis jesuiticamente.

Vive en nuestras regiones algo de esa antigua humanidad y hospitalidad divinas, en nuestros pechos hay espacio para el amor del género humano. No hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria, la filosofía a los textos, el espíritu puro al cálculo, el deber al interés. Somos de aquellos que creemos ver en el arte, en el entusiasmo por lo bello, independientemente de sus resultados, y en la filosofía, los resplandores del bien soberano. No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano!

He ahí lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado

del orgullo, de las riquezas y del poder de la América del Norte.

Pero nuestra inferioridad es latente. Es necesario desarrollarla. La del Norte es presente y se desarrolla.

Esto quiere decir que el tiempo golpea nuestras fronteras para llamar las nacionalidades a la acción.

Así como Catón, el censor, terminaba todos sus discursos con una frase destructora, «delenda est Cartago», y así al fin de todos los raciocinios, uno es el pensamiento creado que se presenta; la necesidad de la Unión Americana.

¿Quién ha brillado más en la historia que la Grecia? Poscedora en alto grado de todos los elementos y condiciones que pueden presentar al hombre en la plenitud de sus facultades asociadas y en el goce completo de la personalidad, sucumbe por la división y la división apaga la luz que su heroísmo conquistara. Nosotros nacemos, y al nacer, en la cuna nos asaltan las serpientes. Tenemos, como Hércules, que ahogarlas, y esas serpientes son la anarquía, la división, las pequeñas nacionales. El campo nos provoca para realizar los doce trabajos simbólicos del héroe. Los monstruos espían en la solva de nuestras preocupaciones, la hora y la prolongación del letargo. Las columnas de Hércules están hoy en Panamá. Y Panamá simboliza la frontera, la ciudadela, y el destino de ambas Américas.

Unidos, Panamá será el símbolo de nuestra fuerza, el centinela de nuestro porvenir. Des-Unidos, será el nudo gordiano cortado por el hacha del

yankee y que dará la posesión del imperio, el dominio del segundo foco de las elipsis, que describen la Rusia y los Estados Unidos en la geografía del globo.

Además del interés que tenemos en unirnos para desarrollar la República y dar una marcha normal a las naciones, además de la gloria que nos espera si arrebatamos la iniciativa en este momento histórico, exhausto de libertad en el Viejo Mundo, los intereses geográficos, territoriales, la propiedad de nuestras razas, el teatro de nuestro genio, todo eso nos impulsa a la unión, porque todo está amenazado en un porvenir y no remoto por la invasión ayer jesuítica, hoy descarada de los Estados Unidos.

Walker es la invasión, Walker es la conquista, Walker son los Estados Unidos. ¿Esperaremos que el equilibrio de la fuerza se incline de tal modo al otro lado, que la vanguardia de aventureros y piratas de territorios llegue a asentarse en Panamá para pensar en nuestra unión?

Panamá es el punto de apoyo que busca el Arquímides yankee para levantar a la América del Sur y suspender en los abismos para devorarla a pedazos. Ni la antigua Colombia bastaría a contener el desborde sajón una vez rotos los diques, dueño de la llave de los dos océanos y de las costas y desembocaduras de los grandes ríos. Después el Perú sería el amenazado, como ya lo es por su Amazonas. Entonces veríamos de qué peso serían Bolivia, Chile, las repúblicas del Plata. Entonces veríamos cuál sería nuestro destino en vez del de la gran unión del Continente.

La unión es deber, la unidad de miras es prosperidad moral y material, la asociación es una necesidad, aun más diría, nuestra unión, nuestra asociación debe ser hoy el verdadero patriotismo de los americanos del Sur.

No se crea tal idea un imposible. No hace medio siglo, que los hijos del Plata y del Orinoco, del Guayas y del Magdalena, que los descendientes de Atahualpa y Caupolican se abrazaban en los días de muerte y de victorias, por espacio de 12 años y en la cima de los Andes. Entonces la patria se llamaba Independencia. ¿Por qué hoy cuando se trata de conservar las condiciones físicas y morales del derecho y del porvenir de esa Independencia, no hemos de volver a sentir esa alma americana que iluminó nuestro nacimiento con los resplandores de todas las campañas, desastres y victorias de los años terribles? Sí. Hoy la patria se llamará «Confederación», para la segunda campaña, para abrir la era de una nueva manifestación de gloria.

Otra consideración más elevada y más profunda tengo también que presentaros.

¿Qué es lo que se pierde en Europa? La personalidad.

¿Por qué causa? por la división. Se puede decir, sin temor de asentar una paradoja, que el hombre de Europa, se convierte en instrumento, en función, en máquina o en elemento fragmentario de una máquina. Se ven cerebros y no almas; se ven inteligencias y no ciudadanos; se ven brazos y no humanidad; reyes, emperadores y no pueblos;

se ven masas y no soberanía; se ven súbditos y lacayos por un lado, y no soberanos.

El principio de la división del trabajo, exagerado, y transportado de la economía política a la sociabilidad, ha dividido la indivisible personalidad del hombre, ha aumentado el poder y las riquezas materiales, y disminuido el poder y las riquezas de la moralidad, y es así como vemos los destrozos del hombre flotando en la anarquía y fácilmente avasallados por la unión del despotismo y de los déspotas.

Huyamos de semejante peligro. Salvar la personalidad en la armonía de todas sus facultades, funciones y derechos, es otra empresa sublime digna de los que han salvado la República a despecho de la Vieja Europa. Todo, pues, nos habla de unidad, de asociación y de armonía: la filosofía, la libertad, el interés individual, nacional y continental. Basta de aislamiento. Huyamos de la soledad egoísta que facilita el camino a la misantropía, a los pensamientos pequeños, al despotismo que vigila y a la invasión que amenaza.

Uno es nuestro origen y vivimos separados. Uno mismo nuestro bello idioma y no nos hablamos. Tenemos un mismo principio y buscamos aislados el mismo fin. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo. Columbramos idéntica esperanza y nos volvemos las espaldas para alcanzarla. Tenemos el mismo deber y no nos asociamos para cumplirlo. La humanidad invoca en sus dolores por la era nueva, profetizada y preparada por sus sabios y sus héroes; por la juventud del mundo regenerado, por la unidad

de dogma y de política, por la paz de las naciones y la pacificación del alma, ¿y nosotros que parecíamos consagrados para iniciar la profecía, nosotros olvidamos esos sollozos, ese suspiro colosal del planeta, que invoca por ver a la América revestida de justicia y derramando la abundancia del alma y de sus regiones sobre todos los hambrientos de Justicia!

No, americanos, no, hermanos, que vivimos esparcidos en esa cuna grandiosa mecida por los dos océanos.

La asociación es la ley, es la forma necesaria de la personalidad en sus relaciones. En paz o en guerra, para domar la materia o los tiranos, para gozar de la justicia, para acrecentar nuestro sér, para perfeccionarnos, la asociación es necesaria. Aislarse es disminuirse.

Crece al asociarse. Nada tenemos que temer de la unidad y si mucho que esperar. ¿Cuáles son las dificultades? Creo que tan sólo el trabajo de propagar la idea.

¿Qué nación o qué Gobierno americano se opondrían? ¿Qué razón podrían alegar? ¿La independencia de las nacionalidades? Al contrario, la confederación se consolida y desarrolla, porque desde el momento que existiese la representación legal de la América, cuando viésemos esa capital moral, centro, concentración y foco de luz de todos nuestros pueblos, la idea del bien general, del bien común, apareciendo con autoridad sobre ellos, las reformas se facilitarían, la emulación del bien impulsaría, y la conciencia de la fuerza total, de la gran confederación, fortificaría la personali-

dad en todos los ámbitos de América. No veo sino pequeñez en el aislamiento; no veo sino bien en la asociación.

La idea es grande, el momento oportuno ¿por qué no eleváramos nuestras almas a esa altura?

Sabemos que la Rusia es la barbarie absolutista, pero los Estados Unidos, olvidando la tradición de Washington y Jefferson, son la barbarie demagógica. Hoy se presenta a nuestra vista el más vasto palenque de dos razas, de dos ideas en el campo más vasto del mundo para disputarse la soberanía territorial y el imperio del porvenir. El Norte sajón condensa sus esfuerzos, unifica sus tentativas, armoniza los elementos heterogéneos de su nacionalidad para alcanzar la posesión de su Olimpo, que es el dominio absoluto de la América. Ha creado su diplomacia, ahoga la responsabilidad de sus actos con las palpitaciones egoístas de una fiebre invasora; y de su prensa, de sus «meetings» sale la voz profética de una cruzada filibustera que promete a sus aventureros las regiones del Sur y la muerte de la iniciativa sudamericana.

¿Y nosotros que tenemos que dar cuenta a la Providencia de las razas indígenas, nosotros que tenemos que presentar el espectáculo de la República identificada con la fuerza y la justicia, nosotros que creemos poseer el alma primitiva y universal de la humanidad, una conciencia para todos los resplandores del ideal, nosotros, en fin, llamados a ser la iniciativa del mundo por un lado y por otro la barrera a la demagogía y al absolutismo y la personificación del porvenir más bello,

abdicaremos, cruzaremos los brazos, no nos uniremos para conseguirlo? ¿Quién de nosotros, ciudadanos, no columbra los elementos de la más grande de las epopeyas en ese estremecimiento profético que conmueve al Nuevo Mundo?

Debemos, pues, presentar el espectáculo de nuestra unión republicana. Todo clama por la unidad. La América pide una autoridad moral que la unifique. La verdad exige que demos la educación de la libertad a nuestros pueblos; un Gobierno, un dogma, una palabra, un interés, un vínculo solidario que nos una, una pasión universal que domine a los elementos egoístas, al nacionalismo estrecho y que fortifique los puntos de contacto. Los bárbaros y los pobres esperan ese Mesías; los desiertos, nuestras montañas, nuestros ríos claman por el fruto explorador; y la ciencia, y aun el mundo prestan oído para ver si viene una gran palabra de la América: y esa palabra será, la asociación de las repúblicas.

¿Cómo iniciar esta idea?

Es para eso que os he convocado, creyendo de antemano que aceptaréis este proyecto, para que cada uno de vosotros según sus esfuerzos, coopere a su propaganda, en sus patrias respectivas.

He aquí lo que propongo:

Proponer y pedir la formación de un Congreso Americano.

La primera nación que proclamase esa idea, puede ofrecer su hospitalidad a la primera reunión, y officiar a las demás repúblicas para que envíen sus representantes.

Cada república enviará igual número de representantes. Puede fijarse el minimum a cinco.

Reunido el Congreso con autoridad legal para entender en todo lo relativo a lo que sea común, ese Congreso puede determinar la capital americana. Sus determinaciones no tendrán fuerza de ley sin la aprobación particular de los Estados.

Siendo el Congreso la autoridad moral, la norma de las reformas y del espíritu que debe imperar en la Confederación, debe aceptar como base de sus trabajos al reconocimiento de la soberanía del pueblo, y la separación absoluta de la Iglesia y del Estado.

Siendo el Congreso el símbolo de la unión y de la iniciación, se ocupará especialmente de los puntos siguientes, que procurará convertir en leyes particulares de cada Estado.

1.º La ciudadanía universal. Todo republicano puede ser considerado como ciudadano en cualquier República que habite.

2.º Presentar un proyecto de código internacional.

3.º Un pacto de alianza federal y comercial.

4.º La abolición de las aduanas inter-americanas.

5.º Idéntico sistema de pesos y medidas.

6.º La creación de un Tribunal Internacional, o constituirse el mismo Congreso en tribunal, de modo que no pueda haber guerra entre nosotros, sin haber antes sometido la cuestión al Congreso y esperado su fallo, a menos en el caso de ataque violento.

- 7.º Un sistema de colonización.
- 8.º Un sistema de educación universal y de civilización para los bárbaros.
- 9.º La formación del Libro Americano.
10. La delimitación de territorios discutidos.
11. La creación de una Universidad Americana, en donde se reunirá todo lo relativo a la historia del continente, al conocimiento de sus razas, lenguas americanas, etc.
12. Presentar el plan político de las reformas, en el cual se comprenderán el sistema de contribuciones, la descentralización, y las formas de la libertad que restituyan a la universalidad de los ciudadanos las funciones que usurpan o han usurpado las constituciones oligárquicas de la América del Sur.
13. Que ese Congreso sea declarado el representante de la América en caso de conflicto con las naciones extrañas.
14. El Congreso fijará el lugar de su reunión y el tiempo, organizará su presupuesto, creará un diario americano. Es así como creemos que de iniciador se convierta un día en verdadero legislador de la América del Sur.
15. Una vez fijadas las atribuciones unificadoras del Congreso Americano y ratificadas por la unanimidad de las repúblicas, el Congreso podrá disponer de las fuerzas de los Estados Unidos del Sur, sea para la guerra, sea para las grandes empresas que exige el porvenir de la América.
16. Los gastos que exija la confederación, serán determinados por el Congreso y repartidos en las repúblicas a prorrata de sus presupuestos.

17. Además de las elecciones federales para representantes del Congreso, puede haber elecciones unitarias de todas las repúblicas, sea para nombrar un representante de la América, un generalísimo de sus fuerzas, o bien sea para votar las proposiciones universales del Congreso.

18. En toda votación general sobre asuntos de la Confederación, la mayoría será la suma de votos individuales y no la suma de votos nacionales. Esta medida unirá más los espíritus.

Epílogo

Así como Colón se apoderó de todas las tradiciones, leyendas y poesías de la antigüedad que indicaban un mundo perdido u olvidado para fecundizar su inspiración y sus cálculos científicos; respirando se puede decir en la atmósfera de la tierra completada por su genio, y abrazando a la geografía, a las razas, a las ideas, con las llamas de un cosmopolitismo religioso (1), para salvar el misterio del océano indefinido; así nosotros, poseedores de toda latitud y todo clima, herederos de la tradición purificada, incorporando en nuestra vida las armonías de las razas, y vivificando con la razón y con el alma la solidaridad del género humano en la libertad civil, política y religiosa, tomaremos el vuelo para salvar ese océa-

(1) Véanse: *Révolutions d'Italie*, par E. Quinet.—Christophe Colomb.—Paris, Bruselles. N. del A.

no de sangre y de tinieblas que se llama historia, para fundar la nueva era del mundo y descubrir el Paraíso de la pacificación y libertad.

Que más alto que los Andes el fanal del Nuevo Mundo se levante; que llegue su luz matinal a los espíritus que gimen en Europa, y que esa luz sea la linterna de la hospitalidad y de la ciudadanía. Que caigan las barreras del espíritu y del cuerpo, la intolerancia y las aduanas.

Todo pensamiento de la América debe corresponder al desarrollo democrático del deber y del derecho. Que el hombre y los pueblos en nuestras regiones, despierten amamantados por las lecciones de la juventud inmortal de la naturaleza, sin conocer más tradiciones y recuerdos que el ruido que hace el Viejo Mundo despeñándose en sus antiguos precipicios. Sepamos contemplar a la humanidad doliente, que cual otro Prometeo protesta encadenado en Asia, Africa y Europa, durmiendo bajo el peso de la naturaleza sin la libertad, o bajo la ciencia de la fuerza y el engaño, y que espera quizás la revelación de la justicia por la boca de todo un continente para proclamarse emancipada.

Que más libre que el cóndor despliegue la razón sus alas, y de volcán en volcán, de playa en playa, recorriendo con su organización predestinada a todo clima, sacuda la somnolencia, impulse a los que vigilan y derrame los efluvios de su luz en la conciencia de todo hombre.

Nuestros padres tuvieron un alma y una palabra para crear naciones; tengamos esa alma para formar la nación americana, la confederación de las

repúblicas del Sur, que puede llegar a ser el acontecimiento del siglo y quizás el hecho precursor inmediato de la era definitiva de la humanidad. Alcese una voz cuyos acentos convoquen a los hombres de los cuatro vientos, para que vengan a revestir la ciudadanía americana. Que del foro grandioso del continente unido, salga una voz: ¡adelante! ¡adelante en la tierra poblada, surcada, elaborada; adelante con el corazón ensanchado para servir de albergue a los proscritos y emigrantes; adelante con la inteligencia para arrancar los tesoros del oro inagotable, depositados por Dios en las entrañas de los pueblos libres; adelante con la voluntad para que se vea en fin la religión del heroísmo, vencedora de la fatalidad, vencedora de los hechos y vencedora de las victorias de los malvados!

¿Qué queremos? Libertad y unión. Libertad sin unión es anarquía. Unión sin libertad es despotismo.

La libertad y la unión será la Confederación de las repúblicas.

Somos pequeños si contamos nuestros años, pero grandes si comprendemos lo que se ha hecho; somos pequeños, si contamos en número de nuestros habitantes, pero no lo somos si calculamos esa población y su espíritu, tan despojado de tradiciones y de errores; somos pobres en capitales adquiridos y los más ricos si la asociación y el trabajo despertaran; somos pequeños bajo el cielo o ante la faz del Omnipotente, pero sublimes si verdaderos intérpretes del Sér, nos ponemos en

camino, cargando el testamento de la perfección del género humano.

Llegando a este grado del destino, nuestra causa llega a ser una religión, americana, porque sería la iniciativa de una creación moral, la formación de un vínculo divino para acrecentar el bien de todos y el mejor de todos los bienes, la libertad y la solidaridad del hombre. Tal es el fin.

Espero que todos nosotros, poseídos de la verdad, de la necesidad, de la utilidad en la conciencia del fin propuesto, cooperemos según nuestras fuerzas a su realización.



SOCIABILIDAD CHILENA (1)

Introducción

Deccéds du haut
des cieus, auguste vérité!

VOLTAIRE.

En las épocas transitorias de la civilización aparece esa multitud de espíritus decaídos. La inspiración, que necesita un objeto, la voluntad, un apoyo para ejercer su poder, languidecen al faltarle el aliento vivificante de la fe. El poder de

[1] Mr. E. Quinet en su obra «El Cristianismo y la Revolución Francesa», al hablar de la América, dice en uno de los párrafos: «Tengo a mi vista un escrito lleno de elevación y de lógica acerca de las relaciones de la Iglesia y del Estado en Chile, la «Sociabilidad Chilena», por Francisco Bilbao. Este escrito ha sido condenado como herético por los tribunales de Chile. Sin embargo, esas páginas demuestran, que a pesar de las trabas, se principia a pensar con fuerza del otro lado de las Cordilleras. El bautismo de la palabra nueva, he aquí palabras que han debido asombrar al encontrarse en un folleto escrito en los confines de las Pampas».—París, Julio 23 de 1845.—N. del A.

expansión que solicitan, se amortigua a la presencia de la indiferencia externa, o por la impotencia de la fe que anhelan. Observan al universo por medio del análisis y lo divisan cubierto por la nieve del invierno. Entonces el poder que sienten se concentra y devora la misma actividad que lo alimenta. Así vemos esos hombres que, nacidos en la tranquilidad de la materia, desesperan al penetrar en el infierno subterráneo de las sociedades. Pero en medio de todo esto, en medio del lento desarrollo que tenemos; en medio de este desierto sin guía: la sociedad al presente; en medio de los elementos sociales que de vez en cuando se sublevan, suelen aparecer ciertos hechos, inspiraciones, o incidentes que nos deciden en la marcha ambigua, que nos sacuden, nos detienen, nos hacen pedir cuenta de lo que vemos y de lo que columbramos. Entonces el individuo de aislado que vivía, tiende su mano para seguir el carro de la sociedad, y de egoísta, pasa a escuchar el gemido del hermano. Entonces calla la anarquía de su vida intelectual y arroja al abismo de la nada el horrible pensamiento del suicidio social, de la desesperación satánica y del clamor impotente. El caos de su inteligencia se desenvuelve, lo alumbra una centella de la pira universal: la fraternidad. Su voluntad que yacía débil ha sentido la trompeta divina y se levanta titánica. A los que duden de este resultado y hayan pasado por los dolores de su siglo les preguntaría: habéis sentido en medio de vuestras tribulaciones morales, en medio de vuestra ignorancia acerca del absoluto, en medio de la falta de corazones que respondan a vuestras an-

gustias, en miedo del espantoso cuadro de los padecimientos humanos, ¿habéis—les diría—sentido esos movimientos espontáneos, al escuchar el gemido del que padece, el ruido de la cadena del presidario? ¿habéis escuchado los cánticos sublimes que arrojan los pueblos al marchar a las batallas? ¿habéis sentido a la presencia de las bellezas de la naturaleza, al oír los cantos del poeta, al ver al hombre íntimo exteriorizado por la pintura, habéis sentido—les diría—esos embates misteriosos, esas agitaciones volcánicas, esos llamamientos divinos hacia una cosa que no sabemos, invisible, infinita?... ¡Sí, me diréis! habéis sentido esas impresiones, pero fugaces; las habéis sentido, pero la realidad estaba cerca; habéis entrevisto el misterio profundo de los cielos, pero la nube pasaba y vuestra vista bajaba hacia la tierra; habéis llorado, pero la carcajada de la indiferencia os volvía a la vida del mundo.

Todo esto pasa. ¡Esta es la vida!...

¡Mezcla incomprensible del sublime y del ridículo, del fatalismo y de la libertad! Vida, te sentimos y venimos a pedirte cuenta de lo que has hecho de nosotros y de lo que nos prometes. Es a nombre de esos llamamientos espontáneos de los cuales su aferra la razón para formar la nueva síntesis, que nos detenemos, ponemos la mano en la conciencia, la planta en el foro de la prensa, para decir: Somos hombres de Chile: luego veamos en las filas de la humanidad el lugar que ocupa el tricolor.

Nuestro pasado

Voz fué oída en Ramá,
lloro y mucho lamento.

MATEO.

Nuestro pasado es la España.

La España es la Edad Media. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad. Examinémosla separadamente. Esa sociedad así llamada, compuesta con los resultados de la civilización romana, idealizada por la religión católica y renovada por las costumbres originales de los bárbaros, forma el núcleo, el nudo que une al mundo antiguo con el mundo moderno. Roma deja su legislación, su industria y la mitología. El catolicismo, la escolástica, los mitos orientales con el colorido de la revelación, pero con una perfección notable. Los bárbaros; la espontaneidad de sus creencias y la exaltación de la individualidad. Reflexión, fe, espontaneidad; Roma, Oriente, los bárbaros, he allí los elementos. Se chocan, la sangre corre, pero el bárbaro hecho católico triunfó. El tiempo marcha, el sistema se entabla, el catolicismo impera, el bárbaro no abdica com-

pletamente su originalidad y la Edad Media se levanta de entre las ruinas de la invasión, de entre la sangre de tantos años de combate.

He allí esa sociedad, esa civilización afirmada en sus castillos y sus claustros para resistir al torrente del mundo que se desplomaba. Sociedad verdadera porque era una, porque tenía una creencia que alimentaba y que le daba esa originalidad tan original; sociedad de alma y cuerpo bajo este aspecto. Es decir, catolicismo y feudalismo, espíritu y tierra, religión y política. Analicemos sus dos fases separadas.

II

La tierra, la política

Ved cual el bárbaro del Norte, cambia su tienda vagorosa en castillo soberbio. Ved cual depona su masa a los pies del sacerdote católico; vedlo reconocer otro poder que el de la fuerza; pero se encierra en su castillo, el fraile se hace guerrero; se hacen señores, se ensoberbecen. El señor feudal conquista, extiende su dominio, domina al débil conquistado, enseñoorea la tierra, la apropia, y recibe su propiedad el baulismo de la legitimidad católica; el pobre, el débil, el conquistado, trabaja, gime y depona el fruto de su trabajo al pie del señor del castillo. Sufre, se le oprime, se le hace servir como esclavo y, como soldado, sus

hijas son violadas, no tiene a quien apelar. La ley, y la justicia, el poder y la aplicación vienen de una misma mano. «El señor, cansado de la caza, hacía abrir un vasallo para calentar sus pies en sangre». La desesperación se aumentaba, pero el sacerdote católico le dice: este mundo no es sino de misericordia. «Todo poder viene de Dios, someteos a su voluntad». He aquí la glorificación de la esclavitud. Una montaña de nieve sobre el fuego de la dignidad individual. He aquí la glorificación de la esclavitud.

III

Espíritu

El catolicismo sometió a la barbarie. Su poder de propaganda necesitaba organización, táctica y medios, y esta es la causa del poder temporal y feudal que se abroga. La fe era su instrumento. No podía convencer, necesitaba rápidamente alistar a sus banderas la barbarie, y he aquí el mito, el simbolismo, la forma, la pompa, el misterio, la poesía sentimental e imaginaria que constituyeron el catolicismo que viene a deslumbrar los ojos extáticos del bárbaro, y sus oídos salvajes (1). El

(1) Había que agregar el cebo de la conquista con que la Iglesia impulsaba a los bárbaros, sea para destruir a sus enemigos, sea para participar del botín de una provincia, de un reino, de una zona territorial que se ofrecía a la avidez de la barbarie en cambio de la fe.—N. del A.

bárbaro se deslumbra, se somete, es católico. He aquí la gloria del catolicismo, su mérito en la historia. Pero, nosotros saliendo de la eternidad, hemos caído en el tiempo llamado siglo XIX, juzgaremos según nuestra capacidad de lo que es con respecto a la sociedad nueva y a la filosofía que renueva las religiones. Desde esta altura es como vamos a hablar rápidamente. El catolicismo es religión simbólica y de prácticas que necesita y crea una jerarquía y una clase poseedora de la ciencia. Religión autoritaria que cree en la autoridad infalible de la iglesia, es decir, en la jerarquía de esos «Hombres»; y además la autoridad irremediable sobre la conciencia individual por medio de la confesión. Autoridad del fraile, autoridad del clérigo, autoridad del Papa, autoridad del Concilio. Religión simbólica y formulista que hace inseparable la práctica de la forma, del espíritu de la ley. De aquí la necesidad absoluta de la práctica y del sacerdote. Este es el templo del sistema, penetremos y oigamos la predicación y su espíritu.

En primer lugar, los principios eternos de la filosofía, la unidad de Dios, la inmortalidad, los premios futuros y los misterios orientales.

«Creo en Dios, padre todo poderoso, creador del cielo y de la tierra, creo en Jesu-Cristo, su único hijo, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu santo, y nació de la santa Virgen María, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato y fué crucificado y resucitó al tercer día de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios padre. Desde allí ha de venir

a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, la vida perdurable, el perdón de los pecados.»

Allí tenemos los misterios de la creación entera.

La trinidad universal, es decir, la unidad del pensamiento creador y su desarrollo en la creación de todo lo que existe por medio del Espíritu Santo. La encarnación, es decir, el verbo, la palabra, Dios hablando a los hombres, la revelación en el hijo, en Jesu-Cristo. La encarnación de la palabra, del verbo, es decir, la eucaristía, es la representación, el símbolo de Cristo que se sacrificó por la redención. El bien y el mal, esa dualidad terrible, ese misterio el más temible de las cosmogonías, ese problema quizá el más árduo de la ciencia, queda cubierto por la poética aventura de Eva y la serpiente. La fe aquí tiene que venir al auxilio de la razón y la misericordia divina para el mal, y el pecado es el consuelo y quizá la mejor respuesta a «posteriori». Estos misterios, y los de la creación toda, necesitan popularizarse. Y de aquí nace la «humanización» de los misterios, es decir, su explicación «dramática», es decir, su explicación «humana»; la trinidad es padre, hijo y Espíritu Santo. El verbo divino es Jesu-Cristo; la pureza de su origen es la Virgen; su misión redentora y heroica se explica por la crucifixión y redención. He aquí la cosmogonía, el simbolismo del catolicismo. Este es su fondo incluyendo el juicio futuro; el purgatorio, que es la expiación momentánea de las almas, de donde nace la institución terrena de las «ánimas», y todo el simbolis-

mo que se emplea para aliviarlas en esta mansión. Pero, donde el catolicismo tiene su punto deslindante y más original es en la institución de la iglesia, de donde nace la armazón exterior y el conjunto de preceptos que conocemos con el nombre de catolicismo y que son las condiciones necesarias de su existencia autoritaria en inteligencia y gobierno.

Es un hecho psicológico que la repetición de los actos, consagra su existencia duradera. De aquí nace la necesidad de la repetición de las fórmulas y los ritos que representan el fondo de una creencia. De aquí la necesidad del arte para que inmortalice, si es posible, su existencia. De todas las artes la que lleva el carácter de desafiar al tiempo, es la arquitectura y también la que arroba y sorprende más a la imaginación popular. Luego los templos y los ritos que impulsen a los hombres a los templos, son condiciones «recíprocas» de un culto. Así la Iglesia manda oír misa entera los domingos y fiestas de guardar. Comulgar por Pascua florida y la porción de simbólicos misterios relacionados con el origen y fin del hombre que necesitan del templo y del sacerdote. Bautismo para lavar el pecado original. Confirmación, es decir, la fianza de católico. Comunión, la protesta en la creencia de todos los misterios de la encarnación, trinidad, absolución de los pecados. Extrema-unción, la despedida y pasaporte del individuo para el otro mundo. Matrimonio único, medio legítimo de propagación que necesita el simbolismo de la unión trinitaria: mujer, hombre y sacerdote. Los términos y bases de la pro-

ducción y el vínculo de unión, y últimamente, orden sacerdotal, que es el complemento de la condición exterior del individuo católico.

Este se puede decir que es el simbolismo espiritual, ritual y barato, necesario para llevar al individuo a los templos y mantener la fe. Ahora vamos a ver los necesarios para la existencia de la autoridad terrena de la Iglesia. Establecida por el «Credo» católico la infalibilidad de la Iglesia, la conciencia, en la multitud de circunstancias humanas, tiene que apelar a la intervención del texto. El texto no se puede interpretar. Luego debe recurrir al sacerdote. De aquí nace la confesión, la abnegación del individuo al individuo; de la conciencia humana: «Confesarse a lo menos una vez al año» dice el texto. Con este mandamiento, el más poderoso, el más terrible, como es la exploración de la conciencia abierta, bien se ve que el culto que se apoya en él parece llevar el sello de la eternidad. El sacerdote impone lo que quiere, luego el individuo es la renovación del sacerdote en su conciencia. Este precepto basta para el mantenimiento de una creencia cualquiera que sea. El sacerdote, desde el absoluto trono de su confesionario, puede disponer del universo... Sujetemos la lógica de las consecuencias que salen de suyo.

El principio bárbaro, no tememos el decirlo, de creer que Dios se gloria en los padecimientos humanos, o que queda vindicado por medio de nuestros sufrimientos; principio terrorista que altera la naturaleza del Dios del «infinito», del Dios del «absoluto» bien; principio que al cristianismo

primitivo no sanciona para gloria de Jesu-Cristo, se halla autorizado por la ignorancia de los fundadores del catolicismo. Confundieron los preceptos higiénicos con los preceptos morales, el cuerpo con el espíritu. Preceptos sabios de Moisés dados a los judíos con relación a su ardiente y voluptuoso clima, se extienden sin modificación de lugar ni de tiempo al universo. Prohibid la carne, prohibid el licor, ordenad el ayuno al pueblo cazador de los climas septentrionales, y veréis el absurdo sistema que aplicáis. Pero esto es sabido, sigamos.

La iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre; necesita el sostén del clérigo y de la comunidad, que no pueden trabajar, sino estudiar para la interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo. «Pagar diezmos y primicias», dice el texto.

Con respecto a las relaciones que sanciona, pasaremos rápidamente, calificándolas relativamente con el estado, las costumbres y la filosofía del tiempo en que vivimos.

No hay duda de que el cristianismo fué el mayor progreso en materia de religión en cuanto a la rehabilitación del hombre, pero el catolicismo, como fué una reacción oriental, es decir, al simbolismo y a las fórmulas, produjo variaciones hostiles a la pureza primitiva de la doctrina de Jesús.

Analizaremos esas relaciones a vuelo de ave: la mujer, el hijo, el ciudadano y la inteligencia.

La mujer está sometida al marido. Esclavitud de

la mujer. Pablo, el primer fundador del catolicismo, no siguió la revolución social de Jesu-Cristo. Jesús emancipó a la mujer. Pablo la sometió. Jesús era occidental en su espíritu, es decir, liberal; Pablo oriental, autoritario. Jesús fundó una democracia religiosa, Pablo una aristocracia eclesiástica. De aquí se ve salir la consecuencia lógica de la esclavitud de la mujer. Jesús introduce la democracia matrimonial, es decir, la igualdad de los esposos. Pablo coloca la «autoridad», la desigualdad, el privilegio en el más fuerte, en el hombre.

Esta desigualdad matrimonial es uno de los puntos más atrasados en la elaboración que han sufrido las costumbres y las leyes. Pero el adulterio incesante, ese centinea que advierte a las leyes de su imperfección, es la protesta a la mala organización del matrimonio.

Pero la cuestión se agita, la democracia matrimonial penetra. La Francia está a la cabeza de esta revolución, Jorge Sand a la cabeza de la Francia (1). Ahí está esa sacerdotisa que se inmola, pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio.

El hijo irremediamente sometido al padre. Esclavitud del hijo... Este principio es de alta importancia en la lógica católica. El catolicismo es la imposición y tradición idéntica de la fe católica, por lo que necesita de la autoridad que la imponga en las generaciones, que venga del

(1) Error, nacido de la fe a la palabra de los escritores franceses, íé destruída por el conocimiento de los hechos.—N. del A.

mismo modo que ha sido recibida. En la familia, la autoridad es el padre, es el anciano, es la tradición, es lo viejo; luego el poder que tenga debe ser absoluto. Las leyes políticas, en la esfera de los intereses patrios y los civiles en las relaciones particulares, limitan este poder, lo que prueba la protesta del buen sentido de los pueblos contra el dogma absoluto religioso. Las costumbres bajo este aspecto, se puede decir que no van paralelas con las teorías filosóficas. Desde que reconocemos la autoridad de la razón individual en «cada» individuo, el despotismo es ilegítimo, el hijo es otra persona, su libertad es sagrada.

El individuo sometido al poder. Esclavitud del ciudadano. «Obedeced a las potestades», dice Pablo. Principio diplomático en su origen, para no atraerse la persecución de las autoridades paganas y convertido después en instrumento activo de sujeción. Principio fecundo desde el establecimiento de las autoridades católicas políticas; principio de consecuencia lógica. Desde que la autoridad y la fe forman la base del sistema católico. Así también se explica la unión que casi siempre ha habido entre el clero y las monarquías católicas. La monarquía es un gobierno de «tradición» divina o heroica, y de privilegio o autoridad; luego necesita del auxilio de la religión, es decir, del clero que le someta los individuos y evite el análisis, el pensamiento libre que es enemigo de la tradición. El clero, a su vez, necesita del auxilio de la autoridad terrestre para el fomento y sostén de sus intereses privados; para la persecución de la herejía. Cuan clara aparece ahora la lógica de la

revolución francesa. El pueblo, las individualidades libres, el análisis, el presente: sepulta a la monarquía, al clero y a la nobleza: sepulta a la síntesis católica, al pasado. En cuanto al progreso de las ideas y costumbres a este respecto, la distancia es inmensa y palpable. ¿No veis el apoyo arenoso de los tronos que aún osan ostentarse? ¿No veis que basta el soplido plebeyo para levantar esa arena y abrir un abismo eterno a las tradiciones de la desigualdad? Alabemos a Dios a este respecto.

El pensamiento encadenado al texto, la inteligencia amoldada a las creencias. Esclavitud del pensamiento. Aquí quisiéramos desahogar, pero está tan batido el enemigo en esta trinchera que sería inútil. La educación lógicamente estaba encomendada a los conventos. Así se explica también el imperio de Aristóteles en la Edad Media. Aristóteles era entonces la lógica, es decir, la deducción de los principios que se daban. La escritura de las doctrinas de los doctores y Concilios era lo intocable, lo que se prohibía analizar; luego solamente deduzcamos.

En fin, detengamos nuestro vuelo, abandonemos la mirada parcial, contemplemos el coloso que medimos. Hélo allí, el catolicismo, ese cuerpo gigante que aferró sus garras en la Europa, dejando un templo en cada huella; he aquí el genio misterioso de la montaña del simbolismo que lanzaba el rayo del anatema contra toda frente audaz que le encaraba; he allí el templo sombrío que inspiraba su terror al que pisaba sus umbrales; ved en fin el astro relumbrante que por tantos siglos

recorrió el espacio con la cabeza imperante del orgullo. Está en su ocaso, lo podéis mirar.

Hemos examinado los dos elementos que componían la Edad Media. La España, dijimos, es la Edad Media, y nosotros salimos de la Edad Media de España. Veamos el carácter peculiar que tomó en España para ver el que tomó entre nosotros.

La Edad Media se completó en España, es decir, tuvo todo su desarrollo. El aislamiento de la España a causa de las diferencias de raza, de tradición, de clima, el orgullo nacional exaltado por las tradiciones y diferencias de los otros pueblos; el exclusivismo que esto produce en cuanto a la importancia de lo extranjero, la fortificación de sus creencias católico-feudales por la oposición con la civilización africana; la unión de todas las clases para el sostenimiento de su individualidad, atacaba en tierra y espíritu; conquistadores y mahometanos: he aquí las causas del completo desarrollo y encarnación de las creencias españolas. Esas creencias eran las católico-feudales. Estas tuvieron fuerza por las causas que hemos dicho, la importancia, la fuerza, el absolutismo que caracterizan a la dominación católica de España.

La América fué de ella y le impuso su sello; he aquí nuestro pasado español en el suelo americano. Aquí llegamos a Chile.

La Edad Media era una verdadera sociedad, porque tenía una unidad de creencias. La idea domina a la forma. Las ideas de un pueblo ramifican, pues la idea es principal en todas las formas que origina la vida. Así vemos la unidad de la fe, de tradición,

de autoridad, dominar y formar el verdadero carácter de nuestra sociedad.

Empezaremos por la familia.

El matrimonio indisoluble.

El adulterio era espantoso. Los enlaces se verificaban por las relaciones de familia, exigiéndose la de igual clase. El estado de amantes, es decir, el estado de espontaneidad y libertad de corazón, era perseguido. La comunicación de los sexos fomenta las inclinaciones, descubre las cualidades y produce relaciones o circunstancias «nuevas», originales, que no pueden hallarse bajo la vista de la autoridad: luego deben prohibirse. La autoridad y la tradición se debilitan con las novedades; de aquí la aversión a lo nuevo, a la «moda», y el odio a lo que la promueve, por lo que se debe vivir retirado y solitario. Aislamiento misantrópico. La puerta de calle se cierra temprano y a la hora de comer. A la tarde se reza el rosario. La visita, la «comunicación» debe desecharse a no ser con personas muy conocidas; no hay sociabilidad, no se admite gente nueva ni extranjera. La pasión de la joven debe acallarse. La pasión exaltada es instrumento de revolución instintiva. Se la lleva al templo, se la viste de negro, se oculta el rostro por la calle, se le impide saludar, mirar a un lado. Se la tiene arrodillada, se debe mortificar la carne y lo que es más, el confesor examina su conciencia y la impone su autoridad inapelable. El coro de las ancianas se lleva entonando la letanía del peligro de la moda, del contacto, de la visita, del vestido, de las miradas y de las palabras. Se pondera la vida monástica, el

misticismo estúpido del padecimiento físico como agradable a la divinidad. Esta es la joven. El hombre, aunque más alívio para someterse a tanta esclavitud, tiene con todo que llevar su peso. ¡Ay del joven si se recoge tarde, si se le escuchan palabras amorosas; pobre de él si se le encuentra leyendo algún libro de los que se llaman prohibidos, en fin, si pasea, si baila, si enamora! ¡El látigo del padre o la condenación «eterna» son los anatemas! No hay raciocinio entre el padre y el hijo. Después de su trabajo diario, irá a rezar el rosario, a la «via sacra», a la escuela de Cristo o a oír contar los cuentos de brujos, de ánimas y purgatorios. Figuráos al joven de constitución robusta, de alimentos fuertes, de imaginación fogosa, con algunas impresiones y bajo el peso de esa montaña de preocupaciones. Figuráos el drama que sentiría agitarse en su interior; pero somos historiadores fríos...

He ahí la familia. La educación consiste en 6 años u 8 de latin (misericordia, Señor); unos 4 de filosofía escolástica y otros tantos de teología. Si pasan las 4 reglas de aritmética, es mucho, si saben lo que hay del otro lado de los Andes, si saben que andamos alrededor del sol, es mucho. Los frailes y clérigos son maestros y la bofetada, el insulto grosero o el azote son los medios correctivos. ¡Mirad la dignidad humana!...

Como hombres de la familia política llamada sociedad, son lo que son en la familia. La autoridad es la fuerza y la fuerza es la autoridad. (El rey viene de Dios («rex gratia Dei»), es su brazo, y el Papa la inteligencia divina en la tierra. Con

que, esclavos del gobernador; el gobernador del rey y el rey del Papa. El hombre no comprende nada más allá de este círculo. Dios lo quiso, «hágase su voluntad» es el tapa boca a la interrogación de la libertad. Luego no hay ciudadano ni pueblo. Hay esclavos y rebaño.

Este es el aspecto político-monárquico. Penetremos en la organización de la base de la sociedad civil, es decir, la propiedad y descubriremos el feudalismo chileno.

La falta de comunicación y de necesidades nuevas, la falta de capitales divididos, la falta de enseñanza y de necesidad artística, la falta de comercio por el sistema opresivo y exclusivo; el sistema coercitivo y «diezmador» del trabajo del pobre, impiden que se eleve una clase media que preludia la libertad, como la burguesía en la Europa.

El rico posee como el bárbaro de la conquista: la fuerza. El dueño de la tierra, el hacendado, posee o por la protección del monarca a su virtud monárquica, es decir, al más esclavo y al que despoja más, más recompensa, o por la ocupación primitiva de la conquista. La demás gente, es plebe, gente inmunda, vil, que debe servir, pues hubo dos Adanes (exaltación del orgullo). Separación eterna, amo y siervo, riqueza y pobreza, orgullo y humildad, nobleza y villanos. Sin industria intelectual, ni física, nadie podrá elevarse sino el rico, y como el rico es el hacendado, y el hacendado es aristócrata, sale por consecuencia que la clase poseedora está interesada en la organización monárquica feudal. El rico o

poseedor, para que haya lógica de privilegio y de casta, necesita ser noble, si no lo es, el monarca lo ennoblece, vendiendo por dinero, títulos de condes y marqueses, o regalándoles a sus favoritos súbditos. El pobre necesita comer y busca trabajo. El trabajo no puede venir sino del que tiene industria o capital. La industria o capital son las tierras: luego los hacendados son los dueños del trabajo, de aumentar o disminuir el salario. La riqueza o regalía puede pasar algún tiempo sin el trabajo del pobre. Pero el hambre no admite espera: luego el rico es dueño de fijar las condiciones del salario: he aquí el despotismo feudal. El pan intelectual, la predicación, hace resignar al desgraciado y autoriza el orden establecido. El «robo» queda definido por quitar a otro lo que «posco», sin considerar el despotismo del rico. En seguida, viene sobre el pobre el impuesto necesario para el sostenimiento del culto:

«El cura no sabe arar
ni sabe enyugar un buey,
pero por su propia ley
él cosecha sin sembrar.
El para salir a andar
poquito o nada se apura;
tiene su renta segura,
sentadito descansando.
Sin andarse molestando,
nadie gana más que el cura.»

He aquí la expresión plebeya, la literatura original, la expresión del despotismo. La esclavitud que hemos analizado era lógica. Sus principios

eran las instituciones divinas. La monarquía absoluta, la propiedad absoluta, la autorización absoluta del clero. El clero evitaba el «robo» y sancionaba la «posesión» desproporcionada, adquirida y conservada sin «trabajo». En todo vemos la unidad católica, sociedad de la Edad Media. Examinad cualquiera relación. Ved la humillación del plebeyo, su abyección, su falta de personalidad. El servicio doméstico, no es contrato. El criado o siervo, no puede defender su derecho, si lo defiende por la fuerza o por una vejación comete un atentado, una «rebelión». ¿Cómo podría perseguir a su amo ante la justicia? El juez no comprende semejante petición. El «testimonio» del pobre no vale, no es persona. Si se venga personalmente, el azote, la prisión, lo confunden. Si el amo le veja, se queda con su vejación, el pobre no tiene honor. La urbanidad, ese tratamiento humano, sin consideración a personas, no existe para el plebeyo. Se le quita la vereda en su tránsito, se le hace quitar el sombrero en la calle para hablar, y ¡su merced!, ¡mi amo!, son las voces con que solamente se le escucha. ¡Esclavitud, degradación, he aquí el plebeyo! ¡He aquí el pasado!

Ojalá que nuestras líneas (escritas con la indignación concentrada) se convirtieran en su epitafio eterno, y encerrasen para siempre la maldición eterna que lanza la dignidad humana, tanto tiempo degradada. Salgamos de ese pasado, de ese subterráneo, de ese infierno de dolores; salgamos al día, bañemos nuestro rostro en la luz del crepúsculo que se alza, y bendigamos a la divinidad, pues que vamos a hablar de la revolución.



I

Revolución

¿Quién vive?—La patria.
¿Qué gente?—Ciudadano.

¡Gloria a Dios!

Quien al hacer un bosquejo de la revolución, no intenta primero entonar un himno a la Divinidad; porque es verdad, Dios existe. Y es en estos momentos de exaltación por las glorias de la humanidad; en estos momentos volcánicos que nos arroban al reconocer la dignidad humana; en estos momentos en que sentimos la nulidad de nuestra expresión, de nuestra materia, de nuestro yo, para expresar y sobrellevar el torrente poético que nos inunda; en estos momentos en que intentaríamos el suicidio, porque no sabemos que nos iríamos a engolfar en el infinito que presagiábamos, es entonces cuando reconocemos viviente ese Creador de la humanidad tan grande, de un sér tan sublime, como el hombre de la libertad. Es entonces, cuando verdaderamente nos postramos

anté su verdadero altar, al postrarnos ante la más grande de sus creaciones: y es entonces cuando quisiéramos dar a la tierra el puntapié del desdén para elevarnos a la mansión del tiempo y del espacio.

Pero contengamos los arranques de nuestro corazón, dominemos el ruido de la victoria y examinemos el campo.

Nuestro pasado, como hemos dicho, ha salido de la Edad Media, de la España. Nuestra revolución, con pasado o porvenir, ha salido de la Edad «Nueva» de la Europa. La Edad Nueva estalló en Francia; luego eslabonamos nuestro pensamiento revolucionario al pensamiento francés de la revolución.

Esa sociedad organizada bajo el «credo» católico reinaba. Su vida era uniforme, su marcha sistemada. Sabía de donde salía, donde estaba, sabía donde iba. El Paraíso era su cuna, el pecado el origen de todos sus males, la esperanza o los cielos el fin seguro, la aspiración final, la coronación de la vida. Toda duda, todo problema, estaban satisfechos. Acudid al texto con la fe en los ojos y veréis la verdad. Si tenéis dolores el sacerdote os consuela. Todo el despotismo de familia, todo el despotismo político y religioso es nada. Este mundo es de miserias, la voluntad de Dios hágase en la tierra como en el cielo. El resultado era grande, pues todo el poder del individuo, sus pasiones, estaban glorificadas en sus sufrimientos. ¿Qué importa que haya alguna indignación secreta en el fondo de la conciencia? El mundo está tranquilo, ¿qué más queréis? ¿No véis cuán dulcemente lleva

la cruz de sus dolores? ¿No véis el rebaño que camina silencioso al corral que le tenemos? ¡Oli armonía grandiosa de la obediencia servil! Alabemos este estado de silencio y tranquilidad, ¿qué más queréis, espíritus del mal?

He allí, pues, en esa fe, el círculo de fuego que guarda el querubín con su espada aterradora, he allí los pilares de Hércules, del pensamiento: he allí el Rubicon del catolicismo, de la Edad Media.

¿Pero faltará un genio, un Colón, un César del pensamiento que lo rompa?

En medio de las tribulaciones solitarias, algunos espíritus abrigan en su seno toda la fuerza de la conciencia individual. Se elevan a la contemplación de las leyes de la naturaleza, columbran la armonía divina y entonces el contraste humano los revolucionaba. Concebían por la grandeza del amor que los animaba, el amor del Dios que los creó y se preguntaban: Dios o lo que es lo mismo, el amor infinito ¿preside este espectáculo de llanto? ¿Dios que nos ha dado la frente indómita de la libertad, poniendo en ella el sello de su noble altivez, se complace en que la pise el sacerdote de su culto o el mandatario de los hombres?

Dios que nos ha dado un cráneo donde cabe la inmensidad, autoriza después a los poseedores de su ley para que quepa tan sólo lo que ellos quieren? ¡Imposible! Gran Dios, tú no has autorizado semejantes cosas. ¡Tú no has dado al hombre las alas del genio, para colocar en la mano del hombre el acero que las corte! ¡Tú no has querido la adoración de esclavos, esto sería indigno, sino la de la pureza del que por sí te reco-

noce y te alaba! ¡Tú no le has impulsado con tu soplo para que el hombre le delenga a tu nombre!

No le has colocado en su seno el imán de tu amor, para que el hombre le aferre una cadena. ¡No te le ostentas radiante y claro en la naturaleza, para que se le lleve a adorarte a otra mansión limitada como el hombre! En fin, no colocas sobre su cabeza majestuosa sino el techo de los cielos... He ahí la duda que se ostenta, la revolución en germen, he allí el crepúsculo de la libertad: el pensamiento en busca de su objeto, es decir, de la naturaleza y Dios.

El pensamiento se desenvuelve, Abelardo, Lutero, Descartes, y últimamente Voltaire, Rousseau, etcétera, se transmiten a la arca santa, le tributan el culto de su vida en el templo de sus inteligencias, hasta que los profetas de la nueva ley vistieron el manto del tribuno, pusieron en sus labios la bocina de la prensa y el culto se hizo popular... La duda se encarna, el sistema de creencias viene al suelo, la dignidad humana se levanta. El individuo necesita examinar para creer.

Examinar es negar la fe, es someterse al imperio de su razón individual. Someterse a su razón es fiarse a sí mismo, tener confianza en sus fuerzas, es la exaltación del «yo humano», voluntario e inteligente, subjetivo y objetivo, es decir, individual y social, particular y general, humano y divino, poseyendo en la constitución de su esencia psicológica la base de la armonía universal. Relevado el sistema individual, el individuo se desprende del sistema antiguo, del fundamento de la creencia y síntesis antigua, pero no se aisló en

un egoísmo misantrópico, sino que procura apoyar el vínculo social en otra base y bajo otro sistema de relaciones que admitiese los hechos que la síntesis católica apartaba. El espíritu nuevo, salió del tiempo antiguo por elevar otro más grande, más elevado, digno del sér Dios y del sér hombre que se habían engrandecido al reconocer la libertad absoluta del pensamiento como único medio de comunicarse legítimamente con él. Las bases del edificio todavía se discuten, todos los pensadores corren a colocar su piedra. Como la síntesis antigua, es decir, el conjunto unitario de creencias sobre el hombre, su origen, su esencia, su fin, sus relaciones y deberes, era el atacado en sus principios de fe y de tradición; es claro que todas las ramificaciones del sistema participanse del estremecimiento que se daba a su fundamento. Así vemos que en la elaboración filosófica, los trabajos se dividen. Unos atacan una relación, un deber, un principio; otros la base de fe; otros la conformidad de las tradiciones hebraicas con las luces de la ciencia geológica. Por eso vemos que la elaboración es inmensa, que los trabajos son enciclopédicos y que todos tienen de común el querer dar una base científica a las creencias humanas. ¡Espectáculo grandioso! ¡trabajo giganteo! ¡Babel del genio! ¡Siglo XVIII! batalla humanitaria que reúne el ruido del ariete que derriba y el crugido horrible de los que sepulta. Habéis colocado sobre la libertad el peso gótico de tantos siglos, mas no veis a la infeliz que con el velo negro en la frente presta oído atento a una voz desconocida que le dice «Sonó la hora del misterio. Sonó

»la hora del símbolo mentiroso. El hombre ha seguido el curso del río y ha visto su origen; se ha elevado a la cumbre de la montaña y ha dejado la nube bajo sus plantas.»

Rayo eléctrico, centella divina, la libertad agita su cabeza: golpea la tierra, el universo tiembla, el siglo XVIII se levanta.. ¡Mortales! ¡hincad la rodilla, recibid el bautismo de la nueva ley!.. Pero la obra no se concluye. Los pobres se exaltan; poder político, religioso, poder feudal, poder positivo, en una palabra, se reúnen para sofocar la innovación y clavar de nuevo en una cruz a la palabra nueva. Las cárceles se llenan, la aristocracia desespera y despotiza, la inquisición aterradora, la delación se entabla, la malicia jesuítica carcome. ¿Y el enemigo donde está? ¿Cuál es el arma tan terrible que se quiere embotar?... Mirad a ese hombre del pueblo que camina taciturno; observad las tempestades que revela su frente; mirad la fiereza que lanza su mirada. Ese es el enemigo, ese lleva el arma destructora que se llama «el principio de la sabiduría es saber dudar». He ahí el ariete que posee; haccos a un lado, dejadlo pasar, vosotros hombres del manto negro, vosotros nobles que lleváis la pompa. ¡Ah! le injuriáis, le escupís el rostro, le llamáis filósofo, hereje, artesano plebeyo. Bien, él recibe la afrenta, pero os señala un sepulcro. Entonces no lo visteis, pero a la hora señalada lo tocásteis.

El temblor sacudió a la civilización en sus raíces y todas sus ramificaciones también se sacudieron. Nosotros, enlazados, como hemos dicho, al pasado de la Europa, sentimos también ese esta-

llido. Algunos americanos pasaban a estudiar y a viajar por la Europa, alguna comunicación se había entablado por la conmoción de la España invadida por la revolución; algunos libros escondidos penetraban; el espectáculo de la renovación francesa era esplendoroso para no alcanzar algún tanto de su luz. La revolución germinaba entre nosotros y estalló a la señal de la prudencia. Lo demás lo sabemos, vamos a los resultados.

II

Chile

¡Extiende tu manto, bandera de mi patria! ¡Flamea en nuestras montañas, soplo del aire del océano, reflejando los rayos del sol cuando se ostenta en la pureza del azul de Chile! Extiende tu manto, que es el libro de nuestra patria. Deja que tus hijos te lean y revelen lo que puedan de los grandes misterios que tú encierras.

¡Gloria a ti, tricolor!

Nuestra revolución es la mudanza violenta de la organización y síntesis pasada para reemplazarla con la síntesis vaga, pero verdadera que elabora la filosofía moderna. Nuestra revolución no fué aisladamente política, aisladamente industrial, aislada del progreso de la humanidad, sino

que fué a "sedibus imis", de raíz, de la unidad que había, con sus ramificaciones. Nuestra revolución, es, en fin, la destrucción de la síntesis pasada y el entronizamiento de la síntesis moderna. No fué un hecho parcial, analítico tan sólo, sino completo y sintético, aunque percibiendo vagamente la realización de los problemas futuros. Pero la obra de la planteación del nuevo sistema de creencias; el pan espiritual que era necesario dar a los pueblos después de la destrucción del antiguo, no se ha podido elaborar de un modo satisfactorio. La razón es esta.

Las soluciones necesarias para que una sociedad sepa lo que es, de donde viene, a donde irá, estaban satisfechas por la fé. La fé destruida, es preciso satisfacer esas cuestiones científicamente, es decir, racionalmente. La ciencia a este respecto que se había ocupado tan sólo de la crítica del pasado, no pudo, no tuvo lugar de ocuparse de semejante modo. Poner en duda la creencia pasada es solamente una obra inmensa. Dejemos, pues, a la actividad científica, a la enciclopedización de los conocimientos humanos, que preparen la venida del Mesías futuro, es decir, del sistema futuro, de la síntesis futura, del génesis futuro, del testamento futuro, y últimamente del apocalipsis futuro. Ahora, nuestros revolucionarios, armados tan sólo de la filosofía crítica, se encontraron con un peso entre las manos que no supieron donde apoyarlo. La impotencia humana en semejantes casos vuelve la vista al pasado y afirma el peso sagrado en los restos de la columna misma que se había derribado. Error terrible.

Esto es lo que se llama reacción, es decir, contra-revolución. Esto es lo que sucedió entre nosotros. Detengámonos un poco.

Nuestra revolución fué reflexiva en sus promotores y espontánea en el pueblo. La revolución reflexiva fué la escéptica en creencias nuevas, pero como era número reducido y «educado» de individuos, podía pasarse sin las nuevas creencias. La única certidumbre que tenían era la de la libertad que habían conquistado y el conocimiento de la falsedad de las creencias pasadas. Tenían, se puede decir, la unidad del escepticismo, por lo cual todas las creencias ramificadas con la unidad destruída, se hallaban del mismo modo anuladas. Pero el pueblo, que había abrazado la causa nueva con toda la pureza de la inspiración, con todo el calor del entusiasmo verdadero; el pueblo que sólo había sentido la exaltación política, la conquista del derecho de ciudad; el pueblo, no vió en la libertad política sino un hecho solitario separado de las demás cuestiones que la reflexión había derribado y el pueblo quedó antiguo.

Los hombres que encabezaban la revolución reflexiva, hallándose ellos mismos impotentes para organizar las creencias lógicamente relacionadas con la libertad política, reaccionaron en religión y política para el pueblo. Así vemos en muchos pueblos el despotismo constitucional, y el fomento de la predicación. Así fueron casi todos los gobiernos americanos al principio; así cayeron esas capacidades militares por la impotencia de organizar lógicamente la sociedad. Así cayeron Bolívar en Colombia y O'Higgins en Chile. Reaccio-

naron en la organización cuando el calor de la guerra republicana aun se sentía. Por el contrario, también cayeron esos gobiernos que después de apaciguados los ánimos del sacudón revolucionario, quisieron reformar en hechos separados, no en la unidad lógica de la revolución. ¿Cuál fué el punto culminante de la revolución del siglo XVIII y de la revolución americana? La libertad del hombre, la igualdad del ciudadano. El individuo reivindicado en todos sus derechos y en todas las aplicaciones de estos derechos. Se reconoció en el hombre la igualdad de su origen, de su derecho y de su fin. Luego las condiciones necesarias para cumplirlas les son debidas lógicamente. El individuo, como hombre, en general pide la libertad del pensamiento, de donde nace la libertad de cultos. El individuo, como «espíritu libre», expuesto al bien y al mal, necesita «educación» para reconocer el bien. El individuo, el «yo humano», cuerpo y alma necesita «propiedad», para cumplir su fin en la tierra. La propiedad la necesita para desarrollar su vida intelectual, su vida física y la de sus hijos. Luego las condiciones necesarias para adquirirlas y para adquirirlas de un modo completo, le son debidas. De aquí nace la destrucción del privilegio, de la propiedad feudal y la elevación del salario a medida que se alza la dignidad humana.

Estos son, pues, los puntos culminantes de la revolución. Si los gobiernos hubieran comprendido que el desarrollo de la igualdad era el testamento sagrado de la revolución, que la igualdad es la fatalidad histórica en su desarrollo, no hubieran

sucumbido. Afirmándose en la tierra y elevando la frente gloriosa de los héroes, el pueblo los hubiera sostenido así mismo. Y entonces con la autoridad legítima, de la gloria con que arroban, de la justicia con que legislan, hubieran podido cimentar por medio de la educación general la renovación completa del pueblo que había quedado antiguo en sus creencias. Si no había un sistema completo que darle, había que darle la exaltación de la indomable voluntad y el conocimiento de todos los demás individuos como otras tantas voluntades indomables: es decir, darle a conocer la igualdad de la libertad.

Y he aquí el punto inerrable de partida, la piedra de toque para todos los sistemas humanos, la noción de la existencia social, tan cierta como la de que los cuerpos están en el espacio.

«La igualdad de la libertad».

He aquí el Paraíso de donde hemos sido despojados; he ahí el infinito de la grandeza humana; he ahí el reino de Dios acá en la tierra.

La igualdad de la libertad, es la religión universal; es el gobierno de la humanidad; es la unidad futura.

(1) La libertad es infinita, es el complemento y la cúspide de la creación humana; luego la igualdad, que no tiene otro límite que la misma liber-

(1) *La libertad es infinita.* Esta proposición no es verdadera, sino como concepción de la idea libertad, que se identifica con la ley. La libertad como ley—la ley como encarnación de la potencia libre: autonomía, auto-cracia y nomocracia de un ser libre.—N. del A.

tad, es el enlace, la formación de la comprensibilidad de la felicidad del bien absoluto.

De aquí sacaremos nosotros la teoría que deben tener las sociedades y gobiernos.

¿Qué son esos hombres de los gobiernos que hemos tenido y que tenemos, que se precian de poseer el secreto de la felicidad, conservando las tradiciones antiguas, respetando la organización de la propiedad, que evita el noble desarrollo de los hombres, fomentando las creencias destruidas por la revolución y rigiendo al país por las leyes inferiores a las luces, a las circunstancias del pueblo que se manda?

Diremos que nuestros gobernantes son cabezas organizadas para la sociedad cuando admiten tradiciones y reformas, bienes y males.

Examinemos rápidamente la lógica de nuestros hombres en el espíritu y cuerpo de Chile, en el «yo chileno».

Nosotros hablamos desde la altura de nuestro criterio revolucionario.

O salimos de la revolución o no.

Si salimos de ella, nuestro deber es completarla, sino, nuestro deber es definir lo que somos y cuál es nuestra tradición como nación. O los gobiernos han salido de las entrañas de la revolución y entonces es legítima su existencia, o no, y entonces son desconocidos como autoridades del pueblo revolucionario. Esta es la base con la cual podemos calificar a los gobiernos en la clasificación de la vida nueva de Chile. Hemos tenido dos revoluciones civiles.

Hemos, por consiguiente, tenido dos clases de

gobierno. Gobierno de tradición republicana, es decir, revolucionario, y gobierno de tradición del orden antiguo. O'Higgins, que fué el primero que se encontró ante la marcha futura, fué también el primero que tuvo que tomar una decisión pronta en su marcha. Se encontró, cual se han encontrado tantos genios en semejantes circunstancias. Han sobrepujado los obstáculos, han triunfado, han sido los héroes de la destrucción y la guerra, viene la paz, y la paz necesita organización, porque es el resultado de la armonía de los elementos sociales o del triunfo completo de un principio, y de la organización vencedora de un sistema completo de creencias. O'Higgins quiso organizar los elementos sociales: es decir, las tradiciones chilenas con las ideas nuevas, y el poder que los llevase a efecto. Pero en semejante obra vió asomar las resistencias y entonces tan sólo quiso organizar el poder y fué déspota. El pueblo revolucionado en política protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como hombre de tradición republicana. O'Higgins no concibió el triunfo completo del principio revolucionario, es decir, social, religioso y político. Vió tan sólo el poder político, la fuerza que el mismo Chile había levantado. Este poder lo volvió contra su mismo seno, pero el seno lo arrojó de sí. O'Higgins, bajo el último aspecto de la organización de un pueblo nuevo, como hombre, era impotente para presentar una síntesis completa. Bajo este aspecto dudaba. Dudar en semejante posición es bambolear, bambolear es caer. Su deber era afirmar la lógica de la soberanía popular de donde había

salido; de este modo hubiera cimentado los resultados indisputables de la revolución y en cuanto al aspecto religioso, adquirido una posición respetable, atrincherado en la igualdad de todos y en la libertad del pensamiento. Pero no, dejar campo a que la tradición se afirme, y dar un golpe democrático apoyado en la exaltación plebeya. Las tradiciones republicanas y liberales apoyadas en un jefe que reunía la gloria de las armas, fueron entonces las que lo derrocaron. Este es Freire, que fué un continuador de la revolución. Pero después de haber vencido y encontrándose también el tiempo de dudar. Freire es un hijo legítimo de la revolución, la comprende y quiere continuar sus resultados.

Querer continuar los resultados de la revolución es querer hacer otra revolución, es decir, la renovación de la unidad de creencias pasadas que no han sido desechadas de la inteligencia popular. Ahora esta obra necesita la conciencia de los nuevos principios y la voluntad revolucionaria que no apea. El calor revolucionario pasaba y las clases antiguas, que son conocidas entre nosotros con el nombre de «pelucones», fomentaban las preocupaciones populares. Ahora también le toca a este nuevo gobierno la época de duda, es decir, de abdicación. Después los gobiernos que ha habido entre nosotros como verdaderos representantes de la tradición española, son los de Pinto y Prieto. Estos gobiernos son también conocidos.

«Gobierno de Pluto».

Revolucionario. La educación que es el modo

de revolucionar y completar las revoluciones, recibe en esta época todo el desarrollo posible. En esta época fué cuando vino a Chile este número de extranjeros que nos ha producido tantos bienes (1).

Todos los ramos de los conocimientos humanos son comprendidos en la vasta esfera de la enseñanza. La filosofía que nos había dado libertades, es introducida entre nosotros, libre como su esencia. El derecho político y civil, estas dos ciencias indispensables para la armonía social e individual, fué entonces cuando se supo lo que eran entre nosotros. El escolasticismo y el código español con todos sus secuaces, temblaron al análisis que los devoraba.

El número de escuelas se aumentaba, las instituciones benéficas cundían. La industria y el comercio, recibiendo el aliento de la economía política, prosperaron en tan poco tiempo que Chile entonces con relación a su tiempo fué cuando estuvo más rico como nación y como sociedad. No había instituciones de «privilegio» en el código constitucional. Todos podían aplicar sus facultades a la industria que la naturaleza les daba: «no había estanco». No había mayorazgos, ni vinculación que impidiese el libre desarrollo de los fundos. La introducción de libros era libre. No había censura ni censores. La política conservaba una posición alléfica ante las formas de las creencias

(1) Citaremos algunos que merecen la perpétua gratitud de los chilenos: Mora, Bello en primera línea. Bello es la joya más preciosa de la ciencia de Chile. Porter, Lozier, Beauchemin.—N. del A.

religiosas. Algunas de las propiedades que «poseían» las comunidades de frailes, fueron devueltas a sus dueños primitivos, a la nación. El espíritu público y de ciudadanía fué entonces cuando se conocía entre nosotros. Las Cámaras elegidas por el espíritu público produjeron los mejores oradores de la tribuna chilena. Se ve, pues, que todos los actos de esta administración eran lógicos con la revolución de la independencia, excepto el artículo de la Constitución que prescribía el exclusivismo del culto católico. La constitución calificada con la ciencia política de entonces era la más completa, la más perfecta que se podía apetecer. Allí estaban todos los resultados de la revolución; la igualdad, la libertad, la propiedad y la seguridad de todos los derechos, de donde salió aquella ley tan gloriosa, tan lógica «no hay esclavos». Allí estaban todas las formas que el republicanismo moderno había elaborado. Temporalidad sumamente responsable del Poder Ejecutivo y división de las Cámaras.

En fin, se puede decir que era la expresión del siglo, el cuadro ideal al que era necesario conformar la sociedad.

Mas quitémos la corona de flores, ciñamos el crespón a nuestra frente; arranquemos la alegría de nuestro corazón, que vamos a pasar a la mansión del silencio tenebroso.

Había paz, había prosperidad, había libertad, pero todos aquellos hombres a quienes favorecía el privilegio destruído, todos aquellos hombres de la educación antigua, todos aquellos hombres que caen en la unidad después que ha caído el

orden que los engrandecía; todos los ignorantes, el elemento indígena español que no puede resistir en su orgullo a la innovación de creencias, de formas de gobierno, de costumbres liberales en la esfera pública y privada, mordían el freno en el silencio de su rabia. La educación invadía a las creencias españolas. La autoridad favorecía la invasión. Luego destruyamos esa autoridad.

El gobierno destruía los privilegios comerciales e industriales. Luego nosotros, privilegiados, destruimos ese gobierno.

El poder político examinaba y tocaba la «posesión» de los sostenedores del orden antiguo. Luego vosotros, frailes, clérigos y privilegiados, destruimos ese poder político.

El gobierno es hereje, quiere renovar las creencias antiguas de la plebe; quiere ilustrar. Luego exaltemos a la plebe católica antigua, contra la ilustración y la herejía.

Reconozcamos los elementos de la reacción que se prepara.

La ilustración nueva es la elevación de la conciencia individual, es la libertad.

La destrucción del privilegio es igualdad y eleva la libertad de todos a la propiedad; en la libertad. Quitar el apoyo «terreno» a los sostenedores del orden antiguo, es destruir su autoridad. Destruir la autoridad, de los sostenedores de la fé, es elevar la libertad.

Renovar las creencias de la plebe, substituir la educación filosófica, es darles su conciencia individual, es formar la revolución. Afirmar la revolución es entronizar la libertad.

He ahí los elementos nuevos. Ahora, ¡orden antiguo! ¡creencias absolutas, despotismo de la Edad Media! ¡España de la conquista, aristocracia del hombre, regocijáos!

Esa piedra sepulcral que se os echaba va a caer. Recoged sus despojos y herid con ellos. ¡Váis a resucitar sombríos, e infernales como las mansiones a donde os había arrojado la verdad!

III

Resurrección del pasado

La influencia del caballo en el carácter de la vida de los pueblos es notable. La influencia de la ocupación para que es necesario, también tiene la mayor influencia en el carácter de los habitantes. El cuidado de ganados separados y dispersos entre montañas y llanuras, necesita del jinete activo que los cuida. El ejercicio de la caza en la cordillera de los Andes, la agricultura misma, necesita del jinete que recorra y que trille los granos que se siembran. Jinetes pastores, jinetes de caza y jinetes de aventura, son las principales clases de hombres que hacen entre nosotros su vida en el caballo.

El huaso, que resume las cualidades que notamos, tiene por cierto, su carácter más peculiar,

más original y más salvaje en los lugares que favorezcan por sus pastos y guaridas las crianzas de ganado. En Chile, el sur es más extenso, más regado, de mejores tierras para el pasto, y de mejor clima para el hombre y el animal, es frío y excita la actividad; montañoso y acostumbra a la constancia, a la «separación» y últimamente al desarrollo físico del pecho.

Estas influencias de la localidad, producen resultados morales. El huaso corriendo por la sierra de los montes, respira la independencia en su carrera.

El huaso, sepultado entre los montes, se encuentra separado de la comunicación moral; es solitario, selvático. El aislamiento enorgullece. Siempre ve y ha visto lo mismo. No sabe sino lo que sus padres le enseñaron y esto es para él, el punto lineal de su trabajo intelectual. Lo demás lo rechaza. El ¿saber menos? su orgullo no lo permite.

De aquí se ve salir el espíritu tradicional de los hombres del caballo que pasan su vida vagando o dando vueltas alrededor de su círculo. Las creencias de nuestros huasos son católicas y españolas. Estas creencias de suyo tradicionales y tenaces, encarnadas en hombres cuyo espíritu es conservar y que no pueden, por la vida que llevan, presenciar espectáculos distintos, deben tener un completo desarrollo, de aislamiento, de barbarie y de conservación. El Sur de Chile, la vecindad del elemento indígena, es el que posee las localidades más aparentes para conservar en la gente del caballo las tradiciones y creencias antiguas. Luego

la reacción anti-revolucionaria, anti-liberal, debe salir de allí, o tener esa gente los sostenedores más decididos.

Esta es la teoría, veamos los hechos.

¿Os acordáis de aquellos días en que Santiago tenía cerradas las puertas de sus casas y en que el temor revestía los rostros de sus habitantes?

¿Esos días en que se escuchaba el cañón en las puertas de la capital?

Sí; los acontecimientos son nuevos, las imágenes están todavía palpitanes para que las hayamos olvidado.

Pues bien, ¿no visteis en esos días de silencio pavoroso a una multitud de hombres que pasaban a escape por las calles?

¿Qué llevaban la cabeza atada, la bota del campo y el poncho del huaso?

¿Que blandían el hacha en una mano y en la otra el puñal y las riendas?

¿Que llevaban el vandalaje en los ojos y la espuma de la rabia en la boca?

¿Que arrastraban alfombras, muebles despedazados y vestidos de habitantes?

¿Que pasaban en grupo, gritando y formando un estrépito de demonios?

Esos hombres son los que han bajado de las montañas y llanos del Sur a la voz de los que exaltaron su fanatismo y les prometieron saqueo. ¡Hélos allí! ved en acción el espíritu selvático, el espíritu rencoroso del ignorante y salvaje a lo que es nuevo y civilizado. Con todo, sigamos el aparato exterior del enemigo, veamos el ejército

y el campo donde la «partida del Alba» va a recibir sus órdenes (1).

El ejército de la ciudad era llamado ejército francés. Su fuerza principal era la infantería. Sus jefes, las reputaciones ilustradas de la revolución. El ejército enemigo poseía la caballería del Sur. Sus cargas eran brillantes y salvajes. El sable del jinete recibía el balazo de los cuadros, pero era rechazado. La táctica de la infantería sobrepujaba sus esfuerzos, la caballería fué dispersa. La victoria fué entonada por el ejército de la causa liberal. Ochagavía fué el hecho glorioso de las armas de la revolución contra la hidra fanática y retrógrada. El silencio de la derrota vagaba por su campo; pero el silencio activo del que medita; el silencio del que anima; el silencio del que callado va a clavar el puñal en la espalda del enemigo victorioso. Observad ese campo enemigo, ved el grupo de los ricos y privilegiados por el establecimiento del estanco; ved esos abogados del código español interesados en la existencia del edificio pasado; ved los clérigos, que en las tinieblas de la noche se reúnen para proteger esa causa; ved esos hombres, ved las selvas del sur que aspiran por la destrucción de la ciudad o por su dominio conquistador; ved, en fin, esa multitud de viejos y de españoles que inundan ese campo, y entonces decid ¿si no veis la rehabilitación del fanatismo religioso, del privilegio comercial,

(1) Partida del Alba. Una montonera célebre al servicio de los pelucones que por la hora de sus asaltos se denominó así.—N. del A.

de las costumbres supersticiosas y del fomento de las comunidades fraileschas?

Decid.

Ved el otro campo, ved esos hombres gloriosos, ved la cultura de la civilización, ved los hombres de la ciudad, los descendientes legítimos del año 10; los ilustrados, los herejes si queréis; ved el fusil empuñado por el hombre de la industria y entonces comparad. Ahí están los cuadros a la vista, elegid; sentenciad, según la lógica de la revolución y asignad la victoria. En efecto, la victoria fué de la justicia. Pero la victoria fué entre chilenos y la nobleza del alma del vencedor se apoyó en la fe del enemigo. El desprendimiento, la confianza, virtudes de la nobleza del alma, fueron burladas por el misterio, por la mentira, por el engaño, por la traición. Lo demás lo sabemos. Prieto ha recibido la sentencia de la historia. Lastra la absolución de la inocencia (1).

El enemigo está debajo. El vencedor le pone la planta en el cuello. El miserable pide perdón; el vencedor le da la mano, lo levanta, pero el vencido, ya de pie, saca el puñal que ocultaba y lo entierra en el corazón que lo había perdonado.

Lircaí, sabemos tu fin. Conocemos la sangre allí vertida; sabemos tus pormenores bárbaros. ¡No

(1) El general Lastra, jefe del ejército vencedor, recibe como vencido al general enemigo. Cesa el fuego, se suspende la persecución, y el general Prieto invita a Lastra para descansar y tratar en una casa. Se acepta el convite, y en esa casa es hecho prisionero el general vencedor.—N. del A.

equivocamos las sombras de Tupper, de Varela, de Bell y tantos otros!

No recordaremos al héroe vencido que ha tenido que recorrer el grande océano, arrojado de su patria: Freire.

Examinemos la institución del orden vencedor. Daremos tan sólo los resultados e instituciones culminantes.

La reacción es apoyada en la unidad antigua de creencias. Esa unidad era el catolicismo. Luego foméntense todas las preocupaciones análogas, satisfáganse todas las preocupaciones inherentes. De aquí nace la devolución de todas las «posesiones» a las comunidades. El establecimiento del culto en un grado elevado y pomposo. Hay ministro de culto, se entablan procesiones y fiestas; se decreta mayor suma del erario para semejante fin.

La educación libre es revolucionaria. La educación libre es la corriente del pensamiento que se precipita fatalmente al curso señalado por la gravitación, en la educación está la lógica de la libertad. Luego sofrenemos esa lógica y démosle otra dirección al torrente. De aquí nace la institución del Seminario, la censura de libros, la limitación de los estudios y su esfera circunscripta.

De aquí nace la promulgación de misiones frailesas, la promulgación de los libros del fauuisimo. La venta de novenas y de libros místicos es grande.

Se hace caer sobre el orden derrocado el epíteto de ilustrado y de hereje.

La industria y el comercio deben ser coercitivos,

es decir, deben exaltar el nacionalismo contra la perfección europea.

La generalización y la facilidad de los medios de adquirir excitan la actividad individual. La elevación del individuo es contraria a la organización unitaria del despotismo. El establecimiento de una clase a quien favorece el monopolio es el medio más activo de conservar un sistema de organización. Luego establézcase el Estanco y el sistema prohibitivo de comercio.

La fuerza en la unidad central es el medio de llevar el sello del orden antiguo a las individualidades provinciales. La libertad provincial, tira a romper los vínculos despóticos y a elevar los individuos por medio del espíritu público. Luego la administración provincial debe ser enteramente dependiente del centro. El intendente debe ser nombrado por el gobierno y removido por él.

La legislación española se desarrolla. Su barbarismo se deduce para los boletines legales. El pueblo está contento y satisfecho con la restauración de las preocupaciones. Luego mantengámoslo en ellos y obremos sobre él como queramos. El terror penal es excelente para la sumisión. Las penas no son leccionarias, correctivas; esto necesitaría organización moral y filosófica.

Luego apliquemos el azote, la degradación individual, la pena pecuniaria por la injuria y atraigamos la maldición de Dios sobre los carros (1).

(1) Los *Carros* eran prisiones para los detenidos de la justicia, a quienes se condenaba a trabajos públicos.—N. del A.

La organización despótica que se ha elevado sobre el republicanismó vencido, necesita apagar las resistencias que se exaltan. De aquí nace la necesidad de facultades extraordinarias, y el presupuesto miserable de gastos secretos.

El resultado fué grande. La ilustración fué despreciada. Era mal mirado ante el público y en los salones el que no se sometía escrupulosamente a las antiguas formas de creencias pasadas. Los conventos se pueblan, el Seminario se llena, el espíritu público se asusta. Se violan las libertades individuales, el despotismo fomenta las delaciones y las costumbres se envilecen. Desaparece la confianza mística, las tertulias son ojeadas, el temor se extiende, el aislamiento del egoísmo se prepara. Se teme dar su opinión en público, el espíritu se concentra y estallan las conjuraciones una tras otra. El despotismo levanta peligros, sorprende a los individuos, los encarcela, los destierra y aun los asesina (1). Las facultades extraordinarias pasan su mano omnipotente sobre la cabeza de los ciudadanos, y el ciudadano se aterra, se esconde, denuncia y engaña, o siente su peso tremendo.

Pero el vulgo ve comulgar y confesar al Presidente. Esto basta, esto es una garantía contra la heregía. ¿Lo demás qué importa? hágase la voluntad suprema, scamos dóciles al yugo. Tenemos

(1) Me refiero al jurado de *El Diablo Político*. El jurado declaró inocente al escritor, y por consiguiente asesino al gobierno.—N. del A.

fuegos en el 18 (2) y paseo a la Pampilla; tenemos procesiones, rogativas y misiones; ¿qué más queremos? ¡bendito sea el gobierno que tenemos!

He ahí un cuadro débil, rápido e incompleto de ese decenio decantado y que llamamos resurrección del pasado.

Caugamos sobre el presente y sobre la administración actual.

¿El gobierno actual es continuador de la resurrección del pasado y por consiguiente retrógrado, o es continuador de la revolución?

He ahí la cuestión.

Examinemos un poco sus antecedentes.

Los mismos desaciertos de la administración pasada, ocasionaban una separación entre sus miembros. El partido liberal se aumentaba fatalmente. La base del edificio se minaba. Del mismo seno del partido gobernante sale otra secta o partido que tiende a una marcha distinta entre el pasado y el porvenir, entre pelucones y liberales. Este partido débil en el carácter mediador, en sus principios se llamó «filopólita». Hubo deserción del partido, tal es la fuerza de las cosas.

Las elecciones se acercan, el partido liberal toma una actitud importante. Se asocia y se muestra decidido. Su número es grande, la juventud lo sigue, los recursos se disponen. El pasado encarnado en Prieto y Tocornal, cuenta con todo el poder de las cofradías y de los conventos, y de

(2) 18 de Septiembre de 1810. Aniversario de la revolución de Chile. Día festejado por todas las clases y por la autoridad.—N. del A.

los numerosos restos españoles que nos quedan. Pero el pasado no se muestra entero por Tocornal. El partido mediador que se había separado y la influencia militar proponen a Búlnes. El partido liberal, inocente como siempre, no teme en presentar a su antiguo mandatario, a Pinto, el hereje, y que cargaba con la maldición entera del pasado.

Llegan las elecciones, los partidos trabajan. Búlnes salió de la reacción del pasado; luego toma al vulgo en su favor. Búlnes reunía las cualidades que halagan a la plebe y al soldado; es valiente y huaso. Tenía entonces en la frente la corona de Yungai. Sus partidarios, es decir, los hombres ricos por el privilegio antiguo, necesitan una administración que les perpetúe y conserve su ganancia. Búlnes vino con las hordas del Sur, con Prieto, con la reacción. Luego Búlnes nos conviene. Desembolsan dinero, las elecciones se ganan, Búlnes es presidente y se entabla la administración actual. Sale por consecuencia de los antecedentes que hemos expuesto que la administración actual es continuadora de la pasada, aunque vistiéndose un poco a la moda. Examinemos sus hechos actuales y su marcha y entonces lo calificaremos según los principios tradicionales de la revolución.

Las formas de la administración pasada han sido respetadas. Ninguna ley que marque de un modo deslindante la transición de un gobierno retrógrado a un gobierno progresivo. Sobre las creencias retrógradas se ha elevado la administración actual, y el carácter progresista que se pre-

cia haber tomado no lo vemos. La inmortalidad de un gobierno en la historia de su pueblo, consiste en comprender la idea culminante que el siglo le presenta para su realización y realizarla. Entre nosotros la idea culminante como herederos de la revolución es completarla. Completar la revolución es apoyar la democracia en el espíritu y la tierra en la educación y la propiedad.

Esta obra es la destrucción de la síntesis autoritaria del pasado y la substitución de los principios que la filosofía reconoce con el sello de la inmortalidad. Esta obra importa una revolución. Su éxito sería probable, pero su resultado en la historia de la actividad humana es infalible. Esta obra de renovación social debe salir siempre de la «representación» filosófica legislativa de la nación, es decir, del legislador.

Nosotros carecemos de representación capaz de reorganizar un batallón de propaganda. Luego el Poder Ejecutivo que en los pueblos nuevos ejerce un poder tan importante, debe ser el encabezador de la revolución. Ahora sí el jefe del Poder Ejecutivo reúne la popularidad de tradiciones y de glorias, nadie mejor que él sería capaz de encabezar felizmente la revolución sintética en las masas. Y he aquí la posición brillante de la administración actual, la oportunidad que la historia le señala con la amenaza de perder la ocasión y de confundirlo entre la multitud de los ignorantes e incapaces de inmortalidad. Tendréis paz, mantendréis el orden, compondréis un camino, pasearéis por el campo, se os saludará en el 18, pero el olvido o el anatema de la historia

os prepara el epitafio de la impotencia. He aquí la posición única del presidente Búlnes. Si no la comprende, compasión al que tiene en su mano la antorcha de la verdad y la apaga por no poder sostener su brillo.

Pero concluyamos de desenvolver el carácter tradicional que la administración presenta.

El código constitucional que organizó la República de ese modo unitario tan despótico es el que nos rige. Esto impide que surjan las individualidades provinciales y que la vida recorra el territorio chileno.

Existe todavía el código que organiza legalmente al despotismo, destruyendo todas las garantías que conquistó el republicanismo, cuales son las formas necesarias para la seguridad de los derechos individuales.

Existe en el gobierno el mismo respeto por las formas de la síntesis pasada. Se hace venir frailes de Europa, y este solo hecho basta para caracterizar la ignorancia de una administración en el tiempo en que vivimos. La organización eclesiástica ejerce un poder influyente y separado de la influencia política. El sistema católico reina en toda su existencia. El cura diezma todavía, el cura comercia con los matrimonios y bautismos. El Erario gasta a manos llenas en el culto, crea obispos, arzobispos. El poder eclesiástico tiene una posición importante y el gobierno lo tolera; el gobierno es hipócrita. En la esfera del comercio y de la industria existen todavía los restos de la síntesis prohibitiva y privilegiadora. El Estanco existe, la moneda se quita de la circulación para

formar un banco. Quitar de la circulación la moneda es empañar los caminos. Guardarlo para juntarlo, es perder el empleo de los capitales, es perder.

El régimen interior de los intendentes es tan conocido que no nos detendremos en su exámen.

La educación está dividida en dos clases. La una poco adelantada y retrógrada la otra. Júzguese de la unidad de la civilización se prepara. El Instituto sopla un poco el fuego de la inteligencia.

El Seminario y los conventos la encierran bajo el techo. La educación un poco adelantada es heterogénea. Allí está lo nuevo y lo viejo, la filosofía y el catolicismo, la legislación filosófica y los textos canónicos. Pero en cuanto a la unidad de estudios del colegio es materia de otro artículo y la hemos tratado de anteriormente. La educación allí está encadenada a la síntesis antigua recargada de prácticas y falta de conocimiento relativo de la vida social y humanitaria. La síntesis antigua que debía rejenerarse se propaga. Los libros que se dan a las escuelas son antiguos y relativos al tiempo pasado. Digamos, pues, si en las cortas observaciones que llevamos no va envuelto el carácter conservador y retrógrado de la administración actual. En educación, en culto, en hacienda y en régimen interior. Esto se puede decir no es más que un pequeño programa de oposición.

Pero el punto culminante donde toda administración escella o recibe una corona de la historia, permanece tranquila. Hablamos de la elevación de las masas a la soberanía nacional, a la realización de la democracia.

He ahí el grande espectáculo; el pueblo, la imagen del infante si puede haber imagen de él. Hélo aquí que va y viene sosegado, sin la conciencia del poder de sus entrañas. Hélo allí que puebla las cárceles, que abastece el cadalso, que gime en los carros, que enriquece al propietario, que sobrelleva el insulto; hélo allí trabajando para el cura, para el Estado y para el rico; hélo allí recibiendo la sucesión de los días con la frente de mármol y sin reflejar en sus ojos la divinidad de la Luz. La noche misteriosa lo recibe fatigado y le protege un descanso animal. El día se levanta y el sol de Chile luminoso sirve tan sólo para secar el sudor de su angustiada frente...

El pueblo, así, sin conciencia de su individualidad y de su posición social, animalizado con el trabajo del día y para el día, es el tropel y torrente que amenaza con la voz del sedicioso, la destrucción de nuestro progreso. El peligro se ve, el abismo está palpable y no se le arroja nada para tapanlo. ¿Queréis que se llene de cadáveres? ¿O creéis tener la fuerza suficiente para saltarlo? «Error». La mano del plebeyo levantada, es la montaña que se despeña. Esa mano no se detiene sino cuando levanta las cenizas de lo que ha destruído. Evitad que la levante; ponedle en la mano el instrumento, barrenad su cráneo con la palabra, señaladle el porvenir dichoso y entonces veréis el pueblo, asociación, no el pueblo, rebaño, no el pueblo, cual boa constrictor con su boca amenazante. He aquí, pues, la obra, he aquí la política, he aquí el carácter de una administración histórica. Esto se descuida, esto se olvida y esto

no se atiende, sino con la mirada paliativa y miserable de la conformidad.

Se instituyen algunas obras benéficas, pero obras, pero instituciones que son barnices en el edificio que se desploma. Examinad los cimientos, examinad la tierra, examinad el barretero que la cabe y entonces examinaréis la cuestión. Mientras tanto no hacéis sino remendar en lo viejo.

Aquí estamos. La cuestión del siglo es esta; la cuestión humanitaria es esta, la cuestión que señala la fatalidad histórica es esta. ¿No la tomáis en cuenta? pues idos a confundir entre la turba, bajad de las alturas que indignamente ocupáis. Pero si os conserváis tales como sois, resignaos al tener por única memoria de vosotros, la compasión que inspira la ignorancia o el odio que acarrea la maldad.

IV.

Conclusión y fin

El desarrollo de la revolución ha sido la ley que nos ha guiado para calificar nuestra vida política.

Desarrollar la revolución es continuar la obra destructora, sobre lo que vive del pasado y orga-

nizar las creencias que se arranquen del caos humanitario.

La organización de la sociedad es la consecuencia de la organización de las creencias.

La unidad que organizaba las creencias pasadas, ha sido destruida y el:

«Que suis-je où vais-je et d'où suis-je tire» (1)

Qué soy, a dónde voy y de dónde he salido, está patente y necesita la solución científica.

Por consiguiente nos falta la religión científica. ¡Aquí estamos.

Ahora nosotros preguntamos, si la obra del socialista, del legislador, o del que gobierna, es desesperar, o de permanecer indiferente, o de estarse en las soluciones antiguas de los problemas humanos.

No. Desesperar es del débil. Permanecer indiferente, es de las bestias indignas del nombre de seres humanos. Estarse a las soluciones antiguas, es de la ignorancia impotente. ¿Qué hacer? He aquí la cuestión.

El espectáculo presente es lamentable. Observemos la anarquía intelectual, pero la anarquía es transitoria. El triunfo de lo viejo se ostenta en las formas de la civilización antigua. Todavía hay monarquías, todavía hay aristocracia, todavía hay autoridad papal y eclesiástica. Esto es atendiendo a la cáscara humana y miserable de las cosas. La metafísica social a veces da pasos de gigante, pero siempre presenciamos la lucha del alma y del cerebro. El uno por entronizar la es-

(1) Voltaire.

peranza y el otro por derribar los cielos. Con todo, nuestro deber, la cuestión que debemos agitar, es la de la averiguación de la «ley» y su carácter obligatorio «como ley». Dado este paso estoico de la ciencia, lo demás podremos esperarlo, apoyando una mano en la creencia individual y con la otra invocando la inmortalidad.

Por consiguiente nuestro trabajo en la esfera política y religiosa es de aceptar los hechos indestructibles que reconozcamos y publicarlos.

Así como la duda retrocede ante la conciencia de la existencia del «yo», así también la duda política y religiosa se detiene a contemplar el grandioso e irremediable espectáculo de la libertad que hemos conquistado filosóficamente.

La libertad del individuo como cuerpo y como cosa que piensa. He ahí un hecho.

La igualdad de mi semejante en cuanto es otro templo, donde Dios ha colocado también la libertad. He ahí otro hecho.

La libertad e igualdad social, es decir, de todos: «soberanía de un pueblo». He ahí otro hecho.

La libertad de la concepción divina, es decir, democracia religiosa. He ahí otro hecho.

La libertad e igualdad política, es decir, democracia propiamente dicha. He ahí otro hecho.

La conciencia del derecho libre, que da el derecho de defenderlo y propagarlo para convertir en individuos libres a los que no lo son, es decir, derecho de civilizar y de aumentar los hijos de la divinidad. He ahí otro hecho.

De estos hechos nace la base del sistema futuro de creencias. Son pocos pero son irrefragables.

Son indisputables. Luego tienen que entrar a servir de base en la religión futura.

Mientras tanto, nosotros, pobres diablos, de buenas intenciones haremos lo que podamos y saquemos para nosotros las consecuencias siguientes:

Orden, religión y política.

En cuanto al 1.^o debemos tan sólo atenernos a la moral universal que reconozcamos.

No matarás

No robarás

No adulterarás

No dirás falso testimonio ni mentirás.

En cuanto al robo queda vago mientras no se defina la propiedad con relación al derecho de todos para desarrollarse moral y físicamente.

En cuanto al adulterio queda vago, mientras no se defina según la libertad que ha alcanzado la mujer, la esfera de su deber con relación al marido.

La exaltación de la dignidad individual, produce el sentimiento del honor, pero el honor necesita principios fijos a donde pueda apelar en las aplicaciones de la vida. Queda, pues, por definido en sus relaciones. Cuestión del insulto y cuestión del desafío.

«Amarás al Creador».—Queda, pues, por definir su esencia popular y científicamente, y resol-

ver si es el pensamiento y la extensión o un sér persona. Las espontaneidades sublimes que nos asaltan nos dicen que es un sér persona. La creación de la libertad es para mí la prueba de la libertad divina. La libertad divina es la individualización del creador.

«Amarás a tu prójimo».—La fraternidad es un principio y un sentimiento. Refugio grandioso contra las penalidades de la vida y contra la indiferencia aterrante. Como no amar a su «prójimo», a su hermano, el que reconoce en sí la omnipotencia de la libertad. Mi prójimo es otro yo, es el depositario de la misma espiritualidad por lo que soy; luego el enlace, el amor entre la comunidad e identidad de tan gran esencia es necesario. He aquí el fundamento inexpugnable de la democracia.

Los gobiernos pueden, pues, generalizar lo que la ciencia presenta claro, sin símbolo; basta de mentiras. Esta es la lógica del tiempo y de la revolución. Fomentar las creencias y formas pasadas es retrogradar.

En la «política», aceptamos del mismo modo los principios expuestos y aceptamos las nuevas formas que acarreen la libertad de cultos; es un paso necesario mejor para preparar la nueva síntesis y el nuevo culto.

La elevación a la soberanía de todos los individuos, es decir, a la fraternidad de la libertad es el punto definitivo que tenemos. Luego representese el derecho del peón gañán y del último plebeyo. El derecho es uno. Luego no debe haber sino representación de su derecho, es decir, do una Cámara.

El derecho representado, el proletario tendría representado su derecho de saber; la «educación», o su derecho de tener la «propiedad». La educación se establece a costa de las ricas propiedades que tendrían que aumentar el salario del pobre para que pudiera educarse.

La Cámara de Senadores representa los intereses conservadores o la aristocracia de propiedad. En el primer caso, procura conservar la organización actual, y en el segundo lo mismo. Luego en ambos casos procura conservar la desigualdad. Esta es su sentencia de abolición.

La responsabilidad es relativa. La pena es correctiva.

Luego la pena de muerte que no califica la responsabilidad y no corrige es injusta. La pena de muerte es impotente de corrección.

La mano del infierno aún se ostenta aferrada en esos carros.

Pedir su abolición, es insultar al gobierno que no ha borrado en tanto tiempo esa barbarie y que deja que se oiga ese clamor. Etc., etc., etc.

Estos son hechos a los cuales la duda no se acerca. Mientras no tengamos soluciones científicas de los problemas humanos, realicemos los principios eternos de desenvolvimiento que se presentan claros y lógicos al criterio revolucionario. Si el símbolo viejo ha caído, reemplacémoslo con el espíritu aun sin forma de la filosofía. La verdad va muy adelantada en su carrera del estado en que nos hallamos. No procuremos alejarnos, dando por carencia de la palabra nueva, la palabra vieja.

Tengamos dudas, suframos, llevemos el peso de las épocas transitorias, pero no retrogrademos para descansar bajo el monumento que se desploma. Sigamos, lloremos si queréis, pero vivamos con el poco de verdad que hayamos alcanzado. No separemos de nosotros al pueblo, más de lo separado que se encuentra.

Eduquémoslo en la teoría de la individualidad, del derecho de igualdad y del honor. Así se hallará en aptitud de recibir el bautismo de la palabra nueva sin que nos cueste la sangre del mayor número, ni los siglos que han tardado las demás creencias para organizar una sociedad. Tengamos un oído atento a las espontaneidades de la naturaleza moral; alcancémoslas en su vuelo misterioso; y traigámosla al pueblo que ansioso nos espera, para explicárselas razonadamente. Exaltemos los sentimientos nobles, empujemos a la fantasías para que los formule y traigamos esas revelaciones íntimas al receptáculo de la razón para que les imprima su verdad. Acordémonos siempre, en los momentos de la tribulación moral, en aquellos momentos en que la indiferencia asoma su satánica sonrisa, de ese poder inmenso que sentimos, de ese poder terrible en su congoja y la conciencia de ese poder nos dirá que somos algo. Este algo es la vida, es la revelación que nos dice que llevamos una carga y que el sér que la ha dado, nos glorifica al encomendarnos una obra gigantesca.

Entonces volvamos a la vida y alzándonos filánicos con el conocimiento de la libertad tempes-

tuosa que encerramos, elevaremos a Dios el himno de la fe del martirio y pasaremos esta vida con la frente erguida rebotando el rayo y con nuestra mirada desafiando la nube que lo lanza.

Santiago de Chile, Junio 10 de 1844.



PREFACIO A LOS EVANGELIOS (1)

El libro en América

Que se hacen esos vastos pensamientos que habían sostenido en Cristóbal Colón, la idea de encontrar en América el desenlace de la política sagrada, de hacer servir ese continente a consumar la alianza y la unidad del mundo moral, de bautizar esa nueva tierra en nuevo amor?

E. QUINET

Colón arrancaba del océano un continente y la España desterraba al Corán. Al mismo tiempo que se veía al genio del amor invocando la bendición de Dios sobre la maravilla descubierta, el espíritu de esa religión que la España arrojaba de su seno, atravesaba el océano en las naves que lle-

(1) En 1846 Francisco Bilbao tradujo al español los «Evangelios» que Lamennais acababa de traducir al francés. Al hacerse esta publicación en Lima, en 1856, este prefacio quedó sin publicarse.

vaban el pendón de los cristianos y la bañaba en sangre.

Oigo las voces de generaciones extinguidas. Pueblos de Méjico y Perú dónde estáis? Visteis un día aparecer en vuestras costas al hombre color de cadáver (1) y al aliento de la tumba bajasteis a la tumba. Un Dios de vida os anunciaron, y estupefactos os revolvéis en los sepulcros. Sólo el araucano responde por vosotros, porque al espíritu saugriento que ejercían opuso el demonio de la muerte (2).

El Evangelio no ha visitado al continente en la aurora de su vida.

La Europa le desgarraba en espíritu y en cuerpo (3). Un nuevo suelo se preparaba al ensayo de una creación. Ese suelo estaba destinado a recibir la huella virginal de la nueva carrera de la humanidad, a desenvolver la ley olvidada: ese suelo debía recibir un nuevo espíritu y ¿cuál fué ese nuevo espíritu? ¡300 años de esclavitud, de plagio y de codicia! El Evangelio no apareció en América durante el tiempo de su conquista.

El hombre que vengó a los galos de la conquista de los francos señala a los americanos el momento de libertarse de los godos; siete repúblicas se ostentan a nombre de los derechos del

(1) Es un hecho histórico que el color blanco de los españoles, pareció a los primeros indios color de muerto.—N. del A.

(2) En la guerra y en todo lo que es calamidad, los araucanos invocan al espíritu del mal.—N. del A.

(3) Guerras de la reforma—tentativa de una monarquía universal—católicos y protestantes—Francisco I y Carlos V.—N. del A.

hombre. El Evangelio apareció en la resurrección de la América como una visión del Cristo transfigurado en la montaña.

Desde entonces ha principiado la época de su responsabilidad y podemos preguntarle por la realización de los principios que la hicieron levantarse como un héroe, fundar la gran esperanza y hacerse aplaudir del filósofo y del poeta.

En la esfera religiosa, política o civil, el cuadro que presenta es lamentable sin que consideremos a la América en su todo y que analicemos las nacionalidades. Es fácil descubrir el mismo fondo viciado en el mismo día por la misma causa y por la misma mano. Preguntad al individuo por la libertad en la acción interna de su pensamiento, y cen la acción externa respecto al mundo y a sus semejantes; preguntad a la jerarquía espiritual por la primera y a la autoridad terrestre por la otra, que dividiendo lo indivisible en dos campos cada una se apodera de su parte para mejor dominarla; preguntad, por los dogmas de terror impuestos por el principio del terror, por los dogmas exclusivos que limitan la esfera de la fraternidad y del destino a la igualdad de creencias; al espíritu de odio y de orgullo que como privilegiados en la ciudad de Dios son privilegiados en el mundo; preguntad, en fin, al espíritu de ocio y de inmoralidad impregnado a causa del pasado siempre idealizado y entonces tendréis una luz que os aclare los misterios que presenta el Nuevo Mundo.

En Méjico coexisten y se chocan las tradiciones y razas indígenas al lado de la tradición y descen-

deencia de la España. La religión: la política tiene bases opuestas; la nacionalidad busca su espíritu en las formas políticas y vacila en las guerras civiles. La oposición con los Estados Unidos envuelve en su odio el espíritu republicano de sus vecinos y que no puede comprender, pues parte de principios y antecedentes tan opuestos. En la confusión que resulta, vemos la duda por falta de creencias, los caudillos por falta de principios y el egoísmo como consecuencia. ¿Dónde está la unidad de la nacionalidad mejicana?

En Centro América se ven, poco más o menos, los mismos caracteres. Este país, quizás destinado a ser la Constantinopla del nuevo Continente, ve al industrialismo del mundo que se avanza para pasar por sus puertas y frente a las repúblicas hermanas que combaten y a la Europa que seduce y se aproxima ¿dónde hallará la fuerza y el principio que conserve su carácter en la armonía de las repúblicas?

La gran Colombia de Bolívar se ha dividido en tres repúblicas. Venezuela marcha, combatiendo el viejo cáncer legado en sus entrañas, pero todavía no columbra la unidad futura de la república en el Estado y en la religión. El pueblo se despierta, su individualidad principia, pero todavía no veo el libro que presente a su lectura. Avanza, pero analíticamente, sin el ideal sintético del porvenir.

El Paraguay ha sido el silogismo idealizado del espíritu de muerte. Aquí hizo su ensayo completo aquel sistema, los resultados hablan. Ahora la vida se despierta, rompe las consecuencias del

sistema, pero debemos preguntar si ha roto las premisas. ¿Dónde están las nuevas premisas necesarias a su nueva vida? Si las apariencias no engañan, la Nueva Granada pretende reproducir el silogismo del Paraguay. Si ese modelo no le espanta arroje una mirada al medio día de Europa. Donde está el libro que le repita sin cesar: «Dios no es Dios de los muertos sino de los vivos».

El Ecuador, Perú y Bolivia, viven en la contradicción.

Gime el indio, gime el negro, jimen los vencidos en las luchas, allí la vida se manifiesta en la anarquía y se apaga en un despotismo transitorio. Se derriban déspotas y la esperanza se identifica en ciertos hombres. Odios de raza, guerra de intereses en tan gran extensión de territorio, oposición de las formas republicanas con la educación española de los pueblos, carencia de una idea grandiosa que se eleve sobre tantas creencias: he aquí el caos que espera la palabra evangélica para producir un mundo.

¡El Brasil!, extensión inmensa que pueblan los clamores del esclavo! Presenciamos en América levantarse y enriquecerse un imperio sobre lágrimas. En el Brasil la cuestión del azúcar y del café, es más importante que la de la dignidad del negro. Además de las oposiciones de educación, de raza, de costumbres, de provincias, el Brasil tiene la particularidad de ser una anomalía en la América republicana. Las repúblicas del Sud se educan en la sangre del dolor, recibiendo el baño del Estigio para la gran cruzada de la libertad; a pesar del aspecto triste que presentan,

viven en la verdad de la forma y la forma es un ideal que las educa; la forma política y social sumergen al Brasil en el pasado y preparan una doble destrucción, pues es el país por donde la mentira de la Europa constitucional nos aproxima. ¿Podemos, pues, preguntar al Brasil, cuál es su acción en la realización del cristianismo?

El Plata majestuoso envía al Atlántico las cabezas cortadas en la guerra fratricida. La República Argentina y la República Oriental del Uruguay, receptáculo de las aguas de Bolivia y el Brasil, donde pampas inmensas ostentan la unidad del territorio, escuchan tan sólo en el desierto el ruido de la tribu vagabunda y al espíritu del Corán que mancilla ese océano de verdura con las iras del ángel de la muerte.

Buenos Aires, alma de esas llanuras sumergidas en el interior, tiene el peligro de absorber su vida o de luchar con ellas. Ambos partidos, el uno, voz de la pampa; el otro, eco de la Europa, pretenden entronizarse sobre el cadáver del vencido. El uno fuerte en su individualidad americana no comprende al otro, fuerte en el sentimiento de la sociabilidad, como este tampoco comprende la originalidad sagrada del plebeyo y del indígena. En la lucha, la trube del combate impide leer en la bandera enemiga un principio que falta a uno de los combatientes; el partido de la pampa, como aliento del desierto, se estrella en los movimientos del progreso; el otro, como impulso de la Europa, pretende hacer desaparecer el elemento original y glorioso de la República. ¿Dónde está la voz del que calma las tempestades del océano? Discí-

pulos que vais en la barca de Jesús, despertad al Maestro si no tenéis la fe en medio del peligro.

Además del odio que existe en los partidos de Montevideo, hoy el peligro que resulta de una numerosa inmigración y de un gran desenvolvimiento industrial, cuando no se posee una forma que se imponga a los elementos heterogéneos que incorpora. No sucede lo mismo en los Estados Unidos. Allí el católico y el protestante, el súbdito de las monarquías constitucionales o absolutas recibe el sello de la ciudadanía americana. Esa forma individual y humana, ese ideal superior que pedimos a ese pueblo, tiene su germen necesario en el verbo cristiano que como el sol vivifica todas las individualidades existentes en la armonía de la creación.

En un rincón de la América, entre la cordillera y el océano, está Chile, como si la Providencia hubiera destinado esa naturaleza tan quebrada a ser una reserva de la América. Allí la ciudad aspira los elementos europeos, pero la cordillera vigila con el aislamiento de los que viven en ella. El dogma de la soberanía que extienden las poblaciones y que concentran las montañas, encuentra dos oposiciones: la primera es el espíritu de un dogma y de una educación autoritaria; la segunda es una imagen de la terrible feudalidad de la Edad Media. La vida republicana se desenvuelve pero mutilada. Es necesario conquistar la unidad de esa vida en la libre exaltación del alma, en el seno del infinito y el libre desarrollo de la propiedad; es necesario constituir al hombre en la síntesis sublime de la religión y la política; es ne-

cesario que si trabajamos por la fraternidad humana guiados por la mirada del que en su trinidad indivisible es poder, inteligencia, amor, conquistemos la trinidad humana: libertad, igualdad, fraternidad. Preguntaremos, pues, a nuestro Chile ¿dónde está el libro que haga de cada uno de sus hijos un sacerdote, un ciudadano y un soldado de la patria del porvenir?

Desde el Cabo de Hornos hasta las nieves del septentrión, vagan esparcidas criaturas recién salidas de la mano de Dios. Su vida es la de la vegetación o la de la barbarie y desaparecen lentamente a la aproximación de los que se llaman civilizados. Sus miradas no brillan con la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. ¿Qué hacen por ellos los gobiernos, los individuos y las sectas religiosas? He allí un campo virginal para la cosecha del Señor, mas ningún segador todavía se presenta. Al soplar sobre el mundo el espíritu del Evangelio se estrelló en el paganismo y el paganismo sucumbió, se encontró con los bárbaros del Norte y las naciones modernas principiaron. ¿Qué tarda ese espíritu en soplar sobre la América! Pasó el tiempo de la abnegación y del martirio, el fuego de la vida parece que remontó a su fuente. Allí en su fuente primitiva debemos, pues, buscarlo y entonces sentiremos nacer en nosotros la creencia en el milagro, y de la creencia al hecho la distancia depende del esfuerzo. Aún podemos presenciar esas épocas gloriosas de transformación si la transformación empicza por nosotros.

He aquí, pues, ese Nuevo Mundo que sólo ha

dato dos voces en la historia. En la primera fué mostrado a la humanidad, y a la segunda él es el que se muestra. Primeramente se ve a ese mundo y se le entierra, después se le ve enterrando a sus conquistadores. Nace, y afirma el equilibrio de la tierra; habla, y rejuvenece la esperanza de la humanidad en sus repúblicas. En su primer paso extiende el mundo que pisamos; en el segundo, el mundo que pensamos. Se le vió joven, flotando al viento del porvenir, aparecer sobre la tierra como una evocación de la libertad brillante de ilusiones, combatir como héroe y organizar repúblicas a los acentos del contrato social. Mas después de la victoria sintió entonces el combate interno del enemigo impregnado, sintió el peso del antiguo dominio que quedaba.

Ahí están esas multitudes revestidas del carácter de ciudadanos, estáticas ante la revelación que les dice que son hombres; ahí están, que esperan el alimento de la nueva vida, el agua del nuevo bautismo, la columna de fuego que las guíe, al fin de la vida nueva que empiezan, el destino de los pueblos. Hubo guerreros y legisladores de la nueva sociedad, pero no hubo sacerdotes. Se organizó la vida pública y social con una forma nueva, al menos en la apariencia y olvidó o se dió al espíritu antiguo el onidado del alma en sus relaciones con el infinito. La revolución quedó incompleta en su base, faltó el libro de la regeneración; los pueblos cayeron otra vez desde la altura de la inspiración a la hoya de donde habían osado levantarse; la política siguió un camino, la religión tomó otro. El principio conquistado de la soberanía

del pueblo quedó falsado en su base porque el individuo no fué completamente soberano. No fué declarado soberano en la formación ni en la concepción de sus creencias fundamentales, pues una autoridad y un dogma le fueron impuestos con toda la majestad de la tradición, pero fué declarado soberano, en su acción externa respecto al mundo, y a sus semejantes. Hay, pues, dos soberanías, la temporal y la espiritual, una dualidad en la unidad indivisible de la conciencia, dos fuerzas que se oponen, dos autoridades que combaten: comprended ahora la base de los males de América.

Gran sorpresa causaría a los americanos si alguien les dijera: «Si la vida, si la existencia interna y pura del pensamiento es superior a la vida externa y material, vosotros sois aún colonos de la España». En efecto, el programa de la infelicidad de todos los tiempos, el cielo constante del pensamiento, que es Dios, la eternidad, la creación, el bien y el mal, la fatalidad y la libertad; la ley del hombre y su esperanza, la aspiración de amor hacia lo bello, los dolores del alma, los misterios que nos rodean, los momentos sagrados del sentimiento y de la contemplación, todo, todo ha recibido el sello de la solución dada por la autoridad pasada. El que tenía, pues, las llaves de esa autoridad en el principio de la creencia y, de la ley, domina la acción subalterna del hombre declarado ciudadano. Se conquistó lo temporal y lo eterno, lo espiritual pasó inapercibido.

Así es que los pensadores y los hombres de la independencia en sus ímpetus de renovación se estrellan en una muralla invisible. Después de ver

inútiles sus esfuerzos, en medio de la duda se preguntan: ¿qué hemos hecho? ¿dónde vamos? ¿qué seremos?

He aquí el grito que se escuchaba: es una innovación y respondo con el Evangelio, con el libro original a pesar de los tiempos, con el espíritu vital del verbo immaculado para que recorra y afirme la existencia de esa humanidad que se ignora. Encuéntrase en la ciudad y en el desierto, así los ranchos del esclavo y del salvaje; remonte nuestros ríos, aparezca en las cumbres de nuestras montañas; sea el pan cotidiano de esas almas vigorosas que vegetan; anime su espíritu a nuestros legisladores y maestros; sea la lectura y enseñanza diaria del padre de familia y entonces podremos decir a la América: ya es tiempo de que des otra vez en la historia...

Ahora la libertad combate cada día en el campo de la política y de la religión: la igualdad necesita de la evocación de la dignidad humana, la fraternidad no se sumerge en las fuentes vivas de donde nace toda vida; el pensamiento del Cristo es invocado en campos opuestos, el Estado lucha con la religión, la religión con el Estado. El nuevo continente busca instintivamente una transformación que lo unifique y se chocan en su seno las razas y las castas, los ricos y los pobres, el espíritu del Corán y de la revolución francesa, los vestigios de feudalidad y las formas republicanas, la inocencia primitiva y la vejez del mundo. La América destinada a ser el altar de la fraternidad humana en todas las variedades de la creación moral y natural; punto de reunión de todos

los elementos humanos, norte y mediodía, Oriente y Occidente, el negro, el indio y el blanco, la unidad de la asociación y la independencia del protestante, palpita de uno a otro polo invocando la palabra que la revela a sí misma.

Momento grandioso y quizás único en la historia. Un mundo nuevo, resumen de los mundos anteriores, donde parece que han afluido todos los elementos de la vida de los pueblos para producir la fórmula definitiva de la evolución humana a que asistimos. Allí todo mal antes santificado espera su sentencia; todo bien, toda individualidad; todo dolor esperan su sanción, su consuelo, toda esperanza su confirmación; todos tendrán cabida en el templo que se prepara grandioso como el corazón del Cristo. Inclinémonos ante el misterio de nuestros días, ante la condensación que presenciamos, ante la comunión de la gran familia humana en la palabra eterna y progresiva de la ley del deber y del amor. Pero es en este momento en el que está el peligro, porque es en la preparación de un porvenir cuando la tentación se aproxima.

Pasan ahora por la América los cuarenta días en que el espíritu del mal decía al Cristo: «Haz que estas piedras se conviertan en panes». Si os creéis destinado a otra vida que la del lucro y del comer, si sentís la aspiración infinita, levantaos, pueblos, pueblos de América, seguid a Jesús al desierto moral de nuestro tiempo que él os alimentará con su palabra.

La Europa en este momento trascendental nos

envía su aliento emponzoñado (1), y álcese entre ella y nosotros una barrera, a la marcha invasora de su escándalo. Mientras su ejemplo sea la gloria y el interés de las castas y familias y la burla de los pueblos; mientras tenga por ideal el industrialismo, por doctrina los hechos y por esperanza un caos de egoísmos satisfechos, que esa muralla existía impenetrable hasta que la voz de la libertad respondiendo a nuestros himnos la sumerja en la tumba de todo límite entre hermanos.

Es en esta ocasión histórica que envío el Evangelio para que sea leído entre vosotros con el espíritu renovador que la inteligencia de los siglos aglomera, para hacernos ascender más y más hacia el espíritu invariable, hacia el ideal que aspiramos a encarnarnos en otros. Empiezan a precisarse los elementos de nuestras nacionalidades, y el peligro que asistiría de ahogar esos instintos tan sagrados con la imposición de una doctrina sistemática desaparece ante la lectura del libro fundamental. Los principios eternos conservan y protegen las espontaneidades de los pueblos preparando el reino de su voluntad soberana.

El alma del Cristo fortifica los gérmenes vitales y circula en la creación moral «levantando a los humildes y abatiendo a los soberbios».

Si vuestra debilidad os abate, si algo de fatal os domina, abrid vuestra conciencia al pensamiento de Jesús y veréis realizarse la ley de vuestra trans-

(1) M. E. Quinet advierte a la España; permitidme que advierta al Nuevo Mundo. Léanse «Mes vacances en Espagne» por E. Quinet.—N. del A.

figuración. Todo hombre, todo pueblo es un altar donde puede reproducirse el milagro del Tabor; una cosa tan sólo es necesaria; la fuerza, la fuerza en la creencia, en el amor y en la voluntad. Tenedla y entonces preguntaréis si los cielos han bajado a nuestras almas.

En fin, este libro, criterio de la inteligencia en la esfera de la especulación filosófica y sentencia de la vida en la esfera social, la Europa lo necesita para rejuvenecerse y la América para llegar a ser hombre; la Europa para purificarse y la América para precaverse.

Leed y meditad. El alma en el estudio de este libro ayudada con los ímpetus sublimes que su traductor nos comunica, atraviesa los limbos, purificándose en su marcha. Cada día cae un pedazo de nuestro viejo manto y nuestra transfiguración aparece sobre las ruinas de nuestras miserias y de nuestros odios.

Y vosotros, hemisferios, ya la tierra es descubierta, preparaos para recibir el nuevo bautismo. La palabra de Cristo nos inunda arrebatando nuestra lealtad en el cielo, permanece el símbolo que apareció sobre el Jordán y la mano del Padre ostenta pronto para coronarnos la aureola de amor y libertad.

Empiece cada uno en sí mismo la redención y la redención general habrá principiado.

Desde las alturas de la cordillera he contemplado los valles de mi patria que se extienden ondulantes como un océano petrificado por la tempestad. Allí se ve al hombre solo y silencioso, trepar sobre las nieves de los volcanes, buscar un camino entre rocas y selvas y detenerse agobiado ante la impresión de lo desconocido y de lo grandioso que contempla. Su vista se alza al cielo pidiendo instintivamente la palabra de esa patria. El sol desaparece y cree que todo lo que le rodea le responde, preguntando por la palabra de su sér. El encuentra con qué responder a la grandeza del momento; pureza de un corazón primitivo en comunicación con el infinito, sentimiento de mi libertad en medio de la mudez del universo, fuerza de amor que llora en la ignorancia de su objeto; he aquí el tesoro que espera la palabra del libro eterno, he aquí el corazón que debe leerlo en sí mismo y comunicarlo con su alma a todas las criaturas que lo ignoran.

Nada más envió, nada más he encontrado que pueda servir de cimiento al porvenir de todos. En medio de la destrucción que nos rodea, en medio de los menumentos de la ciencia y de los siglos, encuentro inamovible el Nuevo Testamento que hace 18 siglos el Hijo del hombre nos legara. El hombre amando a la fatalidad, el hombre amando a su semejante como a sí mismo y a Dios sobre todas las cosas.

1846, París.



Boletines del espíritu

I

Cuando los romanos hacían las primeras excavaciones para echar los cimientos del Capitolio, fué encontrada una cabeza humana, cuyo hallazgo los sacerdotes interpretaron prediciendo que Roma sería la cabeza del mundo y su pueblo el «Pueblo Rey». En consecuencia el romano recibió el bautismo de Rey del Universo y la Roma del porvenir se encargó de realizar la profecía.

Empero ese vaticinio por una ley de generalización muy común en la historia, puede decirse que es aplicable a todos los hombres y ciudades, debiendo éstos, como aquéllos, constituir la Roma universal cuyo capitolio sea la fraternidad de los pueblos y cuyo Dios el Padre del amor y no los iracundos Júpiter ni Jehová. Ese vaticinio mirado desde la altura que debe ser aplicado, no es otra cosa que el hecho tangible de la historia, que la ruina de las teocracias y monarquías que se funden al calor de los rayos solares que alumbrarán

a la Jerusalén futura. Para construir esta y realizar aquella profecía de salvación, es necesario formar los nuevos ciudadanos y crear la fórmula con que deben ser bautizados en virtud de la máxima evangélica. «El primero de todos será el servidor de todos». Para esa obra debemos educar las nuevas razas que deben destruir los baluartes tras de los cuales se defiende la verdad adulterada y toda tiranía para salvar de la total destrucción cuanto constituye el bien y los legítimos atributos de la libertad.

La filosofía pura y el espíritu de justicia, he aquí el resplandor de luz y del sacerdocio que esperan el renacimiento del hombre. ¡Salud al pontificado de los pueblos!

Cayó la Roma de los Papas y sobre sus cimientos se alza la Roma del redimido pensamiento, representado por un Dios, una palabra y una humanidad. Cayó la palabra y la voz privilegiada para dar paso a la verdad universal «con que todo hombre viene a este mundo».

II

¡Salud, aurora de paz, que vienes sobre los desheredados del derecho para poner en fuga a tinieblas y tiranos! ¡Hosanna, espíritu de libertad y redentor de los oprimidos! Ya no es un hombre únicamente quien «clama en el desierto preparando la venida del Hijo del hombre», sino que son los pueblos que se levantan llevando en sus manos el esplendente escudo de la justicia. ¡Salud, y bienaventurados vosotros, que gemáis ayer yenci-

dos bajo la coyunda de los sacrificios y de las aristocracias! Ahora podemos preguntar ¿en dónde estáis, hombres de iniquidad y del orgullo, que habéis devorado el fruto del trabajo de los plebeyos y de los «rotos» de todos los tiempos y comido, en vuestras seculares «orgías», el pan de los miserables? Lo poseísteis todo, ciencia, poder, honores, riqueza y el usufructo escandaloso de vuestro sacerdocio ¿y qué hicisteis de la doctrina del Cristo? Acercáos y ved como ruedan en vuestro infierno los reyes coronados que degüellan, los judíos que roban, los ricos sin corazón, los prostituidos del oro, los hipócritas y los corruptores de la conciencia y de la autoridad. Adelante, Providencia invisible de los que padecen, tú, cuya ley ha sido desobedecida y cuya justicia no ha tenido aún su día de gloria. Las naciones europeas te han desconocido mientras la América espera de ti las nupcias solemnes del alma y su espíritu, preparándose a ellas por el sufrimiento y el martirio y en cuyo matrimonio no habrá más sacerdote que el hombre mismo iluminado por la luz de la eterna verdad, por la caridad cristiana y el civismo de los antiguos republicanos.

III

¿Por qué estás triste, alma mía?

Vago sobre la tierra con el espíritu hambriento de amor para tomar o coger el arado junto al rancho que me vió nacer: pero los ríos, los climas, y la suerte que cabe a todos los pueblos,

brillan en el cielo de mi memoria como las opacas o brillantes constelaciones de mi peregrinación.

La tierra es un inmenso campamento, en el cual apenas cesa el rumor de la vida, cuando lo veo transformado en huellas dejadas por el paso de héroes y las señales en donde asentaron sus tiendas. ¿Qué se hizo tanto bullicio y entusiasmo? Pasó al escucliar el sublime «*allons enfants de la patrie*» cual si hubieran escuchado la trompeta del desierto. ¿Por qué no marchamos también envueltos en la vorágine?

Pasan los ríos murmurando al compás del bajar de las heróicas espadas como en los días de César, de Karl y de Napoleón. Los bosques de Herman repiten el odio de Varo a su Italia que no volverá a ver y a los cráneos de las legiones abandonadas en la desierta arena.

Italia, tierra «madre» llena de osamentas, y tú, Roma, osario de los pueblos, nacida para tu propia desesperación, bella en tu secular existencia, bella y bellísima en tus amontonadas ruinas, sublime en tus abandonados y silenciosos «mañes». Roma ¿qué eres, Roma? Sombra fantástica que refleja únicamente la luz pálida del eclipse de la fuerza y de la gloria.

No volveré a pisar tu Foro, ni la plaza de la revolución, ni veré los mundos históricos prediciendo los días el porvenir. No; no veré eso, porque bajo otro cielo, en otra montaña y en otros valles tengo mi patria que es donde vi la primera luz. Y la patria es el altar del sacrificio en donde cada ciudadano debe ofrecer, en holocausto, su corazón.

¡Hay dolor en el deber, pero yo sé que viviré algún día con eterna vida! Y en esta vida vivirán conmigo mis recuerdos, mis ideas y mis amores, y también las lágrimas desconocidas que guardará alguna estrella para dármelas como alimento por haber guardado la ley.

IV

El Consolador ha venido y vive con la fe del que lo anunció.

El Consolador es la visión de la verdad en el varón de pecho esforzado.

El Consolador no ha cesado de difundir su palabra, pero han faltado ojos para verlo y oídos para escucharlo.

Ha visto las faltas y el dolor del siglo, y sobre la montaña que guarda al Nuevo Testamento, ha repetido a las muchedumbres que lo persiguen:

Venid a mí, vosotros que dudáis, y os consolaré.

Venid a mí, los que sufrís por la palabra impía, y os fortaleceré en vuestro verbo.

Los que lloráis por la profanación de la verdad y la difusión del sofisma.

Los que consideráis a la libertad como inmaculada virgen y sufrís por las injurias con que se la ofenden.

Venid a mí, vosotros que desesperáis de la unidad viendo la división de las sectas y religiones, venid y yo os mostraré el camino de la verdad en la cual todos deben confundirse, una vez purificados del símbolo que engaña y del odio que oscurece. Id directamente hacia Dios; amad, y

seréis uno en él «como nuestro Padre es uno (San Juan).

V

No sé explicarme la fuerza que hay en el fondo del corazón humano cuando ciertas heridas parecen llevarlo a los límites del cielo o de la nada, sino diciendo que hay allí una virtud oculta que nos revela el infinito.

En los grandes momentos de tribulación no hacemos como la madre del hijo del hombre cuando desde la cruz le dijo éste, señalándole al discípulo amado: «he ahí a tu madre», que pedía más fuerza para sentir más.

En esos momentos supremos es cuando digo a Manuel Rodríguez: Dadme la inspiración que tuvistes cuando Chile estaba perdido, y tú, rodeado del espanto de las ciudades, organizaste «El escuadrón de húsares de la muerte».

Alma de la Francia en Waterloo, dadme las horas en que la vieja guardia se envolvía en un manto de metralla.

Polacos en Varsovia, guerreros que disteis el postrer adiós a vuestra patria, reveladnos, en nombre de Cristo, la religión de vuestra última batalla.

VI

El sol se eclipsa y el frío de los polos se extiende sobre la tierra. Humanidad ¿en dónde estás? Veo el egoísmo entronizado; cada uno para sí y cada uno sin Dios y sin alma se envuelve en el

negro sudario de la indiferencia. Sólo una alma solitaria vela sobre una roca contemplando las victorias de la muerte, que avanza y retrocede, ante aquel último baluarte, del que sale una voz que le dice: «Aquí no llegarás». Y he aquí que el sol vuelve a brillar para dejar ver el arco iris de la esperanza.

Y el que tal hace y lleva el calor vivificante de su palabra de uno a otro polo es el Cristo, inmortal centinela y bendición para todo el que lo invoca. Porque ¿qué seríamos sin Dios? Cosas sin nombre rodando fatalmente en las tinieblas.



Creemos y esperamos. El fin es nuestro.

VII

Y el anciano al despedirse de la vida, bendijo su vejez que le permitió ver con sus propios ojos la luz de las naciones. Su última palabra fué la profecía de un dolor incesante para el corazón de las madres.

Ciencia nueva que se anuncia por la boca del pueblo.

Por eso, tú, mártir Polonia, nos dirás un día lo que tus generaciones muertas en sus innumerables campos de cañalla han visto en la otra vida al sentir sobre sus restos mortales los pasos de tus descendientes esclavizados.

Y vosotras, razas que desaparecís: de Asia y de América, retoños de nuevas razas, nos diréis la palabra que las naciones-verdugos han ahogado en vuestros pechos.

Y tú, pueblo, informe masa de martirios, muda

pirámide de huesos levantados por los déspotas, ven, ven, que tu día se acerca, que el Cristo resucita nuevamente para emanciparte de tus infinitos dolores.

VIII

Gracias, Señor, por la intensísima facultad de dolor que me has dado y por esas lágrimas del alma que inundan mi vida como rocío celestial.

Gracias por esa momentánea desesperación que siento ante la desnudez y la injusticia, porque desde el fondo de esa desesperación he sacado fuerzas suficientes para elevarme.

¿Quién ha blasfemado contra ti, Señor mío y fuente de eterna bondad, diciendo que hay penas eternas, cuando yo no las invoco ni aún para los tiranos ni para los corruptores de la conciencia?

¿Quién ha blasfemado diciendo que el hombre nacido de mujer, nace condenado, es decir, el niño, aurora virginal con que Dios tiñe la mañana de la vida para enviarnos con él una imagen de su creación predilecta?

¡Callad, dogmas de odio, envenenado aliento de egoístas, de misántropos o de viejos celosos de la pureza que se alza! ¡Callad y apagaos en silencio, o no continuéis por más tiempo profanando el sentimiento humano y dándonos el escandaloso ejemplo de encarnar a todo un Dios en la miseria de nuestras pasiones.

Lógica singular que empieza por asesinar a la justicia y termina por martirizar a la madre haciéndola creer que lleva en su seno el maldito

fruto de Satán. Idos a la nada porque sois mentira.

Sobre la tumba del Viejo Mundo pondremos esta inscripción:

«Aquí yacen los dogmas de odio y la lógica de los esclavos».

IX

Se ha dicho, con mucha verdad, que el criado del verdugo es más infame que el verdugo mismo. Y si de estos hay muchos, el número de los primeros les excede. Conocéis a los verdugos; se llaman reyes, príncipes, aristócratas, sacerdotes de cullos blasfemadores, capitalistas sin corazón, militares sin conciencia y meras máquinas de destrucción, abogados de todas las causas, jueces de venganza y odio, legislaciones débiles o corrompidas, comerciantes que explotan el hambre de los pobres, negociantes en prostitución y en esclavos y corruptores de la juventud. Guerra sin fin a toda esa gente mientras llega para ella su terrible juicio: pero no olvidéis a sus criados que se llaman jesuitas e hipócritas y que son las monstruosas encarnaciones de la abyección y del vilipendio. Ellos son los justificadores de toda causa y los inventores de teorías para absorber todo crimen y a todo criminal. Habladores infatigables cuando se les piden actos; eruditos del crimen que siempre encuentran en las bibliotecas títulos nuevos para todas las infamias.

Sucumbía Polonia y se vió exponer doctrinas para impedir que se la socorriera. Se trafica en carne humana, y no faltan eruditos, teólogos y doc-

trinarios que justifiquen la trata y el indigno comercio. El pueblo muere de hambre, y se le arroja, en vez de pan, la máxima de «el trabajo es un freno». Los degolladores apagan en sangre la insurrección de una ciudad y se justifica la matanza desde las tribunas de los pueblos civilizados, diciendo: «El orden reina en Varsovia».

Si los déspotas hacen sucumbir la libertad, los criados de los verdugos justifican la medida con un arsenal de textos. Si se declara una guerra injusta, la defienden con las palabras de «es un hecho consumado; ya no hay remedio». Doctores sin fee y sin corazón que, abdicando la razón ante la fuerza, justifican la degradación y la cobardía.

Dicen siempre: «Esto ha sucedido, esto sucede, esta es la fuerza; luego es bueno». Conoced la fórmula, y concededlos para trazar sobre la frente de esos doctrinarios el signo maldito de Cain.

X

El deber y el número

Jerjes avanza con un millón de soldados, mientras trescientos espartanos le esperan a pie firme.

—Retiráos, pues vais a morir inútilmente—les dice el egoísmo. El deber responde:—Las fronteras de la patria se defienden con el valor del alma y no con el número ni la infamia. En la víspera del combate, Leonidas, dice a sus compañeros: «Mañana cenaremos en la mesa de la inmortalidad».

—Se acerca el enemigo—grita un centinela.—«No

—dice Leónidas, —somos nosotros que nos acercamos a ellos—mientras el ruido de los enemigos hacía temblar la tierra y la descarga de sus flechas ocultaba el sol. Y los héroes no se cuentan, y si fijan su propio número no cuentan el del enemigo ni tampoco el de los aliados que abandonan sus filas ni tampoco a los traidores que les atacan por la espalda. Combaten y mueren.—Y ¿quién venció?

Dios, la fraternidad y la libertad. ¿Quién contó a sus enemigos, ni quién se aterra por el ruido de las turbas? En verdad que seríais inferiores a Leonidas y sus trescientos combatientes que murieron.

XI

¿Oís el rumor de la batalla en los campos de Arauco? Caen los hijos de esta indómita tierra ante el acero y la metralla.

Un último esfuerzo de Valdivia les arrebató la victoria que a su vez lleva en favor de las huestes araucanas la voz de Lautaro.

Lautaro no se dijo: «El sol se muestra para los españoles»—gritemos—«¡viva quien vence!» No, no dijo eso. Con no decirlo, probó que le asistía la justicia.

A su semejanza, nosotros vivimos en medio del rudo batallar del bien y del mal, del amor y del egoísmo. ¡Ay de vosotros si titubeáis en vista del efímero triunfo del pendón de las tinieblas. Lautaro salvó al indómito Arauco, y Arauco aun puede levantarse por entre las razas esclavizadas de la América y decir: «España, yo te vencí; América,

yo te vengué.» Esperemos aún que dirá: «Fraternidad, seré tu brazo».

XII

Thoquinche

¿Cuál es la voz que dormita en los mudos continentes, cuál es la luz que caerá sobre la cuna de las naciones del porvenir, cuál el nombre humano en las soledades primitivas, cuál el verbo que agita a los pueblos en sus tempestuosos baídos?

La voz se llama pensamiento; la luz, personalidad; el nombre, la ciudadanía, y el verbo, la «soberanía» del pueblo, sintetizada en la unidad de la libertad, en el amor del hombre por su semejante y mientras la inteligencia afirma y defiende la existencia del «Ser Supremo». Y al empezar a existir la soberanía popular, los montes y las llanuras, los ríos y los bosques, todas las zonas y los continentes comprendieron, recordaron lo que significaba aquella voz que en el principio de la creación separó la luz de las tinieblas.

Y la creación oprimida hasta entonces bajo el peso de las bellezas que oculiaba, pudo respirar y tuvo su culto.

Y el hombre que hasta entonces dormitaba como perdido en las tinieblas de la historia, realizó en sí la suspirada epopeya apareciendo como hombre-pueblo y como ciudadano, pudiendo sólo entonces responder dignamente al llamamiento divino.

XIII

En ti, pueblo de Arauco, la palabra «nación» significa «medida» y Thoquínche «pueblo midiendo», lo cual quiere decir que en ambas voces también representadas la personalidad y la justicia. Tú, Lamennais, el venerado de vuestro siglo, me dirás si esa palabra contiene el secreto de la arquitectura del templo cristiano del porvenir.

Edgar Quinet, tú me dirás si el mundo de Colón envía o no al mundo caduco sus acentos de esperanza. Y tú, Michelet, que has dicho que la historia es una resurrección, me dirás si ésta es la resurrección de las ciencias.

XIV

La primera palabra del pueblo soberano es la de Dios, la segunda es la de la libertad, y la tercera la de la fraternidad.

Teniendo por nuestro a Dios ¿a quién temeremos? Amando a nuestros semejantes ¿quién odia ni dónde están los tiranos?

He aquí a la humanidad regenerada palpitando en una sola idea y marchando en batalla para dar la ley de amor a sus enemigos.

Entonces el pueblo será santo y será vencida la fabulosa serpiente.

XV

Tristísimo es contemplar la marcha del tiempo y como huye la vida y tras ella se levantan los osarios de los pueblos.

Caen las selvas primitivas y con ellas sus misterios mientras desaparece, vertiendo lágrimas, la poesía de las primeras edades; y las montañas inclinan sus soberbios picos y los ríos arrebatan los bordes de sus cauces en donde se asentarían las tiendas de las primeras tribus.

Y tú, espíritu humano, también cuentas tus sollozos y dolores desde las junturas de las piedras de las grandes pirámides hasta por debajo de la loza que cubre la tumba de la inocente virgen.

«¿Todo pasa?» nos preguntamos, pregunta transmitida por las edades como testamento de investigación. ¿Será verdad que todo cae y rueda como en satánico despeñadero? No: si nos acercamos al insondable abismo veremos que se alza de su fondo la protesta de la inmortalidad.

Empero, pasan los siglos envolviendo esa protesta en los átomos que en torrente se precipitan para obscurecerla y anonadarla.

Y entonces interrogaremos a la nueva aurora sobre si también se irá. ¡Ay! cuántos dolores perdidos, cuántos matices olvidados, y cuántos libros sublimes quemados y que se buscan sin poder encontrarlos.

Es porque la muerte es un campo de batalla a donde la ciencia y el amor acuden sin cesar para sentir las palpitaciones de la agonía. Batalla indecisa y de todo tiempo. ¿Quién detendrá sobre ella el sol para fijar la última y definitiva victoria?

Únicamente el heroísmo. Luz y siempre luz; he aquí quién fijará la victoria final. Luz, pero el hombre olvida cuando abdica, cuando es débil y, egoísta, careciendo entorces de energía para

observar simultáneamente los dos momentos esenciales de la creación. Vemos las tinieblas y afirmamos que todo muere; vemos la luz y olvidamos el instante misterioso de la transformación de los seres. Si queremos ver siempre, remontémonos a la fuente de toda visión y no temeremos las tinieblas, que no son otra cosa que el silencioso pasaje de la vida para tornar a aparecer al siguiente día.

Y mientras el tiempo cubre con su mortaja de descomposición todas las cosas, quien cree y confiesa la visión del «Eterno» vive siempre presente e indivisible pudiendo dar el grito heroico que detenga el sol en su camino para iluminar y detener el tiempo. ¿Qué son los temores de la muerte?

Sentimiento del culpable que no ama y que por esto mismo teme la perpetuidad del amor. El egoísta corre, sin saberlo, en busca de la nada, que es la negación de toda caridad.

XVI

Abandonemos, pues, nuestras quejas propias de la senectud de un mundo que se desploma.

Llevamos en nosotros mismos el principio de inmortal juventud y no podemos morir si fecundamos la fe, la esperanza y la caridad. Si huyen las primeras ilusiones y las flores primaverales, las flores e ilusiones viven en la tierra que los dió vida y en el corazón que los alimenta.

Lo indestructible y lo fuerte viven, al través del tiempo y del espacio, sin que nadie pueda sepultarlos en el abismo del no ser.

XVII

Deten, Señor, tu rayo de luz y de fuego porque yo, tu hijo, vago en la inmensidad del espacio cual astro incendiado al rededor de su órbita.

Espera un momento antes de enviarme a otros mundos: espera que haya preguntado a los hombres de mi poéca ¿por qué desde oriente a poniente no repiten tu nombre? ¿Por qué preparastes para todos inmenso festín, y veo que muy pocos acuden a ocupar su puesto?

Porque el estandarte de la guerra emancipadora aún no ha sido desplegado en todos los pueblos y por todos los hombres. Grande es el número de criaturas que viven en tinieblas y envueltas en las sombras del error y del crimen.

He visto a la Italia concentrarse en sí misma para arrojar lejos de sí el peso de su afrenta teocrática.

He visto a la Francia dar el grito de la heroica redención.

Pero he visto sucumbir a la Hungría y no he visto levantarse al pueblo mártir de la desventurada Polonia.

No he visto a ningún pueblo levantar la espada contra la tiranía. No he visto levantarse a nuestros hermanos de Africa, ni lo que encierra la solitaria palabra de Arauco.

XVIII

Dime, libre araucano: ¿qué pasa por tu alma cuando, corriendo tus días, lanzas tu caballo por

la desierta pampa o retirado en tu miserable cabaña, vives taciturno y silencioso?

—Soy allivo, tengo fuerzas y corazón, me dices. —;La muerte! ¿qué es la muerte sino un momento de gloria para mí y mis hermanos, que envueltos en el polvo de las batallas, pelean en los valles y sobre las nevadas cordilleras, esperando tener como premio de sus hazañas el azul Arauco de los cielos, en donde Dios es Dios y el araucano un hermano, para ver desde allá arriba a los conquistadores y preguntar a Levilhraru por el camino que conduce a España. Nada tememos porque el dolor es nuestro pan y jamás sentimos decaer el heroísmo aun cuando la metralla y el plomo taladren nuestro pecho.»

Y eres tú, Chile, patria mía, quien debe llevar la palabra de caridad, de ciencia y de redención a la tierra de Arauco.

XIX

Ciudades llenas de humo y de imbécil gente, dejadme subir a las alturas y respirar el aire de los bravos.

Ciudades llenas de iniquidades y de disputas ¿por qué rechazáis al que humildemente os habla, para humillaros al orgulloso que os domina por la corrupción? ¡Ah! es que estáis envilecidos y sois raza de siervos encorbados bajo el ignominioso látigo de los hipócritas. Dejadme visitar y hablar al pueblo, que, silencioso y oprimido, escucha la voz de la razón.

Ciudades que os llenáis de oropeles mientras vuestro interior es fetidez y mentira, dejadme vi-

sitar los campos donde se ha refugiado la sinceridad, pues sois capaces de hacer desaparecer la frescura y el verdor de las tierras. Veo elevarse de vuestro seno gran ruido y algazara cual si el océano saliera de su lecho.

Es el ruido de los carruajes y el gemido de los miserables que, estremecidos, voltegean el martillo de la industria.

Ciudades que os llamáis cristianas mientras compráis, a vil precio, la honra y la vida de la mujer y que os llamáis cristianos y devoráis el pan que arrancáis al hombre del pueblo.

Ciudades en donde impera la tiranía, dejadme respirar mi esperanza, pues, sólo ella puede volverme a la virgen de mis amores, la divina Libertad.

Ciudades sin Dios y sin caridad, ¡ay de vosotros! El rascro de la ira celestial pasará sobre vosotros por vuestra dureza e ingratitud. Mansiones de ricos y cadenas del infeliz, acordáos de Sodoma y de la Roma Bizantina.

XX

Y vendrá la ciudad nueva y la muerte de la impureza; ciudad de nueva arquitectura que mantendrá en sus puertas y paseos la bandera de perpetua hospitalidad. ¿Véis a las multitudes que acuden a vivir dentro de sus muros como estrellas que lucen en el azulado firmamento de la justicia? Esas multitudes son las generaciones heridas anteriormente y a las que consoló el fuerte entre los fuertes.

¡Salud! El Cristo avanza hacia los pueblos re-

dimidos por la sublime libertad y la divina fraternidad.

XXI

Y en un día y en un momento feliz afirmé lo que la razón afirma y repetí su afirmación.

—Dios mío, yo te amo.

Y lleno de ese amor sacrosanto, vi también en él a mis hermanos y me repetí entonces: Amo a mis semejantes como a mí mismo.

Y mi alma, hambrienta de amor, soñó únicamente sobre la manera de vivificar y extender el reino de la caridad. Pero entretanto vi los odios que nos separan y creí que la pobre palabra mía podía aquietar la ira de los que batallan.

¿Quién ha puesto una espada entre el hombre y su hermano, entre una generación y la que le sucede?

¿No ves ese punto negro en la conciencia del primero que mintió? Ese es odio que nace.

¿No ves esa nube que ofusca la inteligencia y que apaga la llama del amor primero? Es el error que se hace gigante.

El consorcio del odio y el error engendraron esos males y enfermedades que nos molestan. ¿Por qué el que mintió dejó de amar, sobre todas las cosas, a la verdad; y el que cayó en error no vió a la libertad ni a Dios, principios correlativos? ¿Quién será el redentor? Únicamente el amor.

Porque el odio es separación y privilegio y el amor es unión e igualdad. El monarquista y el aristócrata llevan en sí el pecado del despotismo.

El republicano lleva consigo la soberanía del

deber. Los primeros hacen gobiernos de soberbia, de lujuria y avaricia porque arrancan sus títulos de la mentira y el error. El segundo, es decir, el republicano, forma los gobiernos de pureza y caridad.

Si falla Dios, llega el suicidio; si falta el amor, no tarda en aparecer la desesperación.

XXII

¡Cuán bello es el océano, cuando al despedirse el sol le acaricia con sus postreros rayos de luz!

Y tú, hombre, cuán bello apareces cuando el Eterno te envía su palabra y tú le respondes con el acento de la sublime Libertad.

Montañas que limitáis los horizontes apareciendo como las mudas estatuas de la inmovilidad, sois muy bellas, pero es más bello el magnífico ritmo de la libertad.

Mundos que silenciosos voltejáis en el espacio; centellas que fulguráis desconocidos resplandores; tiempo que no os detenéis en vuestra insensata carrera, no espantáis ni podéis poner miedo en quien tiene por escudo y coraza a la omnipotente libertad.

XXIII

Himno de la revolución. Cuando sabiendo lo que es el hombre como nos lo describe la historia, escuchamos al pueblo francés entonar su himno patriótico, la Marsellesa, creemos escuchar la trompeta que toca el himno de la resurrección de las naciones. Sus soberbias armonías parecen destrozar las cadenas de los oprimidos y jamás alguno unió

a palabra más altiva los acordes de una música más guerrera, pareciendo que en esa feliz unión hubo como una revelación de sentimiento, como una inspiración venida de lo alto. Es el himno que postra a la tiranía y da la mano a la «querida libertad».

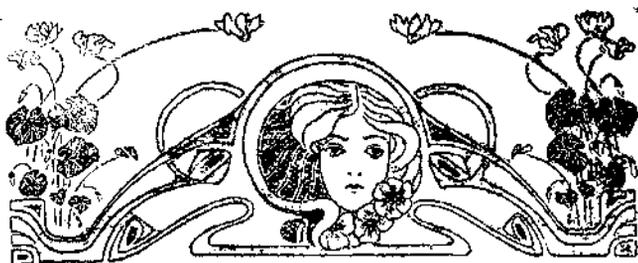
¿Y en qué época viniste al mundo? cuando la ensangrentada cuchilla de los verdugos de la Europa se preparaba a herir de muerte el corazón de la Francia revolucionaria.

Canto de los bravos; himno de los combatientes de la causa de los pueblos, tú guijaste a los héroes de la gran redención; tú fuiste eco de honor, grito de fraternidad, palabra de deber y música de sacrificio. ¡Bendito sea el pueblo que te dió vida y ojalá que su porvenir realice tan hermosa profecía!

XXIV

Y al recordar esto, me he dicho: ¿Habrá otra Marsellesa? Y al hacerme esta pregunta me acordaba de mi querido Arauco. ¡Ah! Chile es mudo y taciturno. Para que dé una voz semejante a aquella, es indispensable despertar a su pueblo de tal manera que sepa dar su vida por esta luz: «Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu semejante como a ti mismo.»

Santiago, Marzo de 1850.



SANTA ROSA DE LIMA (1)

Su unión con Dios

Entramos ahora en la mansión de las alegrías.

Para las almas que necesitan elevarse y tener siempre presente la dirección tenaz hacia un objeto, la meditación, la invocación, la soledad son necesarias.

A pesar de sus ocupaciones, Rosa pudo conquistar momentos para consagrarlos al cultivo de su huerto y a la contemplación de las regiones elevadas.

(1) Los tres capítulos que reproducimos forman parte del libro «Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima», que Bilbao escribió durante su permanencia en el Perú. «Pobre ha sido la América—escribe en su introducción—en creaciones para la vida del Señor; pobre es su cielo, desnudo su firmamento de santidad, y solo Lima lanzó una estrella radiante de virginidad y de belleza, que domina e ilumina a su patria, mucho más que al cúmulo de las riquezas de su suelo».

En el patio del actual convento de Santa Rosa, que fué donde ella vivió, se ven plátanos frondosos que recuerdan una ermita que suplicó a su hermano le formase para aislarse en su aislamiento.

Esta ermita fué el testigo de sus santas alegrías. Huía de todos por encerrarse en su Santuario, y el trato del mundo a que la obligaba a veces su madre, era para ella una penitencia. Amaba contemplar el cielo despojado. No había para ella momento más alegre que cuando miraba las estrellas. El filósofo Kant ha dicho, que no hay espectáculo más bello que la contemplación del cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la conciencia del deber en nuestro interior.

La práctica temprana de la oración, excluyendo las distracciones de su edad, le hizo llegar a los doce años al grado que la teología mística denomina: «Unión con Dios».

Muchos doctos varones religiosos intentaron examinar su vida, sus creencias, sus visiones y uno de ellos entabló con Rosa el diálogo siguiente, que nos revela muy bien el grado de elevación a que había llegado.

Preguntada:—(2) «¿Cuánto habría que percibía el sosiego, y paz, que en tranquilidad dichosa goza el espíritu, con aquel divino y soberano incendio?»

Respondió:—«Que del tiempo no era posible acordarse porque desde sus primeros años tuvo natural inclinación y propensión a la oración, y esto con extremo tan grande, que el mayor con-

(2) Tesoros de las Indias. Biblioteca Nacional.—Nota del Autor.

suelo, gusto y divertimento suyo, aun en aquella edad, era hablar de Dios, pensar en Dios, no apartarse nunca de Dios.»

Preguntada:—«Si había conocido los aprovechamientos de la oración, en el progreso de su vida, de manera, que siempre entrase en ella con facilidad, sosiego, igualdad de ánimo y recogimiento interior.»

Respondió:—«Que hasta los doce años, había percibido algunas dificultades aunque no muy grandes; pero que nunca tuvo contradicción ninguna, para no estar en ella con mucha quietud y sosiego, bien que luchaba muchas veces con la flaqueza y quebrantos del cuerpo y de su poca salud, con el sueño, y algunas distracciones, y que esto le sucedía hasta aquella edad y tiempo, pero que después, vencidos fácilmente estos enemigos, sentía que dulcemente Dios la atraía para sí el alma, con todas las potencias, con especialísimo gozo del entendimiento, de la voluntad y de la memoria, abrazada con tan estrecho vínculo a la hermosura de su esposo, interiormente, que ni ocupaciones de casa, embarazos de afuera, ni la mayor ocasión de inquietud, la llegó a distraer, ni a divertir, de manera que no gozase con todo sosiego, y paz, de la amabilísima presencia del Señor.»

Preguntada:—«Si hacía alguna fuerza a la imaginativa; o si sentía alguna violencia, cuando estaban entregadas las potencias interiores en aquel inefable gozo, en aquel dulcísimo desasosiego, en aquellas sabrosas delicias; o si estaba firme en aquella admirable suspensión, y que tanto duraba?»

Respondió:—«Que no padecía ni fuerza, ni violencia y que la firmeza la tenía siempre de su parte; que la suspensión y arrebatación, era el imán de las potencias, que las llevaba tras sí con mucha suavidad, y blandura, y con la misma suavidad, se volvían a su curso natural, sin violencia ni fuerza ninguna; que de allí descendían a su corazón los incendios amorosos, el fuego tan apacible y agradable, que no había términos con que poderlo explicar y que rayaba en lo más íntimo de su corazón la presencia amable y serena de Dios, que la favorecía y regalaba con celestiales delicias, y que esta en toda certidumbre la sentía allí, porque no podía nacer el singular gozo y alegría que tenía, sino de aquella amabilísima y hermosísima presencia, de donde conocía, manifiesta y claramente, que tenía el Señor dentro de sí.»

Preguntada:—«Si había leído algunos libros espirituales, que tratasen de oración, por donde se hubiese seguido, gobernado, y aprendido de ellos el arte de alcanzar el maravilloso de la unión con Dios, o algunas señales, efectos o propiedades, que la declarasen?»

Respondió:—«Que libro ninguno la había enseñado (a). ¿Y por qué? Porque el alma misma es luz divina, y cuando entra en comunión con el principio de su luz, se verifica esa unión que es la sabiduría y el amor, la visión o la atracción de la unidad. El alma humana es el mejor libro, cuando conserva y desarrolla la vitalidad

(a) Tesoro de las Indias.—N. del A.

que encierra. Ella es la «medida», la nación, la iluminación, y la medida de su amor es hacer desaparecer toda medida.»

En la vida y palabras de Santa Rosa y especialmente en lo relativo a su unión con Dios hallamos mucha semejanza con Santa Teresa y queremos El Evangelio Americano Prats.—88

exponer el análisis que ella misma hizo de ese estado moral e intelectual para mejor comprenderlo. Santa Teresa, tuvo mucha conciencia de sus raptos y un talento analítico admirable.

Estractamos de su vida algunas de las palabras con las cuales ella procuraba aclarar lo que sentía y veía (b):

«Sólo tienen habilidad las potencias, para ocuparse todas en Dios. No parece se osa bullir cosa alguna, ni la podemos hacer menear»...

Y en los diferentes grados por los cuales pasa el alma para llegar a esa unión, dice:

«Háblanse muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma y está que no «cabe en sí», un desasosiego sabroso: ya, yase abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma, que todos la vieses y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen «a ello a darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar...»

(b) Vida de Santa Teresa, escrita por ella misma. Biblioteca Nacional.—N. del A.

Observación profunda, que revela el misterio de unión y solidaridad que mueve a los hombres a asociarse para gozar y aún para suavizar sus penas.

En lenguaje filosófico diríamos: es la necesidad de «objetivar» la superabundancia del sujeto. Es esta necesidad que en Dios originó la creación y en el hombre todas sus producciones y especialmente sus creaciones artísticas.

Y Santa Teresa continúa:

«¡Oh, válgame Dios! Cual está una alma, cuando está así toda ella quería «fuese lenguas» para alabar al Señor.

«Dice mil desatinos santos», atinando siempre a contentar a quien la tiene así... Todo su cuerpo y alma, querría se despedazase, para mostrar el gozo.

«¿Qué se le pondrá entonces, delante, de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada los mártires en pasar tormentos; porque conoce bien el alma viene de otra parte su fortaleza.»

Y hablando de la poca energía que notaba en los predicadores, añadió lo que sigue, que casi es lo mismo que Santa Rosa dijo en iguales circunstancias:

«Hasta los predicadores van ordenando sus sermones, para no descontentar; buena intención tendrán y la obra lo será, mas así enmiendan pocos. No están con el gran fuego del amor de Dios como lo estaban los apóstoles y así calienta poco esta llama y no digo yo sea tanto, como ellos

»tenían, mas querría que fuese más de lo que
»veo; saben ustedes en que debe ir mucho?

»En tener ya aborrecida la vida y en poca es-
»tima la honra, que nos se les daba más a trueque
»de decir una verdad, y sustentarla para gloria
»de Dios, perderlo todo que ganarlo todo.

»¡Oh!... «gran libertad», tener por cautiverio ha-
»ber de vivir, y tratar conforme a las leyes del
»mundo, que como esta se alcance del Señor, no
»hay esclavo que no lo arriesgue todo por resca-
»tarse y tomar a su tierra.»

Pinel, en su «Nosografía Filosófica», ha formado
un cuadro de estado de éxtasis, trazado según
las propias palabras de Santa Teresa.

En el primer grado, atención concentrada por
medio de una lectura piadosa, en seguida recogimien-
to profundo, o especie de quietud con el senti-
miento de una alegría embriagadora.

En el tercer grado, las alegrías más vivas y más
puras, ímpetus de un amor ardiente, especie de
exaltación cercana a la locura. En el cuarto gra-
do hay una especie de desmayo y de desfalleci-
miento total, el raptó extático ha subido a su ma-
yor grado de vivacidad y de fuerza, respiración
suspendida, no hay movimiento en los miembros,
los ojos están involuntariamente cerrados, pérdida
de la palabra, suspensión del uso de los sentidos
mientras que todas las facultades morales pare-
cen elevarse al mayor grado de energía, o más bien
contraer una especie de unión íntima, con el ob-
jeto ideal de estas ilusiones fantásticas. El arro-
bamiento impear entonces con tanta impetuosidad,

que uno se cree transportado a las nubes, habitar el cielo, gustar las primicias de una felicidad suprema. Pérdida de aliento, pulso insensible, rigidez en los miembros, estado aparente de muerte, posición y aptitud anterior, conservadas en su integridad; es el momento de las manifestaciones de un amor ardiente, de promesas solemnes, de resoluciones heroicas.»

El trabajo constante sobre nosotros mismos para perfeccionarnos, nos aleja de todo lo accidental y transitorio. El espíritu adquiere una progresiva prepotencia y avanzando incesantemente en la contemplación de lo bueno y de lo bello, nuestro sér se reviste de la majestad y del esplendor que nos participa el Sér Supremo.

Vivir en el bien, practicarlo, extenderlo, es vivir en la armonía, es vivir del pan de los ángeles, es asistir a la mesa del Señor y comulgar con su palabra.

El organismo material se separa, y el espíritu desplegando sus alas, lo deja como en la muerte, mientras el alma viaja en las regiones de la inmensidad.

Así es como despertamos a una vida nueva, la vida de las esencias, la visión de las ideas y tipos que viven en la mente de Dios, el conocimiento de la ley universal, la penetración y efulgencia del amor divino.

Rosa llegó a conquistar el éxtasis, que es la comunión del espíritu con el espíritu supremo, la exaltación de lo infinito en las entrañas fecundantes del infinito. Esta fué la recompensa de sus obras y de sus virtudes; pero como toda criatura

limitada que tiene que llenar una función en esta vida, ese estado extático no puede ser perpétuo. Bajamos a la tierra y he aquí el peligro, he aquí los desconusuetos, el profundo contraste que sentimos. El deber consiste en no olvidar el beneficio recibido, en tenerlo presente y pasar en la tierra como pasajeros, sirviendo a los viajeros, pero con la mirada fija en la comunión superior que nos aguarda.

Una consecuencia de los éxitos de Santa Rosa fué su desposorio con el Señor. Oyó en su interior la voz del Señor que la llamaba, y que la creía digna de ser su esposa y ella simbolizó tan grande recompensa, con un anillo, hecho por su hermano, donde grabó estas palabras: «Rosa de mi corazón, tú has de ser mi esposa».

La Santa respondió anegada de alegría y de humildad en medio del éxtasis que le ocasionara la visión del Señor con palabras semejantes a las que María pronunció en el momento de la anunciación:

«He aquí, Señor, tu criada y aquí está tu esclava, oh, Rey de Majestad inmensa: tuya soy, por tuya me confieso, y tuya seré eternamente.»

Esto sucedió en la Iglesia de Santo Domingo, y en el lugar que ocupaba la Santa en ese momento, se leen esas palabras en una plancha de bronce.

Facilidad en la oración, raptos naturales, arrobamientos constantes, suscitados por cualquier incidente que le recordase las maravillas de la creación, visión de cosas futuras, exortación y propaga-

ción a la oración y a la virtud, ejemplo admirable, emanación de santidad, posesión de un amor fervoroso y arrebatador por la unificación con Dios; espiritualidad conquistada, tales fueron las manifestaciones y recompensas con que el Señor aprobaba su vida.

Esta vida fué examinada doctamente, y aprobada. Personas doctas declararon que seguía la vía recta, habiendo pasado, por las tres regiones de las vías que la teología determina así: «la purgativa» de los que respiran sobre la tierra; la «iluminativa» de los que vuelan por el aire; la «unitiva» de los que se acercan al fuego, y viven abrazados en aquellos incendios amorosos con más verdad que las Salamandras.»

Hemos visto su unión con Dios en el éxtasis; su unión con Dios y con la humanidad en su caridad, ahora veamos su unión con los seres inferiores.

Su unión con la naturaleza

Todo viene de Dios; luego en todo existe una fraternidad indivisible.

Todo lo creado es armónico. El alma humana es el centro más poderoso de las armonías creadas.

Se puede afirmar que la creación marcha al són de las cadencias del alma, al cómpás del corazón, según el ritmo de la inteligencia.

Los pueblos en sus primeros tiempos sintieron profundamente esta verdad y la fábula popular de Orfeo, que hacía que los bosques y los ani-

males lo siguiesen, es una prueba que corrobora lo que decimos.

Uno es el principio del movimiento. Ese principio de movimiento, es la fuerza atractiva, la fuerza efectiva, la fuerza del amor.

Revelar esa fuerza, es dar voz, es dar palabra, es desahogar, es agitar a los seres en la intimidad de su esencia. Y esa fuerza la revela con más fuerza, el que más fuerza tiene en el amor.

He aquí porque los grandes artistas que figuran, que simbolizan, que revelan los destellos del amor, atraen, unen, enseñan, civilizan.

Todos nos contemplamos en sus obras, como delante de una revelación de belleza que poseíamos y que ignorábamos.

El amor revela al amor y el arte es su lenguaje, bien sea levantando catedrales, erigiendo estatuas, decorando las murallas con líneas y colores o pulsando las cuerdas mismas del corazón con el arte musical; ese fluido o intermediario que flota entre el cuerpo y el espíritu, llama movediza cuyas alas suspenden a los seres para precipitarlos en los coros de la armonía universal.

Todo ser posee una participación del bien, de la belleza, del ideal. El que posee en más alto grado ese bien, esa belleza, ese ideal, lleva en sí las llaves de los seres, y el timón de la naturaleza.

Poseer ese bien, es amar, comprender el amor, practicarlo, fecundarlo; sacrificarse por él, es ser santo. La santidad llena estas condiciones, luego Rosa llevaba en sí la llave del corazón de los seres inferiores y podía imponerles su voluntad.

Esto nos parece ahora increíble y es porque

nos hemos alejado mucho de la fraternidad de la creación.

A este respecto la leyenda y la tradición popular son encantadoras. El pueblo siente instintivamente la verdad y es por eso que los santos son dibujados por el pueblo, recibiendo las felicitaciones de las plantas y de los animales.

Respecto a Santa Rosa, cuenta la tradición, que un día encendida con el fuego del amor divino, que había sacado de la oración, viendo al abrir la puerta, los árboles que en aquella hora están con más lozanos verdes, libres ya de la modesta pesadumbre de la noche y favorecidos con el rocío fresco de la mañana, verdes como hermosos y frescos renuevos, plantas y flores, y pareciéndole que estaban ociosos con tanta hermosura, si no daban gracias de ello a su Criador, les dijo:

«Benedicid árboles y plantas de la tierra, al Señor.»

Luego al punto obedeciendo, «como si tuvieran natural discurso», a lo que les mandaba, comenzaron a moverse las ramas de los árboles, como a compás de música que seguían, acompañándolas, las hojas al mismo compás y movimiento...

Los árboles, que con la pesadumbre de los troncos, no podían seguir, el movimiento de las ramas, se inclinaban hasta besar la tierra en reverencia de rendir gracias a su criador, obedeciendo al imperio de la Virgen Rosa.

Esto significa que la armonía del alma de la Santa, repetía, reproducía la armonía de la creación que creía simbólicamente tributaba homenaje a su creador.

El mismo espíritu habitaba en ese momento en ella y en los seres inferiores, y hablaba con diferencia de intensidad de amor tan sólo en el corazón de Rosa y en las plantas.

Pero si el vegetal se armoniza con el alma, el ave que ya posee un grado más de elevación en la escala de los seres, con mucha más razón y más intimidad. Quiso la Santa que las aves cooperasen y respondiesen a su amor. Lo quiso y creyó conseguirlo.

Su primer ensayo fué con un ruiseñor que venía a uno de sus árboles, poco antes de la caída de la tarde. Rosa interrumpía su concentración y le decía:

«Pajarito, Ruiseñor,
alabemos al Señor,
tú, alaba a tu Criador,
yo alabaré a mi Salvador.»

La voz era encantadora.

Se acompañaba de la vihuela. El ave respondía y comprendía que aquel era un certámen de amor hacia el padre del amor y entonces brotaban sus gorgeos, sus tiples, sus bajos y toda la riqueza de combinaciones melodiosas con que la naturaleza lo ha dotado.

Cesaba el ruiseñor y empezaba la Santa. Esto duraba una hora, hasta la entrada del sol. El sol caído, el ruiseñor se iba, la virgen cerraba su ventana. Cesaba la melodía concertante, ese matrimonio de alabanzas y de poesía y empezaba la oración profunda, o continuaba en el éxtasis esa música silenciosa que reúne en un acento, en un

corazón, en una palabra, el secreto de la felicidad y de la gloria.

Es bello contemplar ese espectáculo. Parece que nosotros mismos recibiésemos el rocío de las mananas del Paraíso terrenal, cuando inocentes y llenos de vitalidad absorbíamos los elementos completos del bienestar, del movimiento y del amor.

Es por eso que bendecimos a esos seres que nos repiten esas escenas, que son un teatro vivo de las mansiones felices y un cuadro de lo que es, de lo que puede ser, el sér humano, cuando tiene la energía de atravesar lo mudable, lo accidental y de asentarse en las regiones del ideal.

La virgen, pues, se despedía de esos momentos de encanto, dirigiéndose al Señor y, con tristeza:

Como te amaré, mi Dios,
siendo yo tu criatura
y tú mi Criador?

Todas las tardes el ruiseñor, fiel a la cita, volvía y se repetían los mismos o nuevos cantos sobre la misma materia.

Eran de oírse los arranques de esa alma, conmovida por la inspiración, la belleza y la bondad. En sus mismos ímpetus de gozo y de amor, a veces caía tristemente, porque su corazón y sus palabras, no llegaban a la altura de Dios, tal cual ella lo veía. Entonces empezaba la lamentación pudiendo repetir con estas palabras de poesía popular en mi país que pintan naturalmente esa pasión de amor que exalta a las razas meridionales:

«¡Ay! suspirando me amanece
y el sol se me eclipsa luego,
y enlutada mi esperanza
lloro mi mal sin remedio.»

La ambición de Rosa era amar a Dios con el amor que el mismo Dios le tiene. Aspiración sublime e impotente! Y con todo esto, creo que es también el deber universal aunque nunca podamos conseguirlo.

Así es como cumplimos con el precepto: «sed perfecto como vuestro padre es perfecto.»

Era este deseo inmenso el que la atormentaba y su canto se exalaba en las quejas de su desdichado amor. A veces, muchas personas se acercaban a escucharla y oían:

Aunque se va y me deja
volando el pajarillo,
mi Dios, conmigo queda
por siempre sea bendito.

Después volvía a sus meditaciones solitarias, a reflexionar sobre la creación y sus misterios, porque las personas que han llegado a sentir como Rosa, tienen en su sentimiento un fondo de ciencia instintiva que asombra a los filósofos y teólogos. Es necesario comprender que Rosa sentía y sentía llevada hacia Dios, pero quería al mismo tiempo ser llevada con todo lo que existe, y de este sentimiento de solidaridad universal, nacían sus tristezas porque veía que poco se adoraba, porque se agradecía y mucho menos se servía, al que es dispensador de todo bien. La gratitud era para

ella una manifestación que la ciencia ha formulado diciendo, que no podemos aislarnos del progreso de los seres. Es por esto que la verdadera política se interesa en el bien de todos, pueblos o individuos, en todas sus facultades, porque el bien de los otros es mi bien y refluye en bien mío, y el mal, el error o el crimen de los otros retarda o hace retroceder mi vuelo hacia la luz.

La humanidad es un sér. Santa Rosa lo sintió. La tradición nos conserva uno de sus más famosos coloquios a este respecto, con motivo de un incidente de su vida.

Un día, en el templo, sintió su vida desgarrarse en medio de profundos dolores, causados por sus extremados ayunos y mortificaciones.

Fué a su casa a cocer un poco de pan rayado con agua, que para ella era un festín extraordinario, con intención de fortalecerse un poco. Entró a buscar fuego y volviendo con un tizón encendido, al pasar por el corredor, oyó cantar a un pajarillo, con tan dulce voz, que al punto impresionada, se detuvo.

Se fué el avecilla y ella entonces se dirigió estas palabras:

«Como una ruda bestezuela, alaba a su Criador olvidada de su comida; ¿y yo cuido sólo de mi comida y no de alabar a mi Criador? Es su Criador, y es mi Criador; le debe menos y le alaba más; ¿y yo, debiéndole más, le alabo menos? ¿Qué le debe a Dios esta avecilla?

¿Qué le debo yo a mi Dios?

Le debe una vida que se acaba; le debo yo una alma que es inmortal, y dura eternamente.

«La avecilla no se acuerda de sí por acordarse de Dios, pues olvida su natural sustento, para alabarle, y yo sólo me acuerdo de mí, y no de mi Dios; pues cuido más de mi sustento, que de sus alabanzas. ¿Un pajarillo sabe agradecer y yo no he de ser agradecida?»

Después de este soliloquio, se arrebató en Éxtasis y Dios la alimentó allá en su diálogo, que es el mejor sustento para la necesidad de esa hambre de la divinidad.

Necesidad de los Santos

Hemos definido a la Santidad.

El holocausto permanente del egoísmo en las aras del amor divino.

La ley que tenemos que cumplir puede expresarse de este modo:

1.º Practicar nuestro derecho.

2.º Practicar nuestro deber.

1.º El derecho es idéntico en el hombre.

Es por esto por lo que los hombres son iguales.

El derecho es mi sér, es mi bien, es la persona con sus facultades. Es la propiedad primitiva inalienable, base de toda propiedad. Es la libertad de la persona moral e inteligente... en sus pensamientos, sentimientos, acciones y adquisiciones en la medida de la justicia, cuya medida es la libertad de mi semejante. El derecho es lo que constituye la independencia, la impenetrabilidad del Sér humano. Sin derecho no habría humanidad.

El derecho es la libertad.

Hacer respetar mi derecho en todo hombre,

verse en cada uno de sus semejantes y sacrificarse por la libertad, hé ahí el héroe.

2.º El deber es idéntico en el hombre.

Es el vínculo de unión.

Es la ley y el sentimiento común, garantía del derecho y comunión de la humanidad. Es ley y amor, fraternidad y caridad.

Cumplir con el «Deber», es dar, es pagar la «Deuda» impuesta a cada uno, para la unión y mejora de todos, para hacer armónica la marcha al Infinito, único fin, único destino que presentimos y el verdadero alimento al amor de la grande humanidad.

El deber lleva en sí la idea del Sacrificio. La Eucaristía simboliza al deber: un Dios se sacrifica.

Es ley de unión, luego debe sacrificarse lo que «Des-una», lo que desliga.

Religión es lo que «Liga», «Religo»... unir... ligar (la religión es deber porque es la ley de unión) lo que aísla, lo que separa (desampara) al hombre y de Dios.

Sacrificio de la sensualidad, cuando esta es un obstáculo al desarrollo del espíritu o a la práctica del deber.

El avaro, el glotón, el indolente, sacrifican el deber al apetito. La sensación, la brutalidad aislan. El sacrificio del cuerpo, del hambre, para servir de alimento a mis semejantes, el sacrificio de la propiedad que no es sino la prolongación del cuerpo y del egoísmo, es el punto más difícil, más costoso y es por esto sin duda que Jesucristo dijo: «es más difícil que un rico entre en el reino

de los cielos que un cable pase por el ojo de una aguja».

—¿Qué haré para conseguir la vida eterna?—le pregunta un joven al Salvador.

—Guarda los mandamientos.

El joven le dijo:

—Los he guardado desde mi infancia, ¿qué me falta aún?

Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoros en el cielo; ven en seguida, y sígueme».

Habiendo oído esta palabra, el joven se fué triste, porque era muy rico.

Y Jesús dijo a sus discípulos: Os lo digo en verdad, difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos» (1).

Sacrificio del egoísmo en aras de la sociedad;

Sacrificio de mis afecciones en aras de la afección universal;

Sacrificio de mis ideas en aras de la «Idea»: la caridad.

El que cumple con perseverancia; el que se purifica en sus pensamientos, palabras y obras, el que guarda todo derecho, cumple con todo deber, y contribuye a que todos cumplan con su deber, el que ama todo lo bello, todo lo grande y procura realizarlo en sí mismo y en sus semejantes, el que contento y sin temor arrostra las penalidades físicas, morales e intelectuales, por cumplir con el deber de hacer a todos libres, puros y hermanos, el que vive con la fe de la justicia, con la vista

(1) Evangelio según San Mateo. —N. del A.

fija en el ideal en una invocación perpétua por poseer la fuerza, la luz y el fuego divinos, el que da su corazón ensangrentado para alimento del mundo y despedazado por el mundo, muere invariable como la verdad, ese es el héroe del deber, ese es el Santo.

El héroe es la creación de la libertad.

El santo es la creación de la libertad y de la caridad.

El santo es una aparición del espíritu divino, lección en acciones, palabras en actos, enseñanza en creaciones. Su corazón es centro de las aflicciones de la humanidad. Su alma es abismo de alegrías y dolores, visión de Dios, esperanza perpétua, fe idéntica, caridad indefinida.

Cuando un santo se presenta, una aureola de luz, alumbra a la tierra, como una aureola boreal de las inteligencias. Los hombres lo contemplan y ven en él, al aparecido de las regiones insondables, que lleva en sí mismo la llave del destino y la medida de los seres. Ved su marcha.

El océano se hace firme bajo su planta, las distancias desaparecen, todo lo ve, todo lo adivina.

Creemos ver en él a un guerrero sublime, contemporáneo del Paraíso, que se presenta entre nosotros con los despojos de los siglos vencidos por su audacia.

El odio, las tinieblas, el error se conjuran a su aspecto y Satán que ha sentido su mirada, convoca a todas las desarmonías y dolores para ofuscarlo y para ahogarlo. El, tranquilo, sigue la marcha con la coraza de la inmortalidad, y da su vida,

como el adiós del sol, alumbrando, pero distinguiendo a los malvados y a los justos.

Un santo que aparece es una señal de marcha para la humanidad; es una diana celestial, que con acentos supremos nos llama al campo de las divinas glorias; y también es imagen del día final, pues su sola presencia separa lo bueno de lo malo. Si la sociedad está empedernida, su vez es capaz de desatar las cataratas del cielo para lavar las iniquidades de la tierra.

Un santo es la condensación y alimento de fuerza, de luz, de fuego, de muchas generaciones. Es en sí mismo una humanidad, una creación más bella que la del universo material, porque lleva en sí mismo el foco de las armonías y es la pulsación que distribuye el movimiento a los objetos. Una santidad viviente es una revolución divina que sacude e inicia a los pueblos, para dar un paso, para describir un círculo nuevo en el génesis de la civilización.

Los astrónomos asisten con los ojos de la razón y el auxilio del telescopio a la formación de mundos nuevos en el laboratorio del espacio.

Se ve una nube, una mancha, una zona blanquizca de materia nebulosa, más o menos aglomerada en ciertas regiones de la inmensidad, como el polvo de los cielos que levantarán los pasos del Señor.

Pasan años, pasan siglos y poco a poco se ve una lenta transformación, una condensación en esa materia nebulosa.

Es punto desde luego.

En ese punto hay más brillo y con el tiempo

se ve ese centro luminoso, atraer a sí la atmósfera que le rodea como el germen de un árbol que atrae así los jugos, los elementos que necesita para su desarrollo.

Al fin esa vegetación celeste abre su cáliz, derrama su luz, y el cielo cuenta un astro más, un mundo nuevo, un sistema sideral que viene a tomar parte en ese bosque de universos.

La creación de ese astro ha sido debida a la mayor fuerza de atracción de uno de los puntos de esa masa sideral, cuya fuerza ha podido condensar, centralizar esa materia nebulosa e imprimirle la forma de un astro.

Ha sido la función del corazón en el organismo astronómico. Centro de vida y repartidor de la sangre, capital de esa variedad de flúidos, la fuerza atractiva, el corazón del cielo disciplina los elementos dispersos y constituye una república.

La creación de un santo es un fenómeno semejante. Es un centro luminoso, una condensación de voluntad y amor que aparece en medio de las nubes y del polvo de la humanidad, para darle la fórmula de vida, para imprimirle el sello de un bautismo superior y formar una ciudad divina.

Su brazo es poderoso y sostiene la balanza de la justicia.

Su palabra siembra, juzga, liga, condena o absuelve y da el tono a la nacionalidad y al siglo.

Es un astro-amor que puebla el firmamento de la historia.

La santidad es la solución de las contradicciones, la pacificación del universo, la posesión de la belleza del bien, de la verdad.

La santidad será la unidad futura del género humano. Es la Roma invisible a cuyo Capitolio caminamos.

La humanidad será entonces su Pontifice, y la santidad universal será la iglesia universal del porvenir y también la política sagrada.

El mal es duda, negación, egoísmo y odio.

El bien es unidad de pensamiento, afirmación, abnegación y amor.

Abolir el mal, es reemplazar la duda por la unidad, la negación por la afirmación, el egoísmo por la abnegación, el odio por el amor.

Esta es la obra de la regeneración, este es el nuevo bautismo que la humanidad dispersa y mutilada espera, para ser una y completa, en todas sus razas y en todas sus facultades.

El axioma del porvenir que creemos deba reemplazar al «Pienso, luego soy», de Descartes, debe ser este:

Amo, luego somos

Creemos que este pensamiento será la base de la ciencia nueva que coronará científicamente la obra del corazón de Cristo expresadas en estas palabras: «Amáos los unos a los otros». Todos comprendemos y sentimos que amando no habría tiranos, ni esclavos, ni depravados, porque el amor excluye la cobardía que hace a los esclavos, el orgullo que inicia a los tiranos y el egoísmo que aísla y envilece.

La inteligencia sin amor se devora a sí misma.

La inteligencia amando, afirma la unidad del ser y la fraternidad indivisible de los seres.

Reconstituir el bien es reconstituir al hombre. La reconstitución del hombre (porque hoy día no hay hombres sino elementos de hombres, facultades humanas) es la afirmación de su sér, es decir, de su libertad, en el amor.

Amo, luego somos

La vida, la acción, la práctica de este principio que para nosotros es axioma, es la iniciación de la santidad.

La santidad es, pues, la vida del axioma del amor.

Todo santo dirá: somos la humanidad. Identidad del sér de los seres.

Identidad de la ciencia y del sentimiento. Identidad del pensamiento y de las acciones.

Vengan, pues, esas manifestaciones del cielo, esas revelaciones encarnadas del ideal; florezca el firmamento humano con sus astros.

Somos el polvo nebuloso, nube de lágrimas y sangre que espera el punto central de una atracción para enrollarnos en el movimiento de la armonía universal.

¡Pero ese punto es el hombre...!

Somos los hijos de la caridad. Seamos fieles a esa patria.

Sepamos defender sus fronteras y extenderlas al mundo entero.

La libertad es la palanca divina que llevamos, la fuerza que poseemos, para conquistar la ciudad eterna, al través de las batallas de los tiempos y los climas.

Y si la invocación llega ante tu trono, Señor, si la invocación por la unidad y la libertad del gé-

nero humano es el principio que puede hacer venir los efluvios de tu gracia, inspira, gran Dios, a algún espíritu, a que despliegue tu bandera en medio del tumulto social, para que volemos a alistarnos.

Olvidamos en este momento el caos de horror que nos envuelve, tus hijos que se olvidan y que te olvidan.

Olvidamos lo pasado y lo presente, ante la idea de ver un día a tu espíritu flamando en la última batalla, y conquistando sobre la serpiente vencida la paz y la libertad del hombre.

MUERTE DE LAMENNAIS (1)

El año de 1853 recibí en Lima la siguiente carta fechada en París el 5 de Diciembre de 1853, cerca de tres meses antes de su muerte.

(1) Capítulo quinto de la obra «Lamennais como representante del dualismo de la civilización moderna». Al recibir esta obra, Quinet le escribía a Bilbao desde Bruselas en marzo de 1856:

«En estos momentos tan dolorosos, acompañados de tantas calamidades, he recibido vuestro libro y en el acto lo he devorado. Nuestro gran Lamennais se habría sentido feliz al verlo. Le habéis construido un noble sepulcro con rocas de las cordilleras. Yo me figuro que en este mismo momento, él sonríe de gozo al sentir este eco tan brillante de su pensamiento. Si, debe sentirse revivir en esta tierra, en las palabras que os ha inspirado. Esa mezcla de las almas que agitan la una sobre la otra y se perpetúan en esta vida la, una por medio de la otra, es evidentemente uno de las más grandes y más elevados misterios de nuestro destino.

»Continuad, querido amigo. Cada día veo irradiaros

El original de esta carta está en mi poder. He aquí la traducción: «A Francisco Bilbao. El señor »Dessus me avisa, mi querido hijo, que se le »presenta una oportunidad segura para Lima. La »aprovecho para renovaros la seguridad de mi »tierna afección, y para daros las gracias por los »varios escritos que me han sido entregados de »vuestra parte.

»Penosamente me ha afectado lo que habéis »tenido que sufrir desde la vuelta a vuestra pa- »tria, fuera de la cual, la influencia de una cor- »poración, doquier enemiga de las luces, del pro- »greso y de la libertad, os tiene aún desterrado »en este momento.

»Consoláos y alentáos: sois de aquellos, cierta- »mente, que son más envidiables, de aquellos que »están destinados a «sufrir persecuciones por la »justicia». La justicia triunfará, y al estrépito de »las maldiciones de los pueblos despertando de su »letargo, los perseguidores caerán tarde o tem-

más y más, penetrar en la pura luz. Mis años, entre los cuales cuento algunos muy pesados, no me impiden el seguirlos. Oh! hijo querido de la América, que respiráis en ese mundo un aire más fácil, el aire del porvenir. Acá, mientras tanto, todo es embarazante y cargado de sombras. Todo está encadenado; no nos queda más libertad que la del corazón, hijo querido de la libertad. Amadnos, no nos olvidéis, aun cuando nos veáis sumergidos en el infierno de la esclavitud.

»Os recomiendo la segunda y última parte de mis *Bumains*. No busquéis en ellos un ideal, es quizás todo lo contrario. Por lo demás, a qué explicarme? vos me habéis siempre adivinado.

»Os amo y os abrazo.—E. Quinet.»

»prano en una tumba infame. Felices entonces los
»que en el combate firmes resistieron.

»Creed de seguro, que nada hay que esperar
»de la América española, mientras permanezca
»enyugada a un clero imbuido en las doctrinas más
»delestables, cuya ignorancia iraspasa todo límite,
»corrompido y corruptor. La Providencia la ha
»destinado (a la América meridional), a formar
»el contrapeso a la raza anglo-sajona, que repre-
»senta y representará siempre las fuerzas ciegas
»de la materia en el Nuevo Mundo.

»No llenará esta misión tan bella, sino despren-
»diéndose de los vínculos de la teocracia, uniéndose
»y fundiéndose con las otras dos naciones latinas,
»la nación italiana y la nación francesa.

»Veréis, por el folleto que va adjunto a esta car-
»ta, de qué modo empieza a efectuarse esa unión.
»Esa unión está en la naturaleza, en la necesidad;
»luego será. Trabajad en esa grande obra, y que
»Dios bendiga vuestros esfuerzos. Vuestro de co-
»razón.—Lamennais.»

Antes de morir me ha bendecido, me ha señalado
el camino, y en nombre de Dios me ha dicho
de perseverar en la obra.

Sean cuales fueren mis esfuerzos, lo hecho y
por hacer, lo padecido y que puede venir, tran-
quilo sigo mi vía, seguro en mi conciencia, satis-
fecho con la razón y colmado con las bendiciones
de mis padres. Venga lo que viniere.

Desterrado de Lima con mis hermanos, Luis y
Manuel, por el gobierno que después fué derribado
por el alzamiento de la nación peruana, y nave-
gando al Ecuador, yo contesté a esa carta, pidién-

dole que me avisase cuando sintiese venir la última hora

Mi carta no llegó. Habitando las riberas espléndidas del Guayas, recibí la noticia de su muerte. Personas que me aman, me escribieron y enviaron inmediatamente de Lima la noticia y detalles de su muerte. Desde entonces perdí una de las más bellas esperanzas de mi vida, la de volverle a ver; y me decidí a escribir este incompleto bosquejo, que a causa de mis peregrinaciones he terminado en París.

¿Por qué, amigos, no me permitiréis contaros algunas de mis impresiones, y desahogar algún tanto mi afición para con el hombre que tanto amo y a quien tanto debo?

Era niño, estaba en Santiago, cuando por vez primera supe quien era Lamennais. Salsa del colegio, en una tarde de verano, hora de quietud y silencio, abrasada por un cielo refulgente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas, que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrilla, y al verme me dijo: he aquí, Francisco, lo que te conviene; era «El Libro del Pueblo», de Lamennais. Me leyó un fragmento, la pedí la obra, y desde entonces la luz primitiva que fecundó «La Araucana» de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del republicanismismo eterno, que recibí en mi patria independiente y con la palabra de mi padre.

Vine a Europa, lo vi, y desde nuestra primera entrevista me llamó su hijo. Después fué mi consultor y me coimó de confianza. Un día fuí a pedirle que me resolviese algunas dudas morales,

y yo me acuerdo, la expresión estóica e inocente de su rostro, la emanación angelical que resplandecía en su fisonomía, fueron para mí la solución de las dudas, el principio viviente que buscaba.

A mi vuelta de Italia, en 1818, encontré a este anciano, de 64 años, con la actividad infatigable del ciudadano. Llevaba un diario, publicaba folletos para el pueblo, asistía diariamente a la Asamblea, era miembro del comité constitucional.

Creyendo volverme a América en ese momento, me dijo con lágrimas: «No olvides al buen viejo». Me leía fragmentos de sus obras, inéditas aún. Vive en mí ese momento, cuando enfermo, leyéndome el fragmento sobre la inmortalidad del alma en el bosquejo de su filosofía, sus ojos no eran de la tierra y reflejaban la aurora de la luz divina.

¡Y no lo volví a ver! Enfermó gravemente en Enero de 1854. Cartas de París, en Febrero, me anunciaban su restablecimiento, y creía aún volver a verlo, cuando me llegó la noticia de su muerte. He hablado con algunas personas que asistieron a sus últimos momentos, cuando se supo que su fin se acercaba, esos que se llaman altos personajes, del clero y de la aristocracia, lo acosaron, para que hiciese una declaración pública de arrepentimiento, según ellos, para que apostatase de sus ideas filosóficas, hiciese profesión de catolicismo y cumplierse con las últimas ceremonias de ese culto. Ellos quisieron turbar esos últimos momentos, quisieron explotar el miedo de la eternidad, para con ese ejemplo clamoear y aturdirnos sobre la impiedad y falsedad de nuestras creencias.

Lo mismo intentaron con Voltaire; pero en Lameunais se estrellaron con la luz diamantina de la personalidad incontrastable del héroe.

«Atrás, blasfemadores», y los blasfemadores se retiraron.

Creer que Lameunais temblase, creer que ese hombre que había pasado todos los días de su vida faz a faz con el grande Espíritu, y que se avanzaba con su individualidad conquistada e indestructible al encuentro de las regiones ignotas, tenebrosas para los ojos de la carne, luminosas para la mirada del pensamiento; creer que al afirmar su renacimiento y al tomar su vuelo al infinito, divisando la armonía de los cielos y recibiendo el bautismo de los bravos; creer que volviere atrás y se envolviese en las momias de la Edad Media para dormir aterrado bajo las pirámides de las osamentas temblorosas, eso sólo es digno de los que jamás han palpitado en las ondulaciones heroicas de las almas puras. Lameunais apartando con su mano esos fantasmas del pavor tradicional, desechando con piedad y con sonrisa los sortilegios y encantamientos de los magos, atestiguó su fe, aterró a los paganos modernos y, nos «enseñó a morir».

A pesar de los recuerdos, de tanto afecto, de tanto dolor por su ausencia, del dolor de su enfermedad; en medio de la aumentación de emociones que asaltan al alma al arrojar la despedida postrera a todo lo que amamos, a los amigos que lloran, a la familia desgarrada, a la Patria muda, viendo su obra interrumpida, al mal triunfante,

ese hombre dijo y fué su última palabra: «mis amigos: estos son los bellos momentos».

No podían ser esos momentos sino la visión de la inmortalidad y la armonía de la creación que abría sus entrañas para precipitarlo en las sondas luminosas del amor sin fin, y el advenimiento prometido de la justicia.

En esas esferas te sigue nuestro pensamiento, maestro amado. ¡Cómo seguirte sin sentir tu palabra y tu vida! Abiertos los misterios, has atravesado los espacios.

Incorporado más de cerca en la atmósfera más pura del éter de las esencias vivas, revistiendo el cuerpo glorioso de una organización más elevada, estando tu palabra más inmediata a la luz, tu corazón nadando en los océanos que invocabas, tu fuerza más cercana a la potencia, tú llevas en esas regiones el mismo estandarte glorioso de la libertad, saludado por las legiones victoriosas: ¡Salve, salve, paz soberana, delicias conquistadas de la verdad! Salve, salve, una nación, exteriorización de una centella omnipotente, que después de haber salvado las regiones del llanto, vuelves a pedir al Sér, no la recompensa, sino la autoridad de tu vida, y he ahí tu recompensa.

¡No hay adiós!

Allí vives, allá iremos. Salud, misterio de la evidencia.

CARTAS**A don Andrés Bello (1)**

Paris, 31 de Julio de 1849.

Señor don Andrés Bello.

Mi estimado señor:

He agradecido mucho las buenas palabras que usted me dirigió en su carta.

Usted me pide una impresión; y una impresión voy a darle del mundo en que vivo. Recíbala usted, tal cual sale, condensada y en desorden. Para que usted se haga cargo, debo suponer que usted conoce poco más o menos al sujeto impresionado.

¿Qué buscamos en la Europa?

Una satisfacción a nuestro sér tan complejo: poesía, imágen, recuerdo de los pasos anteriores de la humanidad, templos de la Grecia, soledades austeras en medio de París que se me «antojan» (esta palabra me viene de usted) los bosques de Mesenia y del Pireo; trofeos de Maratón y las Termópilas; cielo de Homero constelado por los pasos de Aquiles; infancia de la virilidad del mundo; accents primeros de la libertad, a los cuales en mi mente se unen los cantos de Ercilla, que formaron mi corazón chileno, y ese vago, Dios mío, lo bello, esa intuición de la Grecia esas leyes in-

(1) Publicadas en «La Lectura» de Santiago de Chile, en 1884.

ternas de los sercs ostentadas en el frontón de sus templos.

El órgano resuena. Medito bajo los bosques de piedra que la Edad Media levantara. Misticismo cristiano, dolores incomprensibles de esa edad: yo me asocio en lo que puedo; y la humanidad pasada pasa a mí; y así constituyo en mi individualidad el sér indisoluble.

He aquí una parte de la atracción que nos arrastra. Su explicación quizás es que la humanidad es solidaria, y que el hombre de hoy debe vivir del hombre de todos los tiempos: comunión misteriosa, eucaristía humana: «tout se tient».

He ahí el pasado.

La Francia, por su historia y su genio, es la patria donde se prepara la noción práctica de la fraternidad. Termas de Justiniano, Panteon, Nôtre Dame, Champ de Mars, columna de Vendôme, he ahí el resumen y los representantes de los pensamientos que ha elaborado este pueblo. Pero, además de ser París el Panteon y el Vaticano moderno, es también la aspiración de lo desconocido.

Y he aquí el mal que nos agita de un cabo al otro de la tierra.

¿Cuál es el pensamiento del porvenir?

¿La marcha actual es conforme al pasado revolucionario? ¿Hay decepción o esperanza? ¿Hay resplandores del ideal futuro?

Eternité, néant, sombras abîmes.

Mi carta, señor, toma proporciones que no esperaba, y me detengo.

El espectáculo del día es lamentable: anarquía

en las creencias y principios; inmoralidad por todas partes; multitud de sectas que se combaten; reputaciones que se pierden; literatura nauseabunda; inmoralidad indiferente; reino del oro; egoísmo miserable en el fondo; corrupción invasora de todo lo santo y lo sagrado; clase media despreciable e impotente; olvido de las tradiciones heroicas; desprecio y ceguera por las mansiones de la luz y del fuego. ¡Qué de males! ¡Qué miseria! ¡Qué lujo! ¡Qué impudencia en lo público y privado! Pero el pueblo vive, el pueblo virginal y vigoroso, francés siempre, hospitalario, pronto a alzarse al son de la trompeta por la libertad y la gloria. Y al lado de todo, como en la montaña misteriosa, Lamennais, Quinet, Michelet y otros pocos que conservan el fuego sagrado.

¡Oh, si puedo un día oponerme a la invasión de la Europa presente en la América, y, sobre todo, en la tierra de nuestro amor! ¡Que no escuche, señor, la seducción de la serpiente! esto sería inagotable.

Me despido de usted manifestándole mi afecto y a su señora y familia.

No he cumplido, porque escribiría un volumen. Usted dispense.

Su afectísimo amigo y discípulo.

Francisco Bilbao

Al señor don Andrés Bello:

Arbol majestuoso de la zona tórrida trasplan-

tado a Chile, caen tus hojas en el invierno de la vida. El soplo de la muerte destroza tus injertos; y tus ramas vigorosas dan sombra al sepulcro de tus hijos.

Has cobijado a una generación literaria allá en mi tierra. Has alimentado a las inteligencias y has refrescado los cerebros ardientes, señalando las estrellas al través de tu follaje.

Hoy tu sombra es sagrada. Mansión del dolor y de la muerte, nos acercamos en silencio a escuchar el soliloquio del padre conversando con las memorias de los que ya no son.

Las sombras amadas evocadas en el corazón viven en tí. Dinos, oh padre, las palabras de vida que derraman en tu seno desde las mansiones de la vida.

Raquel no quiso ser consolada. Sublime desconsuelo de las madres, no te invoco; pero tú serás consolado. Un padre llorando a sus hijos, es una tripode sagrada que sacude el espíritu de Dios para revelar a los hombres los acentos de la inmortalidad. Tú lloras, porque en el día de la última revista, cuando cuentes a tus hijos al rededor del lecho de la muerte, algunos faltarán al llamamiento paterno.

No llores. Tu mirada los encontrará en la atmósfera suprema; tu oído escuchará sus voces. Ellos bajarán con tus buenas acciones para escoltarte hasta el trono del Señor.

Llora, oh padre, por esas ausencias anticipadas, como un proscripto por los horizontes de su patria.

Regocíjate, oh padre, por esa vanguardia que

el destino te ha colocado en el camino de los cielos.

Lima, 15 de Noviembre de 1851.

Francisco Bilbao

Al señor don Andrés Bello.

Mi respetable señor:

Y yo también vengo a renovar vuestro dolor sagrado.

Juan, mi condiscípulo, amigo de la juventud, correligionario político, compañero de meditación y de entusiasmo, Juan, la alegría de nuestras reuniones juveniles, amado de todos, inteligencia luminosa, corazón profundo de ternura, encanto de nuestras horas de solaz por su sinceridad, su brillo y su entusiasmo, en la virilidad de su genio y de su edad ha sucumbido, sin que el dolor de sus amigos, ni las esperanzas frustradas de la patria, ni la inocencia de sus hijos, ni las sombras de sus hermanos, y lo que es más, sin que la imagen de sus padres, encorvados bajo el peso de una inexorable suerte, fueran bastante a detener la muerte. «Dura lex, sed lex».

Pero ha llegado a ser en mí una evidencia, que la intensidad del dolor es la afirmación más fuerte de la ley de vida. «Dura ley, pero ley». Todos los días el sol desaparece. La escena es sublime; el adiós de la naturaleza es cotidiano; y una revolución se verifica en la existencia. Mas si todos creyésemos que ese sol desaparecía para siempre,

si faltase a la inteligencia la creencia en la persistencia de las leyes naturales, si creyésemos que, al desaparecer el astro, las tinieblas clavasen la tienda del caos sobre el mundo, ¿cuál sería entonces la condición de la humanidad desterrada de las regiones de la luz, y conservando el recuerdo de los días espléndidos que fueron...? ¡No! Ese astro no fué lanzado para burlar a la pobre humanidad. Esa conciencia de la belleza y de la vida no fué dada para hacernos desesperar con la desaparición de la antorcha que ilumina y que fecunda. La ley que equilibra a los cielos no es más firme que la ley que revela la justicia en el alma del hombre.

Y la justicia es el sello de la Providencia en la razón y en la conciencia. Dios se revela en la noción de la justicia; y la justicia niega la muerte.

Si hubiese muerte, el dolor debía ser la negación de Dios o la blasfemia.

No hay muerte; y entonces el dolor de la separación es sublime, porque es una tácita afirmación de la patria futura a que aspiramos, porque es la manifestación del deseo de volver a encontrar y a unimos con los que hemos amado acá en la tierra.

No necesitáis, padre amante y sabio esclarecido, que uno de los que se sentaron al lado de Juan para escuchar vuestras lecciones, venga a iluminaros; pero sentir en común y elevar la inteligencia al principio de toda inteligencia, y mucho más cuando el dolor nos agobia, es orar, es invocar el principio de la ciencia, es atraer o des-

pertar el fuego sagrado y la luz divina que poseemos.

Desde París, os escribí por la muerte de Francisco; desde Lima, cuando murió Carlos; y hoy, desde Buenos Aires, por Juan, mi amigo y compañero. Vagamos en la separación y las ausencias, cada uno en su odisea, buscando la patria de la justicia. Y entretanto, a pesar de tropezar en mi peregrinación con los sepulcros de los que he amado y de encontrar la muerte de los que abandonaron las banderas de la verdad, y en medio de las miserias que asaltan la nave en esta tempestad del materialismo e hipocresía de nuestro siglo, yo elevo al Dios de la justicia el himno de la alegría y de la libertad.

Buenos Aires, 6 de Enero de 1861.

Francisco Bilbao

FIN

INDICE

	<i>Págs.</i>
Francisco Bilbao, por Armando Donoso	5
El Evangelio Americano.	57
La América en peligro.--Causa de la debilidad de América.	67
La causa moral, influencia del catolicismo en la política.	69
Análisis de las causas morales	71
La dictadura jesuítica.	73
Desaparición del sentimiento de lo justo.	76
Fatalidad de la dictadura.	79
Mecanismo político.	81
Iniciativa de la América.	89
El Congreso Normal americano.	91
Epílogo.	115
Sociabilidad chilena.	119
Nuestro pasado.	122
La tierra, la política.	123
Espíritu.	124
Revolución.	139
Chila.	145
Resurrección del pasado.	156
Conclusión y fin.	170
Prefacio a los Evangelios.	180
Boletines del espíritu.	196
El deber y el número.	204
Santa Rosa de Lima.	219
Muerte de Lamennais.	241
Cartas a don Andrés Bello	248

